De la autora *Best seller* de la «Trilogía Solo por ti»

ANGY SKAY

Te robé un beso

#ladróndecorazones

SAGA ¿TE ATREVES A QUERERME?



LxL EDITORIAL Romantic

Angy Skay

Te robé un beso

¿Te atreves a quererme? 01

Primera edición: Abril 2015

www.locasporlalectura.com
www.lxleditorial.es
ISBN: 978-84-943832-7-4
Depósito Legal: AL-357-2015

No importa el físico que tengamos, no importa lo guapas que seamos, todas las mujeres son hermosas por dentro y por fuera, cada una a su manera, pero siempre bellas.

Para todas las mujeres del mundo, porque sois preciosas sea cual sea vuestro cuerpo, lo importante es el interior y el gran corazón que abarcáis dentro.

Quien bien te quiere te hará llorar…

Angy Skay

Prólogo

1 año antes…

Perdida en este mundo de mierda, donde todo son problemas…

Estoy harta de estar siempre discutiendo con él. ¿Nunca vamos a poder llevarnos bien?

No lo soporto más…

Quizás mi amiga tenga razón. Ya no soy la misma. Ya no tengo esa chispa particular que hace tres años tenía. Antes de conocerle a él, claro está. Posiblemente tenga que replantearme mi vida. Empezar a disfrutar, por ejemplo. Olvidarme de peleas, insultos y discusiones que no llegan a ninguna parte. Discusiones que no se arreglan ni siquiera en la cama. No. Yo no tengo esa suerte, esa de la que se habla en los libros. Mi vida…

No tiene nada que ver. Soy una «don nadie», que no llegará a nada más en la vida.

Simplemente, me quedaré con el estúpido que tengo por novio y tal vez, solo tal vez, algún día cambie. ¡Por favor Señor que cambie!

Ilusa…

Eso es lo que siempre me dice mi mente. Pero no puedo perder la fe tan rápido, ¿o ya lo he hecho?

¿Por qué el amor duele tanto a veces? ¿Por qué nos cuesta tanto tomar las decisiones apropiadas? Si no somos felices… ¿Por qué? La pregunta del millón.

—¿Me cobra? —le pregunto al chico que está en la caja de la gasolinera.

No levanta la cabeza del ordenador que tiene a la izquierda. Por lo que se ve, le divierte mucho lo que está viendo, ya que ni me mira.

—Disculpe —grito un poco más—, ¿me cobra?

Parece que reacciona y viene hacia mí mascando chicle descaradamente. No se molesta ni en cerrar la boca. Guarro.

—¡Claro monada!

Pongo cara de asco. Bastante tengo con lo que he dejado en casa. Miro hacia la ventana de la gasolinera y suspiro agotada. Tengo que tener muy mala cara porque el chico de la caja, no hace más que mirarme de reojo.

—Aquí tiene, su cambio.

Cojo la vuelta y agacho mi cabeza. Como últimamente me estoy acostumbrando a ir.

Parece que siempre estoy agazapada. Pero cuando llego a la salida de la tienda, alguien me coge en volandas y me estrella contra una de las

estanterías.

—De eso nada guapa, ¡Que nadie se mueva! ¡Que nadie salga de la tienda o le pego un tiro!

Elevo la vista y diviso a cuatro hombres enmascarados. Solo les veo los ojos. Uno de ellos se queda mirándome de forma extraña y empiezo a temer que me pase algo.

—¡Eh tú! ¡La caja!

El hombre que me ha tirado encima de la estantería le pone una bolsa negra en lo alto del mostrador. El chico de la caja se desespera y comienza a echar el dinero velozmente dentro de la bolsa. El resto de sus acompañantes se dedican a saquear a todo el mundo, hasta que vienen hacía mí. No me he movido del suelo. Escondo las llaves del coche detrás de una revista de la estantería sin que nadie me vea. Por suerte lo consigo. Llegan hasta dónde estoy.

—Dame lo que tengas —me exige una voz ronca y extranjera.

—Yo…yo…no…te…tengo nada —balbuceo.

No me cree. Coge mi pelo y pega un tirón de él. Me arrastra un poco y me pone boca arriba en el suelo. Con la otra mano sube mi camiseta dejando al aire el abdomen y parte de mi sujetador. De refilón puedo ver que tiene un anillo de oro con un águila enorme en su dedo anular. Sus ojos reflejan que es un hijo del demonio sin ningún lugar a dudas.

—¡Déjame! ¡Déjame! ¡No tengo nada! —le grito, llorando descontroladamente.

—¡Eh! ¿Nos pegamos una fiesta antes de irnos? —le pregunta al que está en la caja.

Ahora temo por mi vida y mi salud. Empiezo a marearme. Chillo más fuerte aún. La respuesta que tengo es un guantazo que hace que mi oído retumbe. Pero respiro aliviada cuando otra voz le dice al extranjero:

—¡Eh! Suéltala, ¡Se acabó! Nos vamos.

El extranjero me mira con cara de asco. Estoy aterrorizada. El otro hombre es el que antes me miraba de una forma extraña. Como analizándome, igual que está haciendo ahora. Se acerca a mí, hasta llegar a la altura de mi cara. Empiezo a llorar más todavía.

—Tranquila, no voy a hacerte daño —susurra en mi oído.

Lo observo aterrada. Pasa su mano cubierta por un guante negro por mi mejilla y me mira directamente. A penas puedo ver nada, por la gran cantidad de lágrimas que tengo acumuladas en los ojos. Seguidamente se levanta y sale por la puerta, junto con el resto de hombres.

Después del incidente de la gasolinera, me retraso dos horas y media antes de volver a casa. Ni siquiera me ha llamado…

Toman declaración a las cinco personas que había en la gasolinera y a mí. Por fin podemos regresar a casa. Aunque tuviéramos una fuerte discusión antes, quiero llegar, abrazarlo y que no me suelte jamás. Necesito arreglar las cosas, sí, eso haré.

Lucharemos juntos para solucionarlo, sé que me quiere. Abro la cerradura de la puerta principal, mientras sigo pensando en qué decirle. Le pediré perdón. Aunque él no lo haga. Tenemos que solucionarlo. Cierro la puerta y me dirijo a buscarlo, pero una voz de mujer mezclada con los gemidos de él, me hacen parar en seco. Reacciono y continúo a toda prisa por el pasillo con el corazón en la boca, escuchando gemidos de dos personas que por lo que se ve, lo están pasando en grande. Llego a la puerta del dormitorio, de donde proceden las voces. Me paro de nuevo. ¿Qué se supone que he de hacer? Escucho como ella le pide a gritos que se la folle, que no pare y mi sangre se congela.

Giro el pomo de la puerta.

Abro despacio, con un leve toquecito en ella…

Y entonces…lo veo…

Capítulo 1

—¡Puf! ¡Maldita falda!

Cuando algo dice de no quedarte bien, no te queda bien y punto. Llevo más de media hora intentando adecentarme para poder presentar mi proyecto de *marketing* a una de las mayores empresas con las que he trabajado en toda mi vida. No estoy nerviosa, pero ¡Por Dios! ¡Necesito ir en condiciones! Finalmente lo consigo sudando la gota gorda y me voy a toda prisa para coger el tren que me llevará a *Barcelona*. El autobús me deja en la estación y salgo disparada ¡voy a llegar tarde! Me suena el teléfono, ¡mi madre!

—Hola mamá —contesto algo desganada sin querer.

—¡Huy! Parece que nunca quieres que te llame.

Respiro fuertemente. Sé que me ha oído.

—Sí que quiero que me llames, pero hoy voy con prisa.

—¿Es por el proyecto ese?

Paso el billete por la máquina y entro dentro de la estación.

—Sí, lo presento hoy.

—Seguro que te sale genial. ¿Has empezado la dieta?

Huy… ¡La puñetera dieta! Me quedo callada y cambio de tema a toda velocidad.

—¿Cómo te encuentras mamá? ¿Te has levantado hoy mejor?

—¡Sara Martínez! ¡No me cambies de tema! —dice alterada, y luego cambiando el tono de su voz, prosigue— Y sí, estoy mejor…

Resoplo de nuevo.

—No hay manera de engañarte.

—Pues no, soy tu madre, deberías saberlo. ¿Qué, no has empezado, no?

—Pues no mamá. No tengo tiempo y menos para dietas.

Tampoco estoy tan mal. Tengo una cuarenta y seis de talla, vale, me salen algunas *chichillas*, pero joder, ¡Estoy bien! Aunque no tenga una barriga extra plana y un cuerpazo de infarto. He de admitir, que tengo unas curvas muy sexys.

—Vaya tela, no sé cuándo te vas a poner en serio —me regaña.

—Mamá…—Empiezo a resoplar como un toro.

—Es que hace tres meses que ibas a empezar. ¿Tampoco te habrás apuntado al gimnasio no?

¡Dios mío dame paciencia!

—No mamá…

—¡Seguro que el tabaco no lo has dejado! Qué asco de vicio…

—Si dejara el tabaco me moriría —reconozco riéndome.

—Sí, sí, eso es lo que te va a matar.

—¡Huy! Mamá por Dios, ¡que gafe eres!

La oigo renegar una vez, y otra y otra y otra.

—Mamá, tengo que dejarte, te llamo después ¿vale?

—Vale, pero acuérdate. Que siempre casualmente se te olvida. Eso es lo que me quieres…

Meneo la cabeza negativamente. Es desesperante.

—Mamá, claro que te quiero. Pero ya sabes que muchas veces, no tengo la cabeza en su sitio.

—¡Pues amuéblatela! Venga llámame luego. Te quiero tesoro.

—Y yo a ti mamá.

Cuelgo el teléfono y busco la pantalla con la hora de salida de mi tren. Arrugo el entrecejo y maldigo unas cuantas veces en silencio.

—¡Genial! ¡El tren se retrasa! —refunfuño en la estación.

Ojeo mi reloj exasperada. Empiezo a caminar de un lado a otro y una anciana que se encuentra sentada en uno de los bancos de la estación, no me quita ojo de encima. La fulmino con la mirada y lo nota de inmediato.

—Tranquila niña, las prisas no son buenas consejeras.

—¿Disculpe? —¡lo que me faltaba!

Sigo andado de un lado a otro sin esperar contestación de la anciana. Pero claro, ella vuelve al ataque sacándome de mis casillas.

—Creo que necesitas echarte un novio —explica sin quitarme ojo.

Paro en seco mi caminata. ¿Eso me lo ha dicho a mí?

—¿Me está hablando a mí señora? —pregunto auto señalándome con el dedo índice.

La anciana asiente. ¿Pero qué demonios…?

—Creo que tu estrés se resolvería echando un buen polvo que por lo que veo, hace mucho que no echas.

Abro los ojos descomunalmente y la mandíbula se me cae literalmente al suelo. No me puedo creer que una anciana que no conozco de nada y que seguramente tenga alrededor de setenta y tantos años me acabe de decir lo que acabo de oír.

—¿Se puede saber cómo se atreve a decir semejante cosa sin conocerme? ¿Es que no tiene educación?

El resto de la gente nos mira a ambas. Primero a una, luego a otra. Si no fuese una persona anciana le habría atestado tal golpe, que no sé qué habría sido de ella. Elimino ese pensamiento rápidamente de mi mente. No puedo ponerme a esa altura y menos con una anciana. Ella niega con la cabeza.

—Niña…—suspira— Hazme caso, que te irá mejor. ¡Hay que desfogarse!

Abro más los ojos si cabe. La anciana desaparece de mi vista y yo me quedo paraliza mirando cómo se marcha sin poder contestarle nada. Cuando me quiero dar cuenta tengo el tren detrás. ¡Ni lo he visto! Subo el primer peldaño para entrar.

Consigo meterme dentro de él sin caerme, desde luego que hoy no es mi día. Me apoyo en la pared del pasillo, intentando estabilizar mi agitada

respiración. Atuso mi pelo negro y echo un mechón rebelde que me cae en la cara hacia atrás.

—Hola Sarita —dicen en un tono meloso.

¡Uf! Esa voz. Aparece delante de mí y agarra mis caderas, empujándome hacia él. No sé por qué extraña razón, me dejo.

—Hola Javilito —Le imito.

Javi es un chico que trabaja para la empresa enemiga como yo la llamo. Somos competencia. El chico no está nada mal. Es alto, medirá sobre metro ochenta, ojos grandes y marrones, pelo negro revuelto desenfadado y nunca, nunca lleva traje. Los vaqueros le quedan completamente ajustados a su prieto culo y la camiseta que lleva puesta, le marca todos y cada uno de sus abdominales. Alguna vez que otra nos hemos revolcado después de una noche de copas.

—¿Qué haces aquí? —Pregunta absurda. ¡Viajar en el tren!

—Creo que lo mismo que tú —responde tocando uno de mis rizos.

—¿Y tu coche?

—Roto. —Sonríe.

¡Si es que hasta la boca la tiene perfecta!

—¿Me vas a seguir preguntando cosas?

—¿Qué pretendes hacer si no? —Arqueo una ceja.

Respiro despacio y noto como mi pecho sube y baja. El escote en forma de barco muestra mis preciosos y delicados senos. ¡Tengo unas tetas de infarto! ¿Algún día dejaré de ser tan burra? Hasta mi pensamiento habla mal últimamente. Dirige su mirada hacia ellos.

—¿Estás tramando algo?

—¿Y tú? —pregunto con ojos de loba.

Mira a mi izquierda y hace un movimiento extraño con la cabeza. Me giro, y veo que está señalándome el servicio del tren.

—¿Te has levantado necesitado?

—Más o menos. Y tú has aparecido en mi camino.

Alguna que otra vez le he dado calabazas, no sé cómo todavía me busca.

—¿No pensarás darme plantón hoy también?

—Mmm…

Chupa el lóbulo de mi oreja. Me estremezco un poco.

—Creo que no, hoy podré satisfacerte.

Agarro su brazo y tiro de él hacia el servicio. Entramos en el « *mini suit*» de manera atropellada ¡tienen que hacer estos baños más grandes! Claro que pensándolo bien ¿para qué? ¿Para que unos degenerados como nosotros, se pongan a echar un polvo en este espacio reducido al cuadrado? Decididamente no, creo que no sería un buen motivo.

Nos besamos una y otra vez sin separar nuestras lenguas ansiosas. Mis manos vuelan a la bragueta de su pantalón y lo desabrocho con gran facilidad. Él por el contrario, como siempre, es un poco *topo*…

No tiene forma de subirme la falda, no es que sea culpa de él completamente ¡Porque voy embutida! Pero podía poner un poco más de empeño. Al ver que no lo consigue me levanta un poco la camiseta y lleva sus manos hacia atrás. Coge el enganche del sujetador para quitármelo, pero tampoco atina… Después de intentarlo como unas diez veces sin conseguirlo, se da por vencido y dirige sus manos a la parte delantera de mi pecho. Tengo que poner los ojos en blanco en mi pensamiento, con tal de no soltar una bordería de las mías. ¿No se supone que los hombres deberían saber algo tan sencillo como desabrochar un sujetador? Se ve que a mí me tocan los catetos que no saben.

Empuja de mí hacia atrás y claro, como el espacio es tan reducido, al echar su pierna hacia delante, con el ansia que lleva por meterse entre mis piernas, me da un rodillazo dónde más duele. Me retuerzo.

—¡Me cago en la hostia! ¿¡No puedes tener cuidado!?

—Lo siento tía, no lo he visto, no te pongas así tampoco. —Me recrimina de malas formas.

Abro los ojos como platos y lo fulmino con la mirada.

—¿Qué? ¡Me acabas de pegar un rodillazo en todo el coño!

Se ríe. Mal momento para reírse. Este no me conoce.

—A mí no me hace ni puta gracia.

—A mí sí. Vamos relájate —contesta tocando mi mejilla suavemente.

Pero ya estoy encabronada. Cuando vuelve a acercarse a mí le doy con la mano en la cara para apartarlo, con la mala suerte de que lo hago con un poco más de fuerza de la que pretendía y se da un golpe con la máquina de secarse las manos, en la cabeza.

—¿¡Pero qué haces!? —vocifera.

—Te jodes —respondo sin pensar.

Me doy un punto en la lengua. ¡Soy imbécil! Me mira de malas maneras.

—Mira, creo que es mejor que sea otro el que te folle en el baño del tren, yo paso.

Empiezo a echar humo hasta por la nariz. Necesito un cigarro.

—Perdona, pero yo no te lo he pedido.

Arquea una ceja y hace una mueca con los labios. No me gusta ese gesto.

—Pues bien que has accedido rápido.

—¿Me estás llamando facilona?

—Algo así.

Tan ancho y tan pancho sale del mini baño. Me quedo paralizada un segundo. ¿Me ha llamado facilona? Veo cómo se dirige a su asiento y se acomoda. Todavía queda media hora para llegar. Se me ocurre una cosa. Cojo mi bolso.

—Buenos días señora. —Me saluda el revisor.

¿Señora? ¿Pero este es tonto o qué?

—Buenos días, y soy señorita si no le importa…—Termino la frase con un tono de retintín.

El revisor se ríe y hace una mueca arrugando sus finos labios. Levanta un poco los ojos como queriéndome decir, «sí, sí, lo que tú digas». Se va, termino de preparar lo que tenía entre manos y doy media vuelta hacia mi vagón con mi plan. Casualmente tengo que pasar por donde está Javi. No me mira siquiera. Sé que me ha visto acercarme. Mi vena macarra sale en el momento en el que estoy justamente a su lado tirándole todo el termo de café con leche que llevaba para la oficina, en lo alto del pantalón, concretamente en su bragueta. Pega un salto del asiento, pero yo ya he derramado todo el contenido encima de él. Sonrío con una de esas risas diabólicas que ni el mismo diablo tiene, solo yo. Me mira con los ojos a punto de salírsele de las cuencas y levanta las manos agitándolas en el aire.

—¡¿Estás loca?!

—No —contesto tranquilamente.

No es que haya tirado el termo encima de él y haya hecho como que se me ha caído, no.

Me he plantado a su lado, he elevado mi termo y con las mismas lo he dejado cayendo sin ningún miramiento en su bragueta. Soy mala, me encanta.

—¿Por qué me lo has tirado?¡Está ardiendo! —grita sin control como un energúmeno.

Yo me lo paso por el forro, puede chillar lo que quiera. Pero a mí nadie me llama facilona. Me acerco a su oído, para no dar espectáculo, aunque por mucho que no quiera, se me oye. Todo el mundo está pendiente del siguiente paso. Deslizo mi mano derecha por el lado contrario de su cara y poso la mano encima de su patilla.

—Que sea la última vez que me insultas —Tiro fuerte de su patilla y pega un grito sin esperárselo, por el dolor que le estoy infligiendo ahora mismo—, y aquí la única facilona que hay es tu puñetera madre, ¿me has entendido?

Para hacerlo con más énfasis, tiro un poco más de su patilla. Sé que duele, lo sé de sobra y si es necesario se la arrancaré para que no vuelva a decirle eso a una mujer, nunca más. Intenta moverse un poco incómodo, lógicamente porque le estoy haciendo daño. Pero al ver mis asesinos ojos se lo piensa.

—Yo…—Le corto.

Pongo un dedo en su boca y la cierra de momento. Cuando me pongo en plan psicótica, creo que nadie se atreve a decirme nada. Se me reflejará en los ojos, me doy miedo a mí misma.

—Además, como se te ocurra volver a llamarme, ni siquiera a mirarme cuando me veas por la calle, la próxima vez no derramaré leche encima de tu entrepierna. La próxima vez te aplastaré las pelotas con una bola para tirar bolos, la que más pese —aseguro.

Él y todo el vagón abren los ojos desmesuradamente, creo escuchar

incluso algún susurro de alguna persona que dice «madre mía» . No me doy por aludida, le suelto poco a poco sin separar mis grandes ojos negros como la noche de los suyos. El encargado del tren llega hasta nosotros. Se ve que alguien le ha avisado del pequeño percance.

—¿Algún problema por aquí?

Desvío mi mirada por un momento al hombre que nos pregunta. Javi no abre la boca ni para respirar.

—Ninguno señor, se me ha derramado la leche encima de este… señorito —contesto con sorna.

—Ahora vengo a limpiarlo, no se preocupe.

—No se moleste, cuando lleguemos a *Barcelona* puede hacerlo. A él no le importa.

Le insto con la mirada para que se siente en su asiento repleto de leche y por una extraña razón que no llego a comprender, lo hace. ¡Yo también me iba a sentar, ja! Mira hacia el suelo y meneo mi cabeza positivamente de manera superior. Estoy orgullosa de tener el mismo genio que mi madre. El encargado me mira a mí y luego a él sin entender nada.

—Pero se va a poner perdido…—susurra el encargado.

—Que se cambie después —replico con frialdad.

—Vendré igualmente. —Se da media vuelta y se va.

Entro en mi vagón y me encuentro a la anciana que antes me tocó la moral. Prefiero pasar por su lado y ni mirarla. No quiero pagar mi mal genio con ella, es una persona mayor. Nadie en su sano juicio se pondría a discutir con ella. Creo que entonces pondrían un cartel en el tren de ¡prohibido el paso! Con mi foto. Me acomodo en el asiento y saco el móvil para mirar algo, no sé el qué, sumida en mis pensamientos hasta que la voz de la anciana me saca de mi desvarío.

—Tú vales más que ese niñato sin moral.

¿Cómo lo sabe? ¿También se han enterado en este vagón? Es imposible. Ni asiento ni nada, solo observo a la anciana que me regala una bonita sonrisa desde su asiento.

Pero mis pensamientos empiezan a volar en mi mente. No es cierto, yo no valgo nada. A la vista está. Veintinueve años, soltera y sin vistas a nada más. Nunca he aspirado a algo más que niñatos como dice ella, niñatos como Javi. Tampoco es que tenga una suerte excesiva con los hombres. No soy el prototipo de mujer que suelen buscar, con cuerpazos y disponible las veinticuatro horas del día para ellos. Mi prioridad uno es el trabajo y mi prioridad dos…No tengo prioridad dos, simplemente. Nunca he tenido suerte para el amor, ya fracasé estrepitosamente en mi anterior relación y dudo mucho que quiera volver a repetir algo así, no quiero volver a sentirme frágil por un enamoramiento jamás en mi vida. Sí, esa es la filosofía que tengo que seguir teniendo.

La misma que tengo desde hace un año. Porque el amor saca lo mejor de nosotros, pero también lo peor, y yo lo he vivido en mis propias carnes.

Algunas veces se nos va la cabeza demasiado, por la persona que creemos que queremos y que nos quiere. No es necesario.

No lo necesito.

Estoy mejor así, sola.

Capítulo 2

Llego al edificio donde trabajo en pleno centro de *Barcelona*. Mi empresa se dedica al *marketing* y publicidad, para otras empresas. Tenemos bastante jaleo, ya que es una de las mejores sin duda. La oficina la ocupa uno de los pisos del edificio, tampoco es que sea gran cosa, pero es lo que me lleva dando de comer tres años y estoy muy a gusto.

Solo trabajamos mi jefa y dos compañeros más. Patricia, mi mejor amiga desde que entré a trabajar aquí y Óscar.

—Buenos días Sara, ¿estás lista? —pregunta mi jefa.

—Buenos días Olga, sí, lo llevo todo a…

La respiración empieza a fallarme. Contemplo mi mano… ¡Me cago en todo! Abro los ojos como platos, no me puede pasar esto a mí.

—¿Qué pasa?

Empiezo a negar con la cabeza y echo a correr hacia el primer teléfono que tengo a mano. Saco corriendo el billete del tren, pero… ¿Para qué? El tren no va a dar media vuelta, está claro.

—Me he dejado la carpeta con todo el informe en el tren…—musito por lo bajo, no me he oído ni yo.

—¿Cómo? —pregunta Olga alarmada.

—¡Que me he dejado la puta carpeta en el tren!

Me llevo las manos a la cabeza. Mi jefa tan bien puesta como siempre, imita mi gesto.

Por un momento me fijo en cómo va vestida, un pincel no tiene comparación con ella.

Siempre tan perfecta. No es que yo vaya mal, pero Olga, traspasa los límites de la perfección en cuerpo y belleza.

—¿Cómo se te ha pasado? —pregunta intentando calmarse.

Javi y mis pensamientos tontos. ¡Joder!

—No lo sé…Tenemos que buscar una solución.

—Nos tenemos que ir o vamos a llegar tarde Sara.

—Dame diez minutos.

—¡No los tengo!

Empieza a agobiarse, raro en ella, ya que siempre mantiene sus formas de manera estable e intenta buscar soluciones donde nos la hay. Sí, también tengo una jefa extraordinaria. Me lanzo de cabeza a mi ordenador e intento buscar el proyecto.

—¡Mierda!

—Buenos días – canturrea Óscar cuando entra.

—¿¡Qué!? — me chilla Olga.

—Buenooooo…Como está el patio esta mañana —cuestiona Óscar,

pero nadie le hace mucho caso.

—Tengo la mitad del proyecto aquí, la otra no. —Me hundo en mi sillón.

Imbécil. Imbécil. Imbécil.

—¿Alguien me explica qué pasa?

Y mi jefa explota con él.

—Pasa que… ¡Sara se ha dejado el proyecto en el tren! ¡Pasa que tendríamos que estar allí ya! ¡Pasa que te pongas a trabajar y dejes de preguntar!

Óscar hace un gesto con su mano de cerrar la boca y tirar la llave. Me tengo que reír.

—No te rías y vámonos. ¡Que salga el sol por *Antequera*! —Comenta con una expresión andaluza.

—Espera…—susurro.

—¿Quieres hablar más alto? ¡Me estás poniendo de los nervios!

Alzo una ceja y vuelvo a sentar mi culo en el sillón.

—¡Espera! —chillo literalmente— Tengo una idea.

Se acerca a mi mesa y me insta con la mirada para que se la cuente.

—Podemos hacer la mitad del proyecto que es lo que tengo aquí. Enrollarnos un poco más en la reunión. Solo tienen una hora. Si lo extendemos podremos volver otro día con el final. Si le dejamos la miel en los labios, estoy segura de que volverán al día siguiente.

Asiente con convencimiento y en ese mismo momento le suena el teléfono.

—Dime Patri.

No escucho lo que dice, pero sé que está desesperada. Llegamos tarde.

—Intenta entretenerlos un poco, vamos volando.

Es experta en entretener a la gente, así que podemos ir tranquilas que ni notarán que llegamos veinte minutos tarde. Cuelga y me mira con cariño.

—Eres una fenómena, vámonos.

—Saldrá bien, ya lo verás. Hay que ser positivas.

—Sí, saldrá bien, estoy segura. Se enamorarán de ti y del proyecto.

—Mejor que se enamoren solo del proyecto, porque a ella a ver quién la aguanta. — Ríe Óscar.

—¡Vete a la mierda!

Mi jefa pone los ojos en blanco.

—¡Vámonos! —repite de nuevo.

Tira de mi brazo y salimos de la oficina. No sin antes girarme para sacarle el dedo de manera vulgar a mi querido compañero.

Aparcamos el *Mercedes* de Olga, en una zona donde no podemos dejarlo y salimos pitando hacia el edificio de oficinas pijas, que tenemos delante. La empresa para la que vamos a presentar el proyecto es una de las más grandes de España. Tienen una cadena de ropa muy importante en el mercado y necesitan una buena campaña, ya que han planteado abrir

doscientas tiendas más en el país. Entramos dentro y a lo lejos veo a una chica con pelo largo, rubio claro y cuerpecito de muñeca. Se gira y nos mira con sus ojos marrones, básicamente diciéndonos que aligeremos el paso. Mi amiga la cordobesa y compañera, Patri a la vista.

—¿Dónde están? ¿Dónde? —pregunta acelerada mi jefa.

—Acaban de pasar a la sala de reuniones, vamos.

Nos adecentamos en la puerta un poco y pasamos dentro de la sala. Me encuentro con tres hombres. Dos de ellos trajeados y uno más informal con un pantalón vaquero ceñido y una cazadora de cuero negra. Están de espaldas a nosotras. Los inspecciono por detrás, ya que de momento no nos han visto. Uno de ellos es más joven que los otros dos, el de la cazadora. Se giran al escuchar la puerta y se levantan para venir hacia nosotras.

—Buenos días señor Fernández. —Saluda mi jefa extendiendo su mano.

—Buenos días Olga— le responde tuteándola—, si no te importa he traído a mi supervisor, Roberto Salar y a mi hijo César.

Mi jefa asiente y les estrecha la mano a los dos hombres que acaban de presentarse. Se aparta un poco y puedo verlos claramente.

—Os quiero presentar a mi mano derecha. Ella es Sara Martínez, ha preparado todo el proyecto, es una excelente comercial.

Mis ojos no se separan de los del tal César, que por un motivo que desconozco, tampoco los aparta de mí. Me suena demasiado, pero no recuerdo de qué. Se me empieza a secar la boca y noto unos calambres algo extraños dentro de mi cuerpo. Es bastante alto, tiene el pelo moreno desenfadado con uno cuantos rizos, sus ojos color miel me impactan por lo bonitos que son y su mandíbula cuadrada con barba incipiente, no hace más que darle más énfasis a esa cara de «chico malo». Su perfecta musculatura se marca escandalosamente debajo de esa cazadora que lleva puesta. Mi jefa me da un pequeño empujón y al apartar mis ojos de los de César, veo que el señor Fernández tiene la mano extendida. Qué vergüenza, seguro que lleva media hora así. Le miro, me pongo nerviosa. La carpeta que llevo en las manos se me cae al suelo. Estoy segura de que Olga, acaba de poner los ojos en blanco.

—Perdón. —Me disculpo.

Recojo las cosas rápidamente y Patri me ayuda en mi tarea cuando ve, que me estoy poniendo más nerviosa aún y lo que cojo se me vuelve a caer al suelo.

—¿Pero qué te pasa? —murmura ella para que nadie pueda oírnos.

—No lo sé…—respondo un poco avergonzada.

Me reincorporo rápidamente roja como un tomate. Extiendo mi mano y la estrecho con fuerza.

—Perdóneme de nuevo señor Fernández.

—Estás perdonada, ¿Sara?

Asiento.

—Por favor, si vamos a trabajar juntos me gustaría que me llamaras por

mi nombre, soy Carlos.

Asiento de nuevo como una tonta.

—Este es Roberto Salas, el superior de mi empresa. Él decidirá cómo y cuándo empezamos el plan de *marketing*.

—Encantada. —Hago el mismo proceso, extendiendo mi mano.

—El placer es mío sin duda.

Tanto Roberto como Carlos son hombres de unos cincuenta y pocos años, estatura dentro de lo normal, ni altos, ni bajos. Roberto es un poco más corpulento que Carlos, tienen facciones serias y sin duda son hombres de negocios. Y ahora toca el turno de presentarme al hijo *macizorro*, ¡Es que ni mi pensamiento puede estarse quieto un rato!

—Y él es César Fernández. —Me presenta mi jefa extendiendo su mano hacia él, que sigue sin quitarme el ojo de encima.

Me giro de nuevo hacia él y veo cómo las comisuras de sus labios se curvan un poco hacia arriba. Esos ojos… ¿Por qué me suenan tanto sus ojos? Estoy paranoica, definitivamente. Hago lo propio para saludarlo y al estirar su mano derecha, la manga de la chaqueta se encoje hacia arriba. Veo un pequeño tatuaje entre su dedo pulgar y la muñeca, es un sol y una luna juntos.

—Hola…

Su voz es sensual y atractiva a rabiar. De nuevo otro calambre me atraviesa el cuerpo cuando juntamos nuestras manos.

—Hola —contesto como una pava.

Sonríe un poco mostrándome su perfecta dentadura blanca. Todos los de la sala nos miran extrañados, ya que aún no nos hemos soltado la mano. Ahora la tensión se palpa en el ambiente de manera considerable.

—Emm…esto… ¿pasamos a la mesa? —pregunta mi jefa mirándome ojiplática.

—Claro —contestan al unísono Carlos y Roberto.

Pero yo sigo inmersa en la mano que me tiene sujeta y en sus ojos que no se apartan de los míos ni por instante. Veo como se trasladan hacia la mesa y nosotros seguimos ahí, mirándonos, sin soltarnos. Mi amiga Patri me saca de mi ensueño cuando me da un codazo que hace que la mire y rápidamente suelte la mano de César. Le sonrío tímidamente y él se da la vuelta metiéndose las manos en los bolsillos para ocupar su lugar en la mesa.

—¿Pero qué coño estás haciendo Sara?

Ni yo lo sé.

—No sé qué me ha pasado —contesto avergonzada.

Ella niega con la cabeza.

—¿Has visto lo buenorro que está?

Pongo los ojos en blanco.

—¡Patri! ¡Aquí no, por Dios! No voy a poder centrarme. Por cierto he mandado a la mierda a Javi.

Ella me mira asombrada. Yo se lo confirmo más todavía asintiendo. Antes de que me diga nada más me adelanto:

—Luego te lo cuento.

Asiente y se dirige a su sitio. Empezamos la reunión y tal como habíamos planeado entretenemos al personal un poco. Lo cierto es que como hemos perdido mucho tiempo con los saludos, finalmente nos llega para poco. Mientras hablo y hablo con Carlos que presta atención absoluta a lo que digo, veo por el rabillo del ojo como César tiene el dedo índice apoyado en sus finos labios. ¿Cómo puede ser tan sexy? No me lo explico.

Descarto ese pensamiento velozmente de mi cabeza o diré algo que no deba. Me mira sin pestañear y es algo que está empezando a ponerme nerviosa. Es como si quisiera adivinar alguna cosa, lo que no tengo claro es, el qué.

—¿Qué te parece Roberto? O por lo menos, lo que llevamos visto.

Roberto se reincorpora de su silla y me mira.

—La verdad, es un plan de *marketing* difícil, ¿lo has hecho tú sola?

—Sí…—contesto un poco nerviosa.

Creo que se me ha notado en la voz porque mi jefa da un leve apretón en mi rodilla por debajo de la mesa para enfundarme valor.

—Me gusta. Es una buena iniciativa. Sobre todo lo de la avioneta. Es algo más innovador, además de que no suele hacerse mucho. Las fiestas para adolescentes es la mejor idea sin duda. Los padres compran lo que los hijos quieren la mayoría de veces.

Tendríamos que mirarlo todo con detalle cuando acabemos, pero creo que puede encajar perfectamente.

Suspiro aliviada y Olga también se deshincha como un globo. Sabíamos que podíamos llegar, exponerlo y que no les gustara. Siempre nos arriesgamos a eso, trabajar para nada. Sobre todo para las grandes empresas, pero es lo que toca. Casi siempre nos suelen decir que sí, porque somos buenos en nuestro trabajo, pero alguno que otro nos ha dicho que no. Siempre tiene que haber una oveja negra.

—Bien pues entonces, ¿Cuándo volvemos a vernos? —pregunta mi jefa.

—Podríamos ir la semana que viene, el lunes, ¿os parece bien? —responde Carlos.

De repente escuchamos una silla chirriar, todos los ojos se giran hasta el sonido, incluidos los míos. Vemos como César se pone de pie de inmediato.

—Tengo que irme.

Se la da la vuelta, y se va. No sin antes mirarme un par de veces más. Todos nos miramos sin entender nada. Carlos pone cara de circunstancias y suspira.

—Lo siento, mi hijo a veces es un poco especial…—comenta tamborileando sus dedos en la mesa.

—No te preocupes, no pasa nada —contesta Olga.

—Pero es muy buen trabajador y quiero que aprenda todo lo referente al negocio, es él quién lo va a heredar, a fin de cuentas. Algunas veces no sé

qué le pasa a este chico por la cabeza…—suspira resignado.

—Es joven —contesta Roberto, intentando serenar el malestar que nota en Carlos.

—Pues tiene treinta años, ya es hora de que siente la cabeza Roberto —contesta un tanto alterado.

Patri, Olga y yo nos miramos sin saber qué decir. Ellos se dan cuenta.

—Disculpad. Algunas veces me salen estas cosas de improvisto, no sé cómo barajarlo…—se disculpa.

Mi jefa le quita importancia y yo me pregunto a qué viene ese comportamiento tan repentino.

Salimos de la reunión y quedamos para el lunes como dijimos antes. Nos dirigimos a la cafetería más cercana, de tanto hablar tenemos la garganta seca y vamos a necesitar cinco litros de agua.

—Me puedes explicar, ¿Por qué te has quedado atontada mirando al hijo de Carlos? — pregunta mi jefa.

—Yo no me he quedado atontada —aseguro, pero sé que es mentira.

—¡Sí que lo has hecho! —dicen las dos al unísono.

Las miro de mala manera.

—Ups, me tengo que ir a una cita, nos vemos después, ya llego tarde.

Olga levanta su bonito culo de la silla y sale disparada hacia su coche.

—Bueno, cuéntame lo de Javi, soy toda oídos.

—Es un capullo.

—Vale, eso ya lo sabía, ¿Qué ha pasado?

Le redacto todo lo ocurrido en el tren. Responde abriendo los ojos cada vez más. Ni me interrumpe. Pero un pensamiento pasa por mi cabeza como un flash.

—El tatuaje…

Patri arquea una ceja.

—¿Cómo dices?

—El tatuaje…—vuelvo a susurrar.

—No sé si estás hablando en un idioma extraño o que yo soy tonta y no te entiendo.

Me levanto de la silla como un resorte y remango mi camiseta a media altura por el lado derecho señalando mi tatuaje.

—¿Pero qué haces? ¡Que estamos en una cafetería, no en una playa nudista niña! —Me regaña.

—Es el mismo —le señalo.

—¿El mismo de qué? ¡Habla claro!

¿Cómo pueden existir estas coincidencias en la vida?

—César tiene el mismo tatuaje que tengo yo en el abdomen. Solo que él lo lleva en la mano, ¿¡cómo no he caído antes!?

La sorpresa se ve reflejada en la cara de mi amiga y en la mía se ve un asombro inigualable.

—¿No jodas?

—Vaya que si te jodo…
—Qué casualidad, ¿es el mismo?
—Idéntico.
—Claro, no te has dado cuenta porque estabas babeando…
—Yo no estaba babeando. —Me defiendo.
En cierto modo, no es verdad, sí estaba babeando. Un poco más y necesito una palangana para ponérmela debajo de la boca. Si no, ese pequeño detalle, de que lleva un mismo tatuaje que yo, no se me habría pasado.

Capítulo 3

Toco su cara, su pecho, su abdomen…El calor invade todos mis sentidos y necesito que entre en mí ya o moriré abrasada. Mi lengua hace un camino de besos hasta su clavícula sin parar. Tiro de su pelo hacia atrás y enredo mis dedos en sus rizos para tocar la suave textura que tienen. Paso mi mano de nuevo por su pecho y la dirijo hacia la cinturilla de su pantalón. Me quita la mano y la mete directamente dentro, para que toque su palpitante erección. Descarado. La agarro con fuerza y no me sorprendo de su tamaño. Pero…un momento… ¿con quién me estoy acostando? Levanto mi cabeza y esos penetrantes ojos color miel se me meten en el sentido.

César.

Ring Ring Ring Ring

Me sobresalto de golpe en la cama.

—¡Joder!

Casi me da un infarto con el despertador. Así que, como me acaba de despertar de mala hostia lo cojo y lo estampo contra la pared. Sara Martínez y su temperamento. Me incorporo en la cama sudando y tras dos décimas de segundo, recuerdo lo que estaba soñado y con quién… Salgo de mi cama y al levantarme como siempre crujen los muelles. Necesito cambiar de piso. Estoy de alquiler en un pequeño estudio que tiene dos habitaciones, cocina, salón y una pequeña terraza. Los muebles son un poco antiguos, bueno un poco, tienen más años que la tos. Lo único que he podido hacer es pintarlo de blanco impoluto ya que los propietarios no me han dejado hacer nada más.

Pequeños detalles lo adornan para darle otro aire, pero ni con esas. Esto sigue pareciendo un *cuchitril*.

Salgo a la terraza y me enciendo un pitillo. Tengo que pensar en mi sueño. Parece estúpido, pero nunca me acuerdo de los sueños que tengo y este era calentón, me gusta.

¡Ja! Soy una demente. Me suena el porterillo del piso.

—¿Quién será a estas horas? —murmuro.

Son solo las nueve de la mañana, a ver quién es el premio, el cartero, el del gas, el de la luz…

—¿Sí?

—¿Sara?

Me pongo en alerta de momento cuando escucho la voz de Patri al otro lado del telefonillo.

—¿Patri qué haces aquí tan temprano?

—¿Me dejas pasar? —pregunta llorosa.

—Claro, sube.

Salgo a toda prisa al rellano de mi edificio y espero en la misma puerta

del ascensor a que llegue. No sé qué demonios le habrá pasado pero no debe ser nada bueno.

—Dios mío Patri…

Corro hacia ella. Se echa a llorar en mis brazos. Está completamente empapada y lo que más me preocupa son sus ojos llenos de tristeza.

—No me lo puedo creer…Vamos, estás congelada, te prepararé un baño.

Entramos dentro y de nuevo corro hacia la bañera, la lleno con agua caliente y enchufo la estufa. Espero que no salten los plomos como de costumbre. No lo hacen, por lo cual la dejo puesta. Preparo unas toallas y ropa limpia.

—Vamos, ven. ¿Cómo has venido?

—En tren. —Se limita a decir.

Está triste y su mirada está perdida. También vacía de sentimiento alguno. El amor, el puto amor…

—¿Por qué habéis discutido? —pregunto directa al grano.

Ella me mira melancólica.

—No lo sé…

—Me dijiste hace tiempo que Mario estaba bien Patri… ¿Me engañaste?

—¡No!

Pero por muy enfatizado que me haya dicho ese «no», sé que es mentira, sus ojos la delatan.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo.

—Ha llegado a casa y…bueno hemos tenido una discusión porque no he querido hacerle la cena, se ha enfadado y se ha puesto como loco.

—Como de costumbre, supongo.

La ayudo a desvestirse y la meto en la bañera. Cojo un taburete y me siento a su lado mientras le paso el jabón y una esponja nueva.

—Se ha puesto a chillarme y hemos terminado echándonos mil cosas en cara, como siempre. No lo aguanto más…

La inspecciono por encima para ver si ha pasado algo más que no quiera contarme. No es el caso.

—No sé cómo lo soportas…

—Lo sé. Es una estupidez por lo que hemos discutido. No entiendo por qué se ha puesto así, no sé qué hago mal.

Resoplo. Estoy harta de que se valore tampoco.

—Tú no haces nada mal, es él.

Me mira, pero sé que en el fondo no piensa lo mismo que yo. Sigue sin valorarse.

—¿Por qué estas mojada? No está lloviendo en la calle. —Caigo en la cuenta.

Patri se sorbe los mocos y se echa un poco de agua caliente en la cara.

—Pues…he salido corriendo, se ha asomado al balcón y me ha tirado

un cubo de agua encima. Con la suerte de que me ha pillado por completo cuando salía del portal.

Asiento y la ayudo a mojarse el pelo completamente. Se encoje de rodillas y con sus manos las abraza para después meter la cabeza entre ellas.

—¿Piensas volver? —Estoy un poco enfadada.

—Por favor entiéndeme, no me hables así Sara, necesito apoyo. —Confiesa derrotada.

—No estoy enfadada contigo. Pero no puedes seguir tu vida con un hombre que no valora nada de lo que haces.

—Yo le quiero.

—¿Y él te quiere?

Me mira sin saber qué contestar.

—Yo contestaré por ti. Un hombre que te quiere jamás se atrevería a despreciarte como él lo hace, porque le daría asco mirarse al espejo todos los días. Un hombre que te quiere no pensaría en eso siquiera…

Agacha su mirada hacia el agua.

—No puedes seguir viviendo así —aseguro.

—Tengo miedo —confiesa.

Joder…

—¿Miedo a qué? ¿A él? Das una patada y salen mil hombres, no le necesitas para nada.

—¿Y si no me deja tranquila? ¿Y si le hace algo a mi familia? Ya sabes que en otras ocasiones ha vuelto a buscarme…

Sonrío de manera irónica.

—Pues no tropieces con la misma piedra de nuevo y ¿tu familia? ¿Esa que dice que es el hombre perfecto? ¿Que tu eres la que no sabes cuidarle? ¡Que le den por culo a tu familia Patri!

Ahora la que sonríe es ella. Me alegro de haber conseguido eso por lo menos. Siempre están discutiendo, eso no es vida para nadie. Su novio o ex novio como quiera llamarse ahora mismo, siempre está menos preciándola delante de todo el mundo, por no hablar de lo mal que la trata.

—¿Puedo venir a vivir contigo? Pagaremos los gastos a medias, lo que quieras. —Se apresura a decir.

Tampoco iba a decirle que no.

—Claro que sí. Es más, si quieres, podemos mirar algo en *Barcelona* para ir al trabajo a pie. Así me voy de este horrible estudio.

—Sí, la verdad es que es feo de cojones.

Ambas estallamos en una carcajada.

—Oye, no te pases que he puesto todo mi empeño dentro de lo posible y lo que me han permitido para adecentarlo.

Nos miramos con cariño y ya me da igual si me mojo o no, la abrazo fuertemente.

—Quiero que siempre tengas claro que estoy aquí para lo que necesites. Que nunca vas a estar sola mientras yo viva.

—Entonces no te mueras nunca.

—Ja ja ja, lo intentaré.

Entre nosotras se hace un pequeño silencio.

—¿Cuándo habéis discutido?

—Ayer por la noche, después de la reunión.

Abro los ojos como platos. La reunión fue el sábado y estamos a domingo.

—¿Dónde has estado?

—Dando vueltas perdida, no sabía qué hacer. Tampoco quería molestarte.

—Si alguna vez vuelve a pasar esto, que lo dudo, no se te ocurra vagar por ahí sola empapada medio día, vienes y se acabó. —Refunfuño.

Asiente y me mira. No sé por qué pero me temo que algo más le preocupa.

—¿Qué es lo que no me has contado? —Arqueo una ceja.

Empieza a llorar como una magdalena y me temo lo peor. Paro de echarle agua y de frotarle la espalda con la esponja.

—Me estás asustando. ¿Qué-pa-sa? —formulo la pregunta lentamente.

Me mira. Vuelve a llorar.

—Patri…

—No sé si…no sé…

—¿No sabes qué? ¡Por el amor de Dios, habla!

Me levanto exasperada de la banqueta y la observo fijamente.

—No sé si estoy embarazada.

Mis ojos toman unas dimensiones desorbitadas y mi mandíbula se desencaja. Está a punto de darme un infarto. Doy dos pasos y me siento en la taza de wc a plomo. Se asusta al ver mi cara, que debe de estar blanca como el papel e intenta salir de la bañera para venir hacia mí. El baño no es que sea muy grande, pero el wc está en el otro extremo. La paro con la mano para que no salga.

—Voy a ir a comprar algo para cenar y te compraré un test para quedarnos más tranquilas —respondo mirando a la nada.

Yo también estoy de los nervios. Un bebé, lo último que tengo pensado hacer esta vida.

Creo que mi madre se quedará sin nietos.

—Encenderé la estufa en el salón para que puedas calentarte. Te dejo un pijama aquí.

—Se lo señalo— La estufa del baño la quito, sino saltarán los plomos.

Asiente sin decirme nada más. Pero cuando cojo la puerta del baño y la estoy cerrando, la escucho decir:

—Te quiero Sara, eres la persona más importante de mi vida.

La miro y asiento con cariño. Espero seguir siendo la única, porque como este embarazada no sé cómo lo vamos a hacer. No por el bebé, si no por el padre…

Llego al supermercado que tengo dos calles más abajo. Entro y empiezo a buscar lo necesario para la cena; al final me decido por hacer un poco de pasta. No es algo que suela cenar, pero nos vendrá bien a ambas. La comida la tengo prácticamente preparada desde ayer. Lentejas. Le vendrán bien a Patri para reponer fuerzas. Cuando lo tengo todo, me encamino hacia la farmacia más cercana para comprarle el test. Entro y empiezo a buscar por los pasillos hasta que encuentro donde están.

—¿Por qué hay tantos? Podría haber uno genérico. —Protesto entre dientes.

Empiezo a leer las cajas, hasta que encuentro uno que pone que es eficaz y te dice hasta las semanas de las que estás. Rezo para que salga negativo, pero compro el test que pone las semanas, manda huevos. Me espero detrás de un chico en la cola para pagar y de repente escucho un estruendo en la puerta y voces que chillan:

—¡Al suelo! ¡Todo el mundo al suelo!

¡Mierda! Son atracadores. Cuando voy a agacharme, no sé por qué motivo, me desplazo sin que mis pies anden. Entonces miro a mi izquierda y veo al chico que tenía delante ¡Es César! Me lleva a un hueco que hay a un lado donde no se nos ve. Es muy justo, por lo cual tenemos que estar pegados como lapas. Lo observo y él me dice con un gesto que esté callada. Le hago caso, no quiero que me pase nada por venir a por un puñetero test de embarazo. Oigo como la gente grita y sueltan pequeños susurros intentando que no los oigan los atracadores. Me pongo más nerviosa cuando uno de ellos parece acercarse a la zona donde estamos escondidos. Me pego más si cabe a César en un intento de refugiarme en algo o alguien...

—Tranquila.

El leve susurro en mi oído hace que todo mi cuerpo se estremezca. Giro mi cara y sin quererlo rozo su nariz. Estamos completamente pegados. Los dos nos miramos a los ojos. Esa pequeña sensación…

Tensión…

Calambres...

Me cuesta respirar cuando sus ojos bajan hacia mis carnosos labios. Mi cuerpo empieza a temblar, estoy muy nerviosa y él lo nota. Su mirada va de mis ojos a mi boca continuamente y hace que yo imite su gesto. Noto su respiración en mi cara y él nota la mía. Mis manos están apoyadas en sus hombros y las suyas en mis caderas. Desde que tiró de mí para esconderme en este hueco no las ha quitado de ahí. Sinceramente, tampoco me molestan. Noto un bulto en mi vientre que me obliga a cerrar los ojos un segundo y respirar tranquilamente, no puede ser… ¡lo que faltaba! Él lo nota pero no puede moverse o nos verán.

—Lo siento, estamos muy pegados—susurra.

Asiento. ¿Qué le digo? ¡Oye! ¿Por qué estás empalmado? ¡Dios! Todo me pasa a mí.

Intento mirar hacia la izquierda para no verle la cara. Estoy segura de

que estoy colorada no, lo siguiente, me lo noto en mis mejillas.

—No voy a morderte…—murmura sensualmente.

Giro mi cara hasta rozar su nariz de nuevo y le miro a los ojos.

—No te atreverías—sentencio.

Mi tono suena un poco amenazante, lo prefiero. Sonríe un poco y mi cuerpo flaquea por completo de tal modo, que si sus manos no me mantuvieran agarrada habría caído desplomada al suelo.

Esa sonrisa…

Sin duda es un chico malo de los que roban el aliento.

—Tranquila gitana, no me atrevería…

Asiento satisfecha. Miro hacia la derecha y casualmente él mueve la cabeza también haciendo que lo que se roce ahora sean nuestros labios. Ambos nos miramos. Me revuelvo un poco incómoda, pero… ¡no me puedo mover! Rezo para que los puñeteros atracadores se vayan ya o venga la policía, ¡me va dar un infarto con semejante espécimen aquí pegado!

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin venir a cuento.

—No hables, nos van a ver. —Me regaña entornando un poco los ojos.

Me molesto. Él no ha parado de abrir la boca desde que estamos aquí.

—¡Tú no has parado de decir cosas desde que llegamos! —Protesto.

Sonríe de nuevo y vuelve a mirar mis labios.

—¿Qué otro plan tenemos?

Abro los ojos desmesuradamente.

—¿Me estás queriendo decir algo? —Arqueo una ceja.

—¿Quieres que te diga algo? —pregunta poniendo morritos.

¿Por qué le da la vuelta a la tortilla? Intento cambiar de tema. Me estoy sonrojando de nuevo. La verdad es que no suelen pasarme estas cosas con los hombres. No es algo que sea habitual y por muchas salidas que tenga, no estoy acostumbrada.

—¡Vale! Estás intentado esquivar mi pregunta, ¿qué hacías aquí?

Niega con la cabeza sin quitarme esos penetrantes ojos color miel, pero no contesta.

—¿Y bien?

Eleva la mano derecha que contiene un paquete que yo ni había visto. Lo levanta en el aire y lo mueve para que lo vea.

Condones.

Qué propio.

—Aum…

¿Qué digo? No sé ni para qué he preguntado.

—¿Y tú?

Hago lo mismo que él y saco del bolsillo de mi cazadora la prueba de embarazo. Abre los ojos como platos. Parece que se le haya cortado la respiración.

—¡Vaya! Para que no tengas que comprar esas cosas —Señala el test—, están estas otras. —Agita la caja de preservativos.

Asiento y me río. Creo que él no le ve la gracia por ningún sitio. Oigo cómo se cierra la puerta de la farmacia y enseguida llega la policía. Los atracadores se han ido. La policía sale detrás de ellos a toda prisa.

—Bueno...creo que ya es hora de salir. —Inquiero mirando sus labios.

Me separo de él y salgo del hueco, dejándolo pensativo sin mirar a ninguna parte en concreto. Pago la prueba y salgo de la farmacia, no sin antes despedirme de él.

—Nos vemos mañana.

Hace un gesto con sus labios de manera aprobatoria. Salgo de la farmacia y me voy directa a mi piso. Tenemos que resolver una duda.

Capítulo 4

Llego al piso y mi amiga me escrudiña con la mirada. Creo que he tardado demasiado.

—¿Dónde estabas? Me tenías preocupada.

—En la farmacia, han aparecido unos atracadores.

—¡Dios mío! ¿Estás bien? —Corre hacia mí.

—Sí, menos mal. Me encontré a César y me escondió en un hueco de la farmacia que los atracadores no habían visto.

Mi amiga arquea sus depiladas cejas.

—Espera, espera. ¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

—¿Te ha salvado la vida por así decirlo el hijo de nuestro cliente?

—Más o menos. No ha habido heridos, así que no es para tanto. Solo se han llevado la caja.

Me mira con cara de tonta enamorada.

—Ohhh, entonces es como un príncipe azul, ¿se lo habrás agradecido por lo menos?

Me quedo un instante pensando y hago una mueca con la boca.

—Eso quiere decir que no—contesta por mí con desgana.

Me acuerdo de la bolsa de la farmacia, la saco del bolso. Se pone muy tensa. Intento tranquilizarla de cualquier manera. Se sienta de sopetón en el viejo y desgastado sofá.

Me agacho y me pongo de cuclillas para estar a su misma altura.

—Patri…—Pongo mis manos encima de las suyas— Esto no significa nada, simplemente una nueva etapa de tu vida, si sale positivo. No tienes que volver con él — Niego con la cabeza y me preparo para decirle lo siguiente que sé, que no le gustará—, no tiene por que enterarse siquiera que es el padre…

Me mira entristecida.

—Pero es su…

Le pongo un dedo en la boca para que no continúe.

—Sí, sería su padre. Pero no mereces llevar una vida de sufrimiento solo porque él, conozca a su hijo. Eres adulta y dueña de tus decisiones, y solo te aconsejaré porque me importas demasiado. —Tomo aire y continúo—. Si decides tener al bebé, yo te apoyaré en todo. No necesitamos ningún padre, Patri.

—No puedo pedirte, ni dejarte que hagas eso por mí. Tú también tienes una vida.

Niego con la cabeza y sonrío tristemente.

—Tengo una vida sí. Vacía.

Mi amiga me mira. Es la única que me entiende. Sabe perfectamente que lo que digo es verdad.

—No tendría que ser así.

—Estoy mejor así. De todas formas, prefiero estar sola. Además estamos hablando por hablar. Ve al baño y hazte la prueba primero.

La animo para que se vaya y hace lo propio mientras yo espero impaciente. Una parte de mí desea que salga negativo, pero también he de pensar en la felicidad de ella. A los dos minutos sale del baño. Me levanto como un resorte y la miro con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y bien? —pregunto nerviosa.

—Negativo.

Patri se desploma en la pared y suelta un suspiro de alivio inmenso. Después de todo no tenía tantas ganas como me pensaba. Nos abrazamos un rato para relajarnos un poco.

—Necesito un pitillo.

—Tú siempre necesitas un pitillo. Tienes que dejar de fumar Sara.

—Bah, tonterías.

Niega con la cabeza.

—No tienes arreglo —responde riéndose.

El resto del domingo lo pasamos del sofá a la terraza, de la terraza al sofá. Disfrutamos de nuestra compañía mutua haciendo el vago. Nos repasamos la mitad de las películas que tengo en el estante y ya de paso nos atiborramos a comer palomitas. Una tarde vegetando, nunca mejor dicho. Después de cenar nos acostamos temprano, ya que mañana, nos espera un largo día.

A las nueve en punto de la mañana estoy entrando por la misma puerta que hace dos días, para continuar con la reunión que teníamos pendiente. Mi jefa no ha podido venir, ya que debía acudir a otra reunión importante y Patri tenía otras citas con antiguos clientes, por lo cual, aquí estoy yo solita y coleando. Diviso al señor Fernández a lo lejos y me dirijo hacia él. Casualmente también está solo.

—Buenos días Carlos.

—Buenos días Sara, ¿todo bien?

—Sí, bueno ya sabes que Olga y Patricia no han podido venir, pero creo que podemos dejarlo cerrado esta misma mañana.

—Coincido. ¿Pasamos?

—Claro, ¿vienes solo?

—Sí, mi hijo César, como siempre se retrasa. —Parece cansado de su actitud.

—Pues si quieres vamos empezando.

—Claro. —Afirma mirando hacia la puerta, por la que no entra nadie.

Después de dos horas y media, el tema queda zanjado. Nos contratan. Lo festejo interiormente, verás cuando se lo diga a mi jefa. En el rato que hemos estado reunidos, Carlos, no ha parado de mirar su teléfono y la puerta

de la sala, pero su hijo no ha aparecido en ningún momento.

—Bueno Sara, quedamos mañana a las diez para revisar el contrato en vuestra oficina, ¿te parece?

—Claro, avisaré a Olga para que vaya preparándolo todo.

Nos despedimos y salgo al vestíbulo principal para ir al servicio. ¡No aguanto más!

Cuando por fin consigo encontrarlos entro dentro a toda prisa. Cierro la puerta y me siento en la taza del wc de inmediato.

—¡Ohhh Dios mío! ¡Por poco me meo!

Concentrada en mi tarea por soltar todo lo que llevo dentro, pego un bote cuando la puerta del baño se abre de par en par, ¡mierda, el pestillo! Y mi sorpresa es cuando veo quién es.

—¡¿Pero qué haces!? —grito subiéndome los pantalones a toda prisa.

Me mira con los ojos como platos.

—¿No te limpias? —Se atreve a decirme.

La ira empieza a bullir en mi interior y grito como una posesa:

—¡Esto es baño de mujeres! ¿¡Es que no lo ves en la puerta!?

Mira la puerta y luego a mí. Sus ojos ascienden y descienden por todo mi cuerpo. Yo sigo colocándome la ropa de aquella manera. Termino con mi complicada tarea y me acerco a él a la velocidad del rayo. Me mira como si estuviera loca y en cierto modo es así, ¡qué vergüenza! Lo empujo fuera del baño de malas maneras, ya me da igual que sea el hijo de Carlos.

—Como se te ocurra entrar —Le señalo con el dedo—, te descuartizo y te echo por el sumidero.

—¡Que agresividad! —Se mofa de mí.

—Ponme a prueba. —Le miro desafiante.

Cierro la puerta en sus narices y me cercioro de echar el pestillo. Intento arreglar el desastre que he causado por la culpa de César, pero claro, ¡me he manchado las bragas…de pipí!

—¡Me cago en la puta! —Maldigo bien alto para que me oiga, sé que está en la puerta.

Cojo un trozo grande de papel higiénico y comienzo a liar mi braga con él. Por lo menos no iré empapada mientras llego a mi piso. Vuelvo a subir mi pantalón, me desinfecto las manos y abro la puerta de golpe. Y ahí está… apoyado con una pierna flexionada contra la misma pared. Lleva puestos unos pantalones vaqueros oscuros, que le quedan a la perfección, la camiseta blanca y su particular chupa negra de cuero.

Tiene las manos cruzadas en el pecho y los músculos que se marcan bajo esa tela no son normales. Intento apartar los pensamientos de mi cabeza inmediatamente cuando le oigo decir:

—Hola gitana, estoy aquí ¿me ves? —Pregunta moviendo su mano frente a mi cara.

Hasta las manos las tiene perfectas, ¡no pienses eso! Me regaño de nuevo. Muevo la cabeza un poco para quitar todos esos pensamientos de mi

mente y le miro. Frunzo el ceño.

—¿Por qué me llamas gitana?

No me molesta, pero me gustaría saberlo. Se pega un poco a mí sin dejar espacio entre nosotros. Su leve suspiro, me impacta de repente, haciendo que esa tensión vuelva a aparecer.

—Porque te pareces a la gitana Esmeralda, solo que tus ojos son negros, en vez de verdes. A parte de la tez tan sumamente morena que tienes ¿te molesta? —Su mirada va de mis ojos a mis labios de nuevo.

Es cierto, de pequeña me llamaban algunas veces escarabajo. Eso sí que no me sentaba bien en absoluto.

—¿Entonces tú también eres un gitano? Porque no te quedas atrás…—Atino a decir.

El niega con la cabeza y pone ambas manos a uno y otro lado de mí, dejándome atrapada entre él y la puerta del cuarto de baño.

—No, yo soy un ladrón de corazones —musita pegándose más a mi boca.

No puedo articular palabra. Me acabo de quedar embelesada de esos finos labios rosados y de esa cara de chico malo.

—¿Qué tal la prueba? —pregunta y lo noto algo preocupado.

—¿El qué? —No sé a qué se refiere.

—¡La prueba! —contesta con desespero.

Abro los ojos un poco para darle más énfasis. No sé de qué me está hablando.

—¡La prueba de embarazo! Como le digas a tu novio que te has olvidado que vas a tener un renacuajo…

Le miro.

Me entra la risa.

Y exploto como un volcán.

Me contempla como si estuviera loca.

—Bueno, me esperaba otra reacción, pero que te partieras de risa por estar embarazada —Arruga un poco el entrecejo—, no. Yo no le veo la gracia.

Meneo la mano de manera negativa. O se calla o me mearé de verdad.

—¡Ay Dios mío! Necesitaba reírme un rato.

—¿Qué pasa, no lo queréis?

—No, no.

—¿No?

Se está liando la cosa un poco. Pongo fin a su curiosidad. Además por la cara de preocupación que refleja, se ve que los bebés no son su fuerte.

—No quiero ver a un bebé ni de lejos.

Ahora me mira aterrorizado. Quizás sí le hagan un poquito de gracia los bebés.

—La prueba no era para mí.

Parece que suelta un poco de aire.

—Era para mi amiga.

Entorna un poco los ojos y me mira fijamente, de manera seductora.

—¿Entonces solo tienes novio?

—¿Te importa si lo tengo o no? —pregunto pícaramente.

—Puede…—responde sin importancia.

—¿Y si no te lo quiero decir? —le pico un poco más.

Está empezando a divertirme esta situación.

—Bueno, no soy celoso…—Mira mis ojos con deseo.

Se me corta la respiración. Niego con la cabeza y no puedo evitar reírme nerviosa.

—No, no tengo novio. Y la verdad, me importa poco si eres celoso o no. —Lo dejo caer literalmente.

Me quedo mirándolo un rato hasta que escuchamos:

—Ejem, ejem… ¡Llevo tres horas esperándote!

Joder…en todo el ajo. ¡Qué vergüenza! Me aparto de él deprisa y me escabullo por debajo de sus brazos, ya que él no menea ni un músculo de la posición en la que se ha puesto.

—Hola papá. —Saluda desganado.

—¿Te está molestando, Sara? —Me pregunta Carlos.

Me sonrojo. Demasiado. Soy un arco iris ahora mismo.

—No, solo estábamos hablando —contesto a su pregunta.

César arquea una ceja y Carlos nos mira a uno, luego a otro. Claro, su pensamiento será: ¿están hablando o comiéndose la boca? Que bochornoso por Dios…

—Os dejo solos, nos vemos mañana Carlos.

Salgo a toda prisa de ese espacio reducido en el que nos encontrábamos los tres.

Cuando doblo la esquina me apoyo un segundo en la pared, para recuperar todo el aire que mis pulmones estaban conteniendo y escucho lo que dicen mientras se aproximan.

—Déjala en paz César ¡Ni se te ocurra meterla en alguna cosa de las tuyas! Ya tenemos suficiente, no sé qué voy a hacer contigo.

El tono de su padre parece desesperado. Y la contestación de César no tarda en llegar:

—No tienes que hacer nada, yo me las apaño muy bien solito—contesta de forma cansada y puntillosa.

Los escucho demasiado cerca así que, salgo corriendo al mostrador de la recepción y me apoyo a esperar que se vayan. Hacen lo propio, pero al llegar a la salida, César se gira y me mira. Parece que nos quedamos así una eternidad, de repente me tira un beso en el aire y ahora sí que me quedo ojiplática. Se da la vuelta y pone dirección a… ¿una moto?

—En que estarás metido César Fernández…—susurro para mis adentros.

Capítulo 5

Llego a la oficina una hora y media después. En cuanto abro la puerta, un caos inunda la estancia.

—¿Qué pasa?

Pregunto cuando veo a mi jefa volar de un lado a otro con mil papeles en la mano.

Óscar está arreglando la impresora que se ha vuelto a estropear, por lo que se ve, y Patri escribe como una loca en el ordenador, mientras contesta las llamadas a pares.

—¿Alguien me puede explicar qué pasa?

—Carlos.

Es el único nombre que oigo antes de que Olga se ponga a hablar por teléfono.

—¿Carlos, qué?

Nada. Nadie me contesta. Me quedo con cara de póker sin moverme de la entrada y menos mal que mi compañero Óscar se digna a contestarme.

—A ver querida mía, Carlos ha llamado a Olga cuarenta minutos después de que salieras de la reunión. Habíais quedado para mañana, pero tiene que salir del país para atender otro negocio, así que…

—Hay que firmarlo todo ahora —termino la frase por él.

Lo cual quiere decir, que la ha llamado en cuanto han salido del edificio. Miro mi teléfono y me encuentro dos llamadas perdidas de él.

—¡Exacto! ¡Me voy! —chilla mi jefa saliendo a toda prisa por la puerta.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, si necesito algo, te llamaré.

Asiento y me voy a mi puesto de trabajo para empezar con otro proyecto diferente.

Media hora más tarde me suena el teléfono. Olga.

—Dime jefa—respondo con tono guasón.

Sabía que me llamaría.

—Necesito que vengas…—ruega resoplando.

—Lo sabía ja ja ja. Tenías que haberme dejado acompañarte, ahora voy a tardar el doble en llegar.

Es lo que tiene no tener coche y depender de trenes, metros y autobuses. Porque con lo que gano, no puedo permitirme ir en taxis a todas horas.

—No te preocupes, irá César a recogerte, ha salido hace quince minutos.

Empiezo a ponerme nerviosa.

—Esto…em… ¿César? ¿Por qué?

—Se ha ofrecido él —resopla de nuevo—, no te preocupes, le he dicho que no tenías coche. Estamos en una cafetería en la Diagonal, él sabe dónde está, te esperaremos aquí.

—Qué remedio —me mofo de ella.

—Muy graciosa, pero el buenorro va a por ti, no a por mí.

Me quedo sin habla, ya estamos liados.

—Es el hijo de un cliente —afirmo tajante.

—Ya ya ya ya. Ahora nos vemos…con el cliente, ja ja. —Y me cuelga.

¡Cabrona!

A los cinco minutos tocan el porterillo de mi oficina. Es él. Bajo con desgana hasta la planta baja y lo veo apoyado en una moto verde.

—Hola de nuevo gitana.

—Hola —digo perezosamente.

—¡Vamos! —comenta elevando las manos— No me digas que no te alegras de verme.

Le miro y arqueo una ceja. No, ciertamente no me apetece verle. Este hombre me pone nerviosa. Mi cabeza reacciona y estudio lo que lleva en una mano.

Un casco.

Ahora mis cejas llegan al cielo.

—¿Ese trasto no será tuyo? —inquiero señalando la moto que tiene detrás.

Mira hacia atrás y luego a mí. Arruga el entrecejo y entorna los ojos un poco.

—Perdona… ¿Has llamado trasto a mi moto?

Ahora sí que me empieza a entrar el pánico. Respiro agitadamente y doy un paso atrás.

Lo veo que se gira hacia la moto y le habla, ¡lo que me faltaba!

—No, no, no, no te lo ha dicho con malas intenciones. Tú no eres un trasto, eres una máquina.

De verdad que no se imaginarían la cara que tengo ahora mismo.

—Bueno qué, ¿nos vamos? —pregunta extendiéndome la mano.

Yo empiezo a negar enérgicamente con la cabeza. Me mira como si fuera un bicho raro.

Supongo que como le estoy mirando yo a él.

—¿Qué te pasa?

El pánico me está ahogando, no puedo ni hablar, así que intento con todas mis fuerzas articular palabra.

—Yo…no…no…me…uf —Me froto la frente.

Agacha la cabeza un poco y me mira arqueando más la ceja izquierda. No entiende nada, lógico. Me muevo de un lado a otro intentado serenarme y poder hablar, cuando por fin lo consigo, se lo digo:

—No pienso ir en eso. —Señalo la moto.

—¡EH! ¡No insultes a mi preciosidad! Y no es eso ¡es una *Kawasaki*! ¡Por Dios! ¿En qué mundo vives?

Parece ofendido y desesperado por mi no comprensión.

—Me iré en el metro.

—No puedes, nos están esperando y tardarás una hora en llegar.

Yo sigo negando. No lo haré.

—¡Vamos! No me puedo creer lo que estoy viendo…—murmura.

Echo a andar por la acera en dirección al metro. Corre detrás de mí y me alcanza rápidamente.

—Eh, eh, eh, para —Me gira para que le mire—. No me puedo creer que una tía con el carácter que tú tienes, le tenga miedo a las motos.

—Pánico —Le aseguro.

—No te va a pasar nada —dice con cariño.

—He dicho que no y es que no.

Suspira fuertemente y se pasa la mano por el pelo desesperado. Le suena el teléfono y descuelga de inmediato.

—No, a la niñita le da miedo subir en moto, dice que se va en el metro. Sí, de acuerdo, espera.

Me extiende el teléfono. Yo lo miro como si fuera un gusano.

—Cógelo —me insiste—, es tu jefa.

¡Mierda! Me pongo y antes de que abra la boca, me está chillando.

—¡Ya estás subiendo tu culo moreno a esa moto y llegando aquí en diez minutos por la cuenta que te trae!

No admite replica. Le paso el teléfono sin decir ni pio. Creo que voy a morirme.

—Vamos —le digo simplemente.

Llegamos a la altura del trasto verde y mi cuerpo empieza a temblar como una hoja. Ni siquiera soy capaz de controlar los espasmos.

—Tranquila, soy buen conductor —asegura.

No hablo. Simplemente me dedico a asentir levemente sin apartar los ojos de ese infernal cacharro. Mejor guardaré mis pensamientos para mí sola, está claro que le afecta bastante que se metan con su motito. Me pasa el casco.

—Póntelo. —Me mira con una sonrisa burlona.

Lo miro como si hablara en chino. Se ríe.

—Ya lo hago yo.

Con sumo cuidado suelta la pinza negra que recoge mi pelo en la parte de atrás. Lo deja libre y el viento lo mueve de manera sensual, haciendo pequeñas ondas en él. Lo acaricia.

—Tienes un pelo precioso.

—¿Más que tu moto? —consigo decir.

Él sonríe de esa forma tan especial. Al final va a ser verdad que es un ladrón de corazones. No entiendo por qué demonios he hecho esa pregunta.

Coloca el casco encima de mi cabeza y lo abrocha por debajo de mi cuello. El tacto de sus manos en mi piel, hace que se me erice hasta el último

pelo que tengo en el cuerpo.

¡Esto es absurdo! Me aparto un poco incómoda cuando termina.

Lo nota.

Me mira.

No dice nada.

Se sube en la moto, extiende su mano para que haga lo mismo que él. ¿Cómo coño me subo yo aquí sin matarme? ¡Dios mío de mi vida, me va dar un infarto! Voy hacia él, sin aceptar su mano. No tiene que ser tan difícil. Pero claro, eso es lo que me pensaba…

hago el intento de levantar mi pierna derecha para sentarme en el minúsculo asiento y cuando lo hago la pierna izquierda me falla y se me dobla el tacón. Me tambaleo un poco a la pata coja y finalmente, César se tiene que semi incorporar para que no caiga de bruces en el suelo y me abra la cabeza. Maldigo sin ningún miramiento.

—¡Me cago en la puta! ¡No podías tener un puñetero coche!

Me quedo de pie mirándolo mientras chillo como una descosida. Entrecierra los ojos y se baja de la moto de nuevo. Se pega a mí, clava sus ojos desde su imponente altura y contesta en el mismo tono de voz elevado que el mío. Justamente pegado a mi cara, o más bien mi casco.

—¡Pues no! ¡Es lo que hay! ¿Por qué no tienes tú un puñetero coche?

Me hierve la sangre y le grito más, acercándome más a él si cabe.

—Pues, ¡porque el gilipollas de mi ex novio me lo destrozó y no puedo permitirme comprarme otro! ¿Contento?

Se queda sin habla. Mira hacia la derecha y suspira exasperado.

—Ven que te ayudo. —Me pide en un tono normal.

Aún con el ceño fruncido hago lo que me dice. Me acerco a la moto y me ayuda a subir.

—Levanta la pierna —comenta dando un ligero golpecito en la pierna derecha.

Hago lo propio y me siento. Esta vez está él al lado para evitar accidentes.

—Abre las piernas bien y colócalas aquí. —Señala el bajo de la moto, dónde hay una especie de apoyo para cada pie a ambos lados.

Lo miro mal. Pone los ojos en blanco.

—Si te digo que abras las piernas es para poder colocarte mejor y que yo pueda ponerme delante de ti —me explica.

—Ya —me limito a decir.

—Eres una mal pensada—dice subiéndose a la moto—. Además, si fuera para lo que estás pensando no te lo diría en plena calle, a no ser que te guste dar espectáculo.

Me mira y me guiña un ojo. Se baja la visera de su casco y yo le atesto un pequeño golpe en el hombro derecho.

—¡Au!

—No seas quejica, tampoco ha sido para tanto. La próxima vez

guárdate tus impertinencias para otra.

—Me está empezando a gustar ser impertinente contigo. ¡Agárrate!

Y arranca.

Casi me da un *patatús*. Le hinco las uñas en los hombros y este reniega.

—Me vas a dejar lleno de marcas a este paso.

No le contesto. Voy cagada de miedo. No puedo expresarlo de otra manera. Nos paramos en un semáforo y suelto el aire de mis pulmones. Al final moriré de asfixia.

Se me corta la respiración cuando coge mi mano derecha y la baja hasta su cintura.

Realiza el mismo proceso con la otra y las aprieta contra él. Se gira y me dedica una leve sonrisa diciéndome:

—Así está mejor, irás más segura.

Sé que sabe que estoy hecha un manojo de nervios y está intentando calmarme un poco.

Pero la verdad es que me cuesta bastante. Odio las motos. El semáforo se pone en verde y al arrancar, mi cuerpo se pega completamente a él. Haciendo que mi pecho choque en su espalda. La pregunta sale sola de mi boca sin que pueda evitarlo:

—¿No te empalmarás otra vez como en la farmacia? ¡Porque ya sería un poco incómodo!

Oigo cómo se ríe a lo lejos, por los cascos que llevamos puestos.

—Eres tremenda.

—Ya claro, la culpa va a ser mía.

Finalmente llegamos a la cafetería dónde nos esperan Carlos y Olga. Nos miran de los pies a la cabeza.

—¿Estás viva? —pregunta mi jefa.

—Casi —contesto irónicamente.

—¡Vamos! Ha sido divertido —asegura César guiñándome un ojo.

Lo miro y sonrío como una idiota.

Menos mal que después de esta firma no me lo encontraré más. Parece un chico malo, pero me gusta, aunque tenga que aguantar sus impertinencias.

Capítulo 6

Han pasado varias semanas desde que vi a César por última vez. No esperaba encontrármelo más. Aunque mis sueños calenturientos siguen en aumento y siempre con él. Hace unos días Patri y yo nos mudamos a un apartamento de dos dormitorios en pleno centro de *Barcelona*. El trabajo nos pilla al lado y todo lo necesario también.

Nuestro nuevo hogar tiene otro aspecto completamente diferente al anterior. Todo es nuevo de diseño, dentro de lo que cabe y con un aspecto muy serio. Muebles oscuros, sillones de piel, todo un lujo. Finalmente conseguimos hablar con los dueños para que nos rebajaran un poco el alquiler y con nuestras caras bonitas lo conseguimos.

—Buenos días bella durmiente —saluda Patri cuando ve que aparezco en el salón.

—Buenos días, ¿a qué hora te has levantado?

—Hace un rato. Mira el panorama que tenemos desde la ventana.

Me acerco al gran ventanal que tenemos y veo el salón de otro de los vecinos de enfrente.

—¡Vaya intimidad! Como para andar en pelotas en el salón.

—¿Quieres andar en pelotas por el salón? —me pregunta mi amiga— A mí no me importa eh.

Me echo a reír.

—Es un decir ¡ *so tonta*!

Pone los ojos en blanco.

—¿Bueno qué?

—¿Qué de qué?

—Que, ¿qué te parecen?, palurda, ¡míralos!

Inspecciono a los individuos que me indica.

—Allá vamos con nuestro despellejamiento —comento.

—¡Dispara vaquero!

Miro a uno y luego a otro. No sé por qué siempre hacemos estas tonterías. Pero es divertido, mientras no te oigan.

—El rubio es mío.

—Vale pues el pelirrojo mío.

Asiento.

—Para empezar necesita cortarse ese pelo. Con la cresta que lleva parece una gallina, luego esos dientes de caballo que se ven desde aquí, ¡existen los aparatos! Parece uno de los pescados de N *emo.*

—¿Y qué hay de sus *múscules*?

—Creo que es lo único que puede tener en condiciones, pero con esa cara no se puede hacer nada.

—¿Y si le ponemos una bolsa de basura?

—¿Sería un poco incómodo ir a algún sitio, no? La gente te preguntaría —Hago el gesto de hablar con otra persona—: Hola, ¿Quién es tu acompañante? Y tú le dirías: ¡Hola, es el hombre del saco!

Mi amiga pone mala cara y ambas estallamos en carcajadas.

—Serías entonces el terror de las nenas, nunca mejor dicho.

—Ja ja ja, vale, ahora dime, qué pasa con tu pelirrojo.

Ella lo inspecciona bien de arriba abajo. La verdad es que se ve demasiado bien. No tienen intimidad ninguna.

—Pues mira, está bastante bien y no le pondría ninguna pega si no llevase esa melena en una trenza al estilo vikingo, ¿eso se lleva en el siglo veintiuno?

—Creo que no —Le miro—, pero por lo que se ve, a él no le importa demasiado.

—Sí, eso sí. También tengo el consuelo que desde aquí, se ve que calza un buen pie.

Intento mirar un poco mejor y pego mi cara demasiado al cristal. Vamos, descaradamente. Por una extraña razón, mi amiga hace lo mismo que yo y parecemos unas payasas, investigado a los vecinos. Hasta que nos ven.

—¡Hostia!

Mi amiga cierra la cortina de tirón y ambas nos miramos aterrorizadas. Nos han visto, ¿ahora qué?

—Espero por tu bien no encontrármelos ningún día tirando la basura Patricia Jiménez.

— La señalo con el dedo.

—Ni yo tampoco. —Levanta las manos a modo de rendición.

Nos volvemos a reír como unas descosidas.

—Voy a ir a correr un rato, ¿te vienes?

Sé que me va a decir que no.

—Mmm, es que…tengo que hacer unas cosas…

—O sea que no vienes. —Termino yo por ella.

Me dirijo al dormitorio, me pongo ropa deportiva y ato mis zapatillas para correr.

—Así vas a ligar bastante, vas un poco… ¿apretadita? —Se mofa de mí.

—Pues anda que como ligue y tú no, ¡ja! Me voy a reír de ti un rato.

Salgo a la calle y el aire fresco en pleno diciembre me golpea en la cara. Respiro aliviada y comienzo mi carrera. Al doblar la esquina me pongo los cascos y continúo.

No me doy cuenta de que tropiezo con alguien hasta que estoy en el suelo con un hombre encima de mí.

César.

—¿¡Pero qué haces!? — vocifero mientras me quito los cascos de los oídos.

Me mira fijamente a los ojos y contesta.

—Tú te has puesto en medio de mi camino sin mirar. ¿Por qué siempre me chillas?

—Yo estaba corriendo. —Me defiendo.

—¡Y yo iba andando!

—¿Y no me has visto? —pregunto irónicamente.

—No, iba mirando el móvil.

—Ya, qué casualidad.

—Ya, qué casualidad la tuya.

Le reto con la mirada y él hace lo mismo. Hasta que de pronto, sin más, me planta un beso en los labios y lo peor de todo es que le dejo. Cuando soy consciente de lo que estoy haciendo abro los ojos como platos. Me revuelvo en un intento de quitármelo de encima, ¿pero qué hace? O mejor dicho ¿qué hacemos? En plena calle, en el suelo, madre mía como nos haya visto alguien. Empiezo a darle golpes en el pecho hasta que se separa de mí y cae de culo en frente. Me incorporo apoyando los codos en el suelo y por qué no decirlo, jadeando como una perra. ¡Soy un desastre!

—Se puede saber…se puede saber…—No atino a decir nada.

—Yo…

—¡Tú! Sí, tú. —Le señalo con el dedo— ¡Tú me has besado! —Me reincorporo y me pongo de pie.

—¡Y tú no te has quejado! —Hace lo mismo y se pone a mi altura.

Estamos frente a frente mirándonos descaradamente. La tensión se palpa en el ambiente.

Nuestras respiraciones son entrecortadas. Me vuelve a besar.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto sin aliento en su boca.

—Robarte un beso.

Lo observo alucinada. Me ha robado un beso…la frase se repite en mi cabeza como un mantra.

—Estás intentando evitar lo inevitable —asegura lentamente.

—No estoy intentado evitar nada…—confieso cuando interrumpo el beso de nuevo.

Las palabras salen solas de mi boca y hasta él parece sorprendido. Yo también lo estoy, no sé en qué demonios estaba pensando. Me giro y cierro los ojos un segundo, antes de comenzar a andar a toda prisa hasta mi apartamento que esta al girar la esquina.

—¡Sara! —me llama.

No me detengo, al revés, aligero más mi paso.

—¡Sara! —chilla detrás de mí.

Sé que me está siguiendo, por lo cual no miro hacia atrás. No, no y no. Abro el portal y voy directamente hasta el ascensor. Pulso el botón frenéticamente pero no se abre.

—¡Maldita sea! —maldigo bien alto.

Oigo la puerta y no me molesto ni en girarme a ver quién es. Sé que lo

tengo detrás.

Escucho su respiración agitada en mi cuello. Creo que el corazón se le va a salir del pecho.

—Sara…—me llama dándome unos toquecitos en el hombro.

Respiro, inspiro, respiro, inspiro.

Así por lo menos cincuenta veces. Coge mi mano y me gira despacio hasta tenerme justamente delante de él. Oigo el «pim» del puñetero ascensor. ¡Ahora viene!

Coloca un mechón que se ha escapado de mi coleta, detrás de mi oreja. Su simple tacto me quema. Mal asunto…acerca su boca despacio a la mía, temiendo de mi reacción.

Pero ya estoy en trance y ciertamente mi cuerpo lo está pidiendo a gritos. Nuestras bocas se unen delicadamente pero cuando entramos en el ascensor, el beso es puro fuego, un fuego abrasador.

—No sabes cuánto llevo esperando este momento —susurra en mi oído.

Me pone más cardíaca si cabe. Levanta mis brazos por encima de mi cabeza y muerde mi labio inferior de manera provocadora. Miro esos ojos color miel que me están volviendo loca y siento cómo mis bragas se mojan por completo. Enredo mis piernas alrededor de su cintura y me pego más a él. Me mira.

—Esto no está bien —susurro.

—Eso ya me lo dirás después —asegura.

Esas simples palabras hacen que mi orgasmo esté a punto de explotar sin haberme rozado. Llegamos a la quinta planta y a trompicones salimos del ascensor.

—¿Qué puerta es? —pregunta sin separarse de mi boca.

Le señalo con el dedo la segunda puerta a la derecha y avanza conmigo a cuestas. La intento abrir sin mirar pero no lo consigo, hasta que de pronto oigo otra puerta que no es la mía.

—Ejem, ejem…

Abro los ojos y miro a César que se acaba de parar también a mirarme. No despegamos nuestras bocas quietas hasta que volvemos a escuchar:

—Ejem, ejem…

Miro por el rabillo del ojo a ver quién es y me encuentro a mi vecina María. Una mujer con poco más de sesenta años. Encima, para mi suerte, es la más cotilla de todo el edificio. Separo mi boca de la de César que la mira fijamente también.

—Creo que eso podríais hacerlo dentro de vuestra casa, ¿no?

La mujer nos mira como si quisiera matarnos con el pensamiento. Sus arrugados ojos marrones nos escrudiñan de una manera que da hasta miedo. César y yo no nos miramos un segundo y ambos reprimimos una carcajada. Pero no podemos evitar que nuestros labios se curven hacia arriba.

—Los jóvenes de hoy en día sois una panda de sinvergüenzas. ¿Cómo os atrevéis a estar restregándoos antes de entrar en vuestra casa?

Esta mujer me crispa.

—Señora…

—¡Ni señora ni leches! ¿Os creéis que el edificio es vuestro? —grita.

—Creo que no es asunto suyo lo que…

Me vuelve a cortar y esta vez la vieja se pasa un poco de la raya.

—¡Tú! Mírate, no me extraña que estés tan desesperada, no he visto un hombre desde que os mudasteis aquí tú y la otra golfa.

Abro los ojos como platos, voy a contestarle pero no me deja, se adelanta de nuevo, tiene para todos la pobre mujer.

—¡Y tú! —Se dirige a César que por lo que se ve, le divierte la situación— Con esa pinta de macarra que tienes, ¿no has podido encontrar a otro mejor? —me pregunta a mí— ¡Seguro que es un delincuente!

Mientras yo miro con cara de póker a la señora, César me quita las llaves de la mano, abre la puerta y sutilmente mira a la señora que se queda pasmada mirándolo cuando habla:

—Señora amargada, si nos disculpa, queremos divertirnos un rato la desesperada y el delincuente —La mujer va a hablar, pero César le corta con la mano—. No se moleste, ya hemos escuchado su bonito discurso.

Tira de mí y me mete dentro del apartamento, no sin antes asomarse a despedirse de la amable señora.

—Adiós querida vecina.

Cierra la puerta de golpe y me mira con ojos de lobo. Da un paso hacia mí, coge mi mano y me pega a él con un solo movimiento, haciendo que nuestros cuerpos choquen.

—Tienes unos vecinos adorables.

Sonrío.

—Sí, por lo que se ve, sí.

Posa sus labios encima de los míos. De nuevo el beso se convierte en algo salvaje y apasionado. Tropezando con todo lo que nos encontramos por el camino, conseguimos llegar a mi dormitorio. Nuestras ropas vuelan sin ningún miramiento por toda la estancia. César me empuja contra la cama, eleva mis piernas hacia sus caderas, se agacha para poder besar centímetro a centímetro mi cuerpo, desde mi cuello hasta mi vientre. Con sus manos coge el elástico de mis finas braguitas y las desliza por mis piernas. Cuando se incorpora, en sus ojos solo veo deseo. Toco su perfecto torso de infarto de arriba abajo y me agarro de sus hombros para juntarlo del todo a mí.

—Eres una preciosidad —susurra cuando cae encima de mi cuerpo.

Empujo sus pantalones hacia abajo junto con sus bóxers. Y con mis pies consigo deslizarlos con facilidad hasta el suelo. Desnudos, piel con piel, dejamos que la pasión nos envuelva por completo.

Capítulo 7

Me estiro por completo en la cama y cuando mi mano toca algo duro a mi derecha, abro los ojos como platos. ¡Por un minuto se me había olvidado! Y lo peor de todo, ¡Patri!

Ni me he percatado de si estaba o no mientras chillaba como una auténtica descosida.

Han sido los polvos más bestiales que he echado en toda mi vida. Sin miramientos, sin amor. Me regaño a mí misma por no tener más cuidado. Sé que a ella no le importará, pero lo que para mí es un polvo sin sentido, para ella es amor eterno. Me levanto de la cama a toda prisa y me pongo una camiseta y las bragas, lo primero que pillo. Antes de salir por la puerta del cuarto observo el bonito perfil de su cuerpo. No está bueno, ¡está requetebueno! No he visto semejante espécimen en mi cama ¡en la vida! Su tez morena, resalta con el blanco inmaculado de mis sábanas, su pelo negro alborotado reluce en mi almohada y todo su perfecto y duro cuerpo descansa plácidamente. ¡Che! ¡Aparta pensamientos, solo es un polvo! Segunda regañina mental. No puedo dar pie a una tercera, ¡ni de coña! Salgo a toda prisa. En la cocina está mi compañera de piso barra amiga, barra compañera de trabajo, barra todo de todo.

—Hola —saludo tímidamente.

Empiezo a morderme las uñas.

—Hola. —Deja la cafetera y me mira, levanta una ceja— ¿Necesitas fumarte un pitillo?

—Emm…puede. ¿Por qué lo dices?

Me mira arqueando una ceja. ¡Mierda, mierda, mierda!

—No sé, te estás mordiendo las uñas. Eso indica que estás nerviosa. Oye acabo de venir de…

Uf, menos mal, acaba de venir. Pero se me corta la respiración cuando deja de hablar.

—¡No me puedo creer lo que estoy viendo! —anuncia de golpe.

Me giro completamente y ahí está. Estirándose como un oso en mitad del pasillo, saliendo de mi dormitorio, ¡y con los bóxers solo! Va hasta descalzo. Mi amiga me mira a mí, luego a él simultáneamente.

—¿Tu?...¿Él?

No le salen ni las palabras.

—¡Dios bendito! ¿Vosotros?

Sale de detrás de la barra de la cocina en dirección a César, ¡madre mía, que se lía!

—¡Eh tú! —le chilla.

—Patri, Patri, Patri, cálmate…—Me pongo delante de ella.

César nos mira sin entender. Me acabo de saltar la regla número uno, no me había ni acordado y eso que la pusimos el primer día que llegamos aquí. ¡Soy un desastre!

—¡Madre del amor hermoso y del consuelo! ¡Vaya cuerpo chiquillo!

Ahora la que abre los ojos como platos soy yo.

—¡Patri! —la regaño.

—Gracias —contesta César con una sonrisa de oreja a oreja y su cara de sueño.

Pero entonces esta se gira en mi dirección. Miedo me da.

—Que sepas que acabas de romper la regla número uno, que era tan simple como ¡NO TRAER A NINGÚN TÍO A CASA! ¡Pero tú! —Me señala con el dedo— ¡Te la has pasado por el forro de los pantalones!

—Ya lo sé, lo sé, no me había acordado, estoy acostumbrada a vivir sola y…

Me corta.

—Pero te lo perdono.

Arqueo una ceja.

—¿Cómo? —pregunto sin entender.

—Sí, eso, que no me voy a enfadar —contesta suavizando su tono.

Se seca las manos con un trapo y después de su torrente de furia se queda como un bálsamo de agua. No entiendo nada. César nos mira a una y luego a otra.

—Te lo perdono porque está como un queso. Si no, lo habría echado de aquí a patadas y ten por seguro que le habría amenazado con el cuchillo jamonero.

César la mira con la boca abierta.

—¿Amenazas a todos sus…? Bueno, sus eso.

Las dos nos miramos.

—¿Hablas en Morse? —pregunto arqueando una ceja.

—¿Sus qué? —pregunta mi amiga muy aireada—¿Qué es para ti?

¡STOP!

—¡Vale! ¡Se acabó! —Chillo poniéndome entre mi amiga y él— César vete, no tienes por qué contestar a esa pregunta, y tú —Señalo a mi amiga— ¡Cállate!

—Pero le estoy preguntando a él —me recrimina.

—Me da igual.

—¿Te romperé el corazón si lo digo? —pregunta el otro detrás de mí.

Me giro y lo fulmino con la mirada.

—No ha significado nada —contesto rápidamente.

Por el rabillo del ojo veo como mi amiga se dirige a la barra y coge un cuchillo de verdad. Sé que no va a hacerle nada, pero pagaría por ver la cara que tiene César ahora mismo otra vez. Es de horror total.

—Vamos, ¡contesta ahora!

—Esto…—Retrocede un paso hacia atrás— ¿Estáis locas?

Mi amiga pone los ojos que parece que se le van a salir de las órbitas. Yo dramatizo para darle más énfasis a la absurda situación. Mientras ella chilla como una loca detrás de mí.

—¡Contesta! —vocifera.

—¡Oh Dios mío, voy a cortarme las venas con una lechuga!

—¿La quieres? ¿O solo ha sido un polvo sin importancia?

—¡Ay, ay, ay! —Exagero cogiéndome la cabeza con las manos.

—¡Contestaaaaaaa! —le chilla como una loca.

El pobre está que no cabe en su asombro. Mi amiga se va hacia él y le mira con ojos de loca. Se separa un poco de ella y respira dos veces antes de contestar.

—¿Qué debo contestar?

—¿Qué quieres contestar? Depende de lo que digas saldrás de aquí o te enterraremos en el garaje.

Le dedica una sonrisa malévola y ahora sí que se le va todo el color de la cara. Yo no puedo dejar de reírme como una cosaca. Mi amiga es un caso, pero no la cambio por nada del mundo.

—Creo que en cierto modo estáis cachondeándoos de mí.

—Adelante gachón, contesta —le anima Patri.

Miro a uno y a otro. Le guiño a César un ojo y entonces ya sí se cerciora de que estamos de broma.

—Ha sido un polvo sin importancia —contesta mirándome a los ojos.

Me alegro. Aunque parte de mí se rompe un poco sin saber por qué. También es cierto que no puedo esperar amor eterno por un calentón. No sé por qué se pasa por mi cabeza esa absurda cuestión. Patri se gira y me mira, yo la miro también, pero sé que algo en mis ojos ha cambiado, cuando ella modifica su tono de voz.

—¡Menos mal! Pensaba que iba a tener que dejarte *tieso* en el garaje del edificio. Lo de jurar amor eterno ya no se lleva…— explica sin importancia.

Entonces me río con ganas y mis ojos vuelven a iluminarse. Me conoce tan bien que hasta el pensamiento me lo lee. César por fin termina riéndose.

—Somos unas cachondas, no te lo tomes a mal —dice Patri.

—Para nada —contesta sonriendo—, me habéis hecho pasar unos malos minutos, porque pensaba que estabais locas de verdad, pero finalmente he terminado riéndome también. Es algo que no suelo hacer habitualmente.

Ese detalle me descifra algo más de su vida. Recuerdo una cosa. Mi amiga se va de nuevo a la cocina para dejarnos intimidad.

—¿Por qué llevas este tatuaje? —Le cojo la muñeca y señalo el mismo tatuaje que el mío.

Me mira y los ojos le brillan. Nos dirigimos al dormitorio de nuevo, para que termine de vestirse.

—¿Y bien? —insisto.

—¿Por qué quieres saberlo?

Por un momento dudo en si decirle que tengo el mismo tatuaje que él. Finalmente se lo termino diciendo, total, es una coincidencia.

—Por esto —Me levanto la camiseta y señalo mi abdomen—. Es el mismo.

Se sienta en la cama y lo toca por encima. Va a decir algo cuando de repente se calla.

Vuelve a abrir la boca y veo que su gesto cambia enseguida.

—Será una casualidad — responde mirándose su mano.

No creo en las casualidades, pero esto es una en toda regla. Oigo un ruido afuera y unas voces que no son normales.

—¿¡Dónde está mi hijo!? —escucho que dicen.

Miro a César y él me mira a mí. Se abrocha el pantalón a toda prisa y no se molesta en ponerse la camiseta.

—¿Pero qué coño…? —atino a decir— ¿Tú madre está aquí? —pregunto aterrorizada.

—No puede ser— musita empezando a ponerse nervioso.

—¿Le has dicho a tú madre que venías aquí?

No quepo en mi asombro.

—¡No! ¿Cómo le voy a decir que vengo aquí? ¿A qué?

Se le ve igual de impresionado que yo. Salimos a toda prisa de la habitación y no me percato que estoy en bragas y con una camiseta puesta.

Su camiseta.

Mi amiga está lidiando o intentándolo con la madre de César.

—¡Señora! ¿Está loca? ¡Quiere hacer el favor de calmarse!

—¿Qué dónde demonios está mi hijo? ¡Dímelo ya! —le exige.

Me quedo paralizada al oír a esa mujer. Va vestida con un traje chaqueta de color azul, seguro que de marca, en su cuerpo con unos kilitos de más. Su melena rubia está completamente peinada con hondas y le llega más o menos por encima de los hombros.

En cuanto divisa a su hijo en mitad del pasillo, sus ojos verdes parecen echar chispas.

Pero cuando me ve a mí, echan fuego directamente.

—¿¡Donde está tu teléfono!?

César mira pasmado a su madre y dirige su mirada a la mesita del comedor donde se encuentra su móvil y su chaqueta. No espera ni que le conteste. Se apresura hacia la mesa y lo coge.

—¡Vámonos! —chilla desde la puerta.

—¿Se puede saber cómo has sabido que estaba aquí? —inquiere de malas formas.

Se gira y lo fulmina con la mirada.

—¡Porque te he puesto un maldito localizador en el teléfono!

No doy abasto con mis pensamientos… ¿Cuántos años tiene? ¿Diez? Mi amiga me mira alucinando, como yo.

—¿Me has puesto un localizador en el móvil? —Se lo llevan los

demonios.

—¡SÍ! —le grita más fuerte todavía— ¡Vámonos!

—¡Tengo treinta años! ¿Qué te has pensado?

Empieza a cabrearse y entonces mi amiga y yo los observamos como si estuviéramos en un partido de tenis. Su madre se gira lentamente y se dirige hacia él. ¡Verás que le pega!

Patri y yo nos leemos el pensamiento.

Me mira.

La miro.

Dios mío, está mujer da miedo. Cuando llega a su altura le sisea señalándole con el dedo.

—César Fernández, no haces nada más que darme disgustos y si no quieres que les explique a tus…—Nos mira ambas— fulanas, qué tipo de hombre eres, si es que se te puede llamar así, más te vale que salgas por esa puerta, ahora mismo.

Casi me caigo de culo.

—Ya basta mamá…

—Disculpe señora, pero no somos ningunas fulanas —me defiendo. Me ha dolido.

—Eso digo yo. No puede irrumpir en nuestra casa de esa manera e insultarnos así — berrea Patri.

La señora se yergue y nos mira con desprecio a las dos. César la agarra del brazo.

—¡He dicho que ya basta mamá! —vocifera cuando ve que va a contestar.

César se va cabreado como una mona hacia su madre, le quita de malas maneras la chaqueta y el teléfono móvil. Me sorprende y pego un bote del susto cuando coge el aparato y lo estampa contra la pared del salón haciéndolo mierda. Todos miramos los restos del teléfono.

—Así la próxima vez te pensarás las cosas dos veces antes de montarme esta escenita.

Sale como un vendaval del apartamento y oigo como baja los escalones del edificio pegándole golpes a las paredes debido a la rabia que lleva por dentro. La mujer de pelo rubio se gira y sale al rellano junto a otro hombre que se encuentra en él, esperándola.

No se marcha sin soltarnos la última pullita:

—Y vosotras dos —Nos señala —, como vuelva a veros a alguna cerca de mi hijo, me encargaré personalmente de vosotras. Él se merece algo más que un par de furcias de los bajos fondos como vosotras.

Las dos abrimos la boca desmesuradamente y cuando vamos a contestarle, se da la vuelta y su querido acompañante cierra la puerta de golpe, dejándonos con la palabra en la boca.

Capítulo 8

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —pregunta Patri mirándome aún alucinada por la escenita.

Yo resoplo.

—Creo que la niña del exorcista a punto de darle un ataque de los suyos —contesto mirando a la nada.

—¡Dios bendito! Si yo tuviera una madre como esa, me cortaría las venas, pero no con una lechuga, si no con un cuchillo jamonero.

Las dos empezamos a reírnos descontroladas.

—Me ha dado pena.

—¿El qué?

—César.

Mi amiga me mira sin entender.

—¡Oh venga ya! Patri, que con treinta años, tu madre irrumpa de esa manera y te ponga un localizador en el móvil, ¡es muy fuerte!

—Llevas razón. Lo ha dejado como si fuera un crío sin voz ni voto.

Ambas nos reímos, pero se nos quita la risa de golpe. Tendríamos que haber sido gemelas.

—¿Qué? —le pregunto.

—¿No es un delincuente, verdad?

Por la expresión de mi cara, ya sabe de sobra que no tengo ni idea de quién es en realidad.

—¡Madre mía! ¿No me jodas? —pregunta y pega un bote del sofá.

—¡A ver, a ver! —Intento serenarla— No tengo ni idea de a qué se dedica, ni qué hace en su vida cotidiana. Pero, ¡joder! Teniendo los padres que tiene, forrados de pasta, ¿Tú crees que va a ser un delincuente? ¡Por favor Patricia!

Mi amiga lo sopesa durante unos instantes.

—Tienes razón, no tiene sentido. Pero entonces, ¿por qué se ha puesto la madre así?

—No tengo ni idea.

Me dirijo hacia el teléfono hecho polvo y lo recojo. Pensando…en nada.

—Oye una cosa ¿Qué ha pasado antes?

—¿Antes cuándo?

Mierda, sé lo que viene.

—Cuándo estábamos riéndonos de él. Cuándo le he preguntado, tu cara ha cambiado.

¿Ahora crees en el amor eterno?

Suspiro.

—No — afirmo.

—¿No? ¿O sí?

Suelto una bocanada de aire gigantesca.

—No, no sé qué me ha pasado, no sé cómo explicarlo.

Asiente.

—¿Te gusta? —pregunta cautelosa.

—No lo sé…—lo dejo en el aire.

Me acaricia mi mano con cariño.

—Piénsalo. Aunque con la suegra que te espera, ¡yo no volvería a verlo jamás!

Me río por su comentario. Pero en el fondo estoy dándole vueltas. ¿Me gusta? Sí, me gusta, solo espero no enamorarme de él, que son palabras mayores.

Pasamos lo que queda del sábado haciendo limpieza general y terminando de colocar las cajas que nos quedaban en el trastero. Cuando terminamos me tumbo en la cama, en una cama en condiciones, con colchón *visco látex* y esas cosas modernas que mi anterior piso no tenía.

—Al fin dejaré de hincarme muelles.

Patri se asoma por la puerta de mi cuarto al oír mi comentario.

—Por lo menos se te hincaba algo en estos últimos días —Se ríe descaradamente de mí —, claro que ahora que ha aparecido el chico malo, seguro que te hincas otra cosa.

—¡Oye! —Le lanzo un cojín a la cabeza que le da de pleno.

Me mira curiosa y viene a sentarse en el filo de mi cama. Sé lo que quiere.

Información.

—¿Qué quieres que te diga? —Pongo los ojos en blanco.

No habrá manera de librarse de este interrogatorio. Yo haría lo mismo.

—¿Cómo es en la cama? —pregunta deseosa— Porque con ese cuerpoooo, te tiene que haber dejado de lo lindo.

Sonrío. De oreja a oreja.

—No he chillado más en mi vida —aseguro.

—¡Lo sabía! Y ahora la pregunta del millón…

Ahora ya estoy desternillándome de la risa. El pie.

—¿Qué pie calza?

—No lo he visto. Pero el tamaño de sus partes dice que cuarenta y siete mínimo.

Hace una gran exclamación con la boca en forma de «o» y se queda pasmada mirándome.

—¿¡No me jodas!? La próxima vez que le vea le hago que levante el pie.

Me asusta. Es capaz.

—¡Ni se te ocurra! Además no sé si volveré a verle.

Me mira interrogante.

—¿Y eso por qué?

—No tengo ni su teléfono.

Digo un poco avergonzada por ser tan estúpida de acostarme con un tío que ni siquiera conozco.

—¿Qué? —chilla del asombro.

—Sí, lo sé. Soy tonta.

—Bueno da igual —Le quita importancia—, te recuerdo que su teléfono está hecho trizas en nuestra papelera.

—Entonces creo que jamás lo veré, porque tampoco le he dado el mío.

Ahora sí que pone cara de asombro. Y de las buenas.

—Creo que voy a tener que hacerte un curso intensivo de como ligar con un hombre.

—¡Oye! Desde que te has quedado soltera y entera estás que te sales.

—¡Ajá! Y quiero que sepas que me he encontrado con el pelirrojo en la calle de al lado.

Mi cara es un poema.

—¿No es verdad?

—Y tanto que sí. Ya hemos quedado para salir a tomar una copa. Podrías venirte.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche. Aprovechando que el lunes tenemos el día libre las dos, podrías venirte conmigo.

—¿Con el amigo feo?

—¡Ah! Eso ya no lo sé. Pero puedes pasar de él. O le decimos que no abra la boca y le pasamos una espátula con pegamento por la cabeza, así por lo menos disimula la cresta.

Me río, es de lo que no hay.

—¿Y cómo se supone que le vamos a pasar la espátula?

—Ya nos inventaríamos algo. Pero seguro que lo conseguimos.

—No puedo contigo —Confieso agarrándome la barriga debido a la risa.

Se va a su habitación y yo me acomodo en mi cama. No tardo mucho en quedarme dormida, con una persona en mi cabeza dándome vueltas.

César.

¿Lo volveré a ver algún día?

A la mañana siguiente cuando me levanto me duele todo el cuerpo. Arrastro mis pies hasta la puerta de mi dormitorio y voy directa a la ducha. Necesito relajarme un poco.

Termino, me lío la toalla en el cuerpo y antes de que pueda empezar a secarme escucho a la loca de mi amiga chillar como una posesa. Abro la puerta para escuchar lo que dice.

—¡Ayyyyyyy! ¡No me lo puedo creer! ¿Pero qué haces aquí?

Me asomo un poco más. ¿A quién espera esta? Que yo sepa a nadie. Pero mi asombro es mayor cuando veo a mi hermosa madre en el salón de mi

casa. Arrugo un poco la nariz cuando veo que trae una maleta gigantesca.

—¿Mamá?

—¡Hija! —me chilla desde la otra punta.

Corro hacia ella como si se me fuese la vida en ello y cuando llego a su altura me tiro a sus brazos.

—¿Pero qué haces aquí? —pregunto eufórica.

—Pues venir a verte, porque si tengo que estar esperando a que me llames… ¡Me hago vieja!

—No seas exagerada mamá.

—¿Cuántas semanas hace que no me llamas?

Me quedo pensando un momento. Me pega un pescozón.

—¡Tres casi! ¡Ves! ¡Ni te acuerdas! Mala hija, si es que no me quieres.

Se pone en plan dramático y mi amiga me mira diciéndome con los ojos «culpable».

—¡Eso! Encima apóyame. Tener amigos para esto…—mascullo entre dientes.

Mi madre me mira y sé lo que viene a continuación. El sermón del quince.

—Hija, he venido a pasar unos días con vosotras, espero que no os moleste.

—Hablando de eso, ¿cómo sabes esta dirección?

De momento bruja creo que no es y supongo que tampoco tendrá una bola de cristal que le muestre el futuro.

—Pues Patri me lo dijo por *facebook,* si no llega a ser por ella ni me entero de que te has mudado. —Otra pullita acompañada de un nuevo pescozón.

—¡Para! Al final no voy a poder mover el cuello —reniego.

—A todo esto. No veo que ningún hombre ocupe este lugar, pero…

Huy ese pero, qué miedo da. Inspecciono el lugar a prisa y corriendo por si hay algo que delate que ayer estuvo César aquí. Y lo veo…la camiseta suya. ¡Mierda! La dejé ayer encima del sofá…

Mi madre se acerca decidida a por ella. No es lista ni nada.

—Supongo que ninguna de las dos, usa la talla L de hombre, ¿no?

Cierro los ojos lentamente. Patri empieza a reírse. Cuándo los abro le pido ayuda con la mirada, pero ella niega con la cabeza. Lógico. Nadie querría ser el centro de atención de mi madre.

—Mamá…—respondo calmadamente.

—¡No! Ni se os ocurra mentirme —Amenaza.

Intento mantener una conversación con ella, pero me es imposible.

—Escúchame…

—Te estoy oyendo, pero tú pareces darle muchas vueltas.

Pienso.

Voy a echar el culo fuera. Sin más.

—Patricia ha conocido a un chico y lo trajo ayer a casa.

Mi amiga abre los ojos y me fulmina con la mirada. En su preciosa boca entiendo perfectamente como vocaliza un «mamona». Mi madre la mira.

—¿Tú? Después de lo que has pasado mi niña, deberías darte un tiempo —le indica con cariño.

—Mónica…—intenta decir Patri, pero como siempre mi madre no la deja continuar.

—La que debería buscarse a alguien es la pava de mi hija. Desde que se peleó con el imbécil de Ismael, está soltera y entera, ¡A ver si espabilas! ¡Quiero nietos!

Arrugo el entrecejo.

—Mamá, ten claro que yo ¡jamás, te daré nietos!

Mi madre me lanza una mirada asesina.

—Sara Martínez, eres hija única. Por la cuenta que te trae, más te vale dármelos algún día. ¡Y temprano, o me moriré esperando!

—Olvídate.

Mi madre me deja como cosa a parte haciendo gestos con la mano. Le toca a Patri.

—Por donde iba mi niña…

Mi amiga la corta.

—No, Mónica, pregúntale a tu hija. Ella sabe quién es el dueño de esa camiseta y te aseguro que no es mía.

Mi amiga me mira y me dice de nuevo «chúpate esa», mientras mi madre achica los ojos de tal manera que si fuera una boxeadora pensaría que va a atestarme el mayor golpe de su vida.

—Mamá…no saques conclusiones precipitadas.

Me corta inmediatamente.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Cuándo le has conocido? ¿Por qué te has callado como una *muja*? ¡Quiero saberlo todo de él!

Lo suelta todo de golpe y casi ahogándose con sus mismas palabras. Entonces en ese mismo instante suena la puerta del apartamento y corro para abrir.

—¡Ya voy yo! —Canturreo a toda prisa para abrir y salir de este interrogatorio.

Pero la risa se me borra de un plumazo cuando abro la puerta y me encuentro a César detrás de ella.

Capítulo 9

—César.

Es lo único que puedo pronunciar. Cierro los ojos lentamente. Entonces escucho un torbellino que viene hacia mí.

—¡Andaaaaaa! Aquí tenemos al pichón.

Mi madre.

—¡Mamá! —la regaño.

Me giro tan rápido que la toalla escapa de mi cuerpo y cae al suelo, dejándome como mi madre me trajo al mundo. Nunca mejor dicho. Escucho una exclamación por parte de mi amiga y mi madre me mira con los ojos como platos. A César no le oigo ni respirar.

—Esto…hija, se te ha caído la toalla por si no te has dado cuenta. Seguramente ya habréis…intimado —explica haciendo gestitos con la cara—, pero córtate un poco delante de tu madre.

—Ya me he dado cuenta mamá, gracias —contesto irónicamente entre dientes.

Me agacho para recoger la toalla, roja como un tomate. La anudo a mi cuerpo y me la agarro bien para que no vuelva a pasar. Mi madre me mira completamente atónita. La empujo despacio hacia dentro del salón y lentamente cierro la puerta del apartamento.

No dice ni pio. Me giro a cámara lenta y veo su cara. Me está mirando de arriba abajo y tiene los labios apretados, haciendo una especie de mueca tipo morritos.

—Hola —respondo soltando una gran bocanada de aire.

—Hola —contesta él sin dejar de mirar mi cuerpo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tu madre piensa que tú y yo…?

No le dejo terminar.

—No hagas caso a lo que mi madre ha dicho. ¿Qué haces aquí? —repito mi pregunta.

—Pues no lo parecía —responde divertido—, si quieres que te saque de un apuro puedo hacerme pasar por quién quieras.

Le miro malamente.

—No necesito que me saques de ningún apuro y ahora por tercera vez, dime, ¿qué haces aquí?

Pero en el momento en el que va a dignarse a contestar, sale la vecina.

La vieja.

—¡Por el amor de Dios! —exclama al verme.

—¡Lo que me faltaba! —mascullo entre dientes.

—¿Pero vosotros dos no tenéis ni un poco de vergüenza? ¡Sois unos

degenerados!

¡Maldita juventud! ¿No sabéis lo que es la privacidad?

¡Se acabó!

—¡Señora! ¡Métase en su casa y deje de dar por el culo! Si no le gusta, ¡no mire!

Me doy la vuelta para entrar en mi apartamento y me percato de que no tengo llaves.

¡Joder! Toco al timbre de manera desesperada, básicamente se me queda el dedo pegado. Mi madre me abre la puerta.

—Se te olvidaron las llaves —explica señalándome el manojo.

Se lo quito de malas maneras y miro a César.

—Sígueme —intento decir con calma.

Paso dentro bajo la atenta mirada de la vecina y del resto de ocupantes del apartamento.

Cuando estoy dentro mi madre va abrir la boca y yo se la cierro de sopetón.

—¡Ni una palabra! ¡Ya está bien!

Me dirijo a mi habitación y César me sigue. Escucho que se dicen un leve hola. Nadie se atreve a hablar más. Llego al dormitorio y él cierra la puerta.

—¿Puedes darte la vuelta? Voy a vestirme.

Parece sorprendido.

—¿Ahora te va a dar vergüenza? —pregunta extrañado.

Lo aniquilo con la mirada y hace lo propio. Se da la vuelta y mira a la pared. Cojo mi bote de crema y me dispongo a embadurnarme el cuerpo.

—¿Qué quieres?

—Quería hablar contigo de lo de ayer. Siento mucho lo de mi madre. A veces se le va la cabeza.

—Sí —afirmo—, me di cuenta cuando nos dijo que éramos unas fulanas. No quiero saberlo, pero muchos disgustos le tendrás que dar para que te ponga un localizador.

No quiero ni pensar en que andará metido este tío. Pero para que una madre se ponga así…

—Es una exagerada. No le doy ningún disgusto.

—Aja…—respondo de manera desigual.

—¿No me crees? —pregunta un poco enfadado.

—No me importa sinceramente. Lo que tú y yo hemos tenido ha sido un simple polvo, lo dijiste tú ayer, ¿recuerdas?

Paso a la parte de mi abdomen y termino de restregar la crema que tengo. Me doy en los hombros y escucho una fuerte respiración a mi espalda.

—Te he dicho que te dieras la vuelta.

Me quita el bote de las manos y me echa crema por la espalda. La extiende lentamente haciendo que cada parte de mi ser tiemble.

—Y yo te he preguntado que si ahora te da vergüenza.

—Puede…

—No te creo.

Me gira radicalmente y pega su frente a la mía.

—He venido a disculparme y a por mi camiseta. Mi teléfono sé que está hecho trizas así que lógicamente no te lo pediré.

—Efectivamente, para ser más exactos está en la basura.

Mira mis labios y luego me mira a los ojos. Estoy bastante estúpida.

—¿No vas a preguntarme nada más?

Pienso por un segundo. No. Sería lo peor.

—No quiero saber nada más.

Asiente. Creo que está dolido por mi falta de interés. Pero es lo mejor. Siento que si sigo adelante con él, me enamoraré como una loca y sinceramente, paso. Se separa de mí y mi cuerpo ya anhela su calor. Da media vuelta y sin mirar atrás coge la puerta y se marcha dando un buen portazo. Escucho como se despiden y lo siguiente que oigo es la puerta del apartamento abrirse. Salgo al salón y ahí están. Las dos mirándome con cara de querer saber más.

—No quiero ni una pregunta. No está conmigo, no es mi novio, ni nada por el estilo. Y tampoco nos vamos a volver a ver nunca más —Enfatizo esto último—. No me gusta, no quiero saber nada de él y no es, ni será nadie importante en mi vida —aseguro.

Entonces escucho como la puerta del apartamento se cierra del todo.

Me ha oído.

Cierro los ojos un momento y por absurda que parezca mi reacción corro hacia la puerta. Creo que me he pasado un poco. La abro de golpe y salgo al rellano con las bragas y una mini camiseta que no me tapa ni el muslo. Lo veo esperando al ascensor.

—César.

Le llamo pero no se gira. Hace como que no me oye. Las puertas del ascensor se abren y pasa dentro, se gira y me mira a los ojos.

Está dolido.

—César, espera un momento —le pido.

Se queda pensando unos instantes sin apartarme la mirada.

—No quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme, bastante has dicho ya.

Cierro los ojos un segundo.

—Yo…

No sé qué decir. ¡Seré estúpida! Pulsa el botón de la planta baja.

—No te preocupes, no nos volveremos a ver, como tú has dicho.

Soy una gilipollas al cuadrado. Las puertas del ascensor se cierran lentamente y mis piernas no se mueven del sitio. Nos quedamos mirándonos una eternidad hasta que el ascensor se cierra por completo y nuestra mirada se pierde. La vecina vuelve a aparecer en el rellano y mete la llave en su puerta. Me mira y pone cara de asco antes de entrar. La oigo murmurar:

—No tienes remedio hija mía. Al infierno vas a ir por pecar de esa manera.

No le hago ni caso aun sabiendo, que lo ha dicho para que lo oyera. Me meto dentro de mi apartamento y dos pares de ojos me miran con tristeza.

—Cariño…—empieza a decir mi madre.

No la dejo seguir.

—Al fondo a la derecha está el cuarto de invitados. Acomódate. Voy a dormir un rato.

Paso por el lado de ambas y entro en mi dormitorio. Cierro con delicadeza la puerta de mi habitación y me siento en la cama. Cojo mi cabeza con ambas manos y me presiono un poco. La puerta se abre y entra mi amiga.

—Patri…

—No me eches por favor — me pide.

—No tengo ganas de hablar.

—Cuando yo te necesito, tú siempre estás, ahora quiero que hables conmigo, como yo lo hago contigo.

Suspiro.

—No sé por qué le estoy dando tantas vueltas…

—¿No puede ser por qué sientas algo?

Niego con la cabeza.

—No lo sé Patri…creo que me he pasado.

—Te has pasado. Mucho —asegura.

—Gracias por confirmármelo.

Me coge la mano.

—¿Quieres que te mienta? No, pues es lo que hay. Te has pasado.

—¿Y por qué tenía que estar detrás de la puerta? ¡Se suponía que se había ido!

—Tú lo has dicho, se suponía. Pero no se había ido del todo. Mira, no sé qué ha pasado en la habitación cuando habéis entrado, pero su cara decía muchas cosas cuando ha salido.

—No le he tratado demasiado bien.

Ella asiente.

—Lo suponía.

—¿Qué decía su cara?

Sé lo que me va a decir.

—Decepción. Desilusión. Enfado. ¿Quieres que siga? —pregunta tranquilamente.

Niego. No, no quiero. Sé que está tratando de tener un tono normal conmigo porque sabe que no estoy bien, si no, conociéndola, ya estaría chillándome.

—Soy una idiota.

—¿Por qué? ¿Por qué crees que eres una idiota?

No contesto. No sé qué contestar. Ni siquiera sé por qué me siento tan estúpida.

—¿Sientes mariposas? ¿O algo por el estilo?

— Dios mío. Solo nos hemos acostado una vez. No puede ser…las demás veces que nos hemos visto siempre hemos estado como el perro y el gato —contesto cabreada.

Mi amiga sonríe. No me gusta esa sonrisa que dice más que mil palabras.

—¡Ay amiga! Tienes un problema.

Sí, yo lo creo también y de los gordos.

—Necesito beber —reconozco sin más.

Ahora sonríe más aún.

—¡Pues ale! Cuando venga el pelirrojo a buscarnos ya sabemos dónde vamos a ir, ¡a beber como cosacas!

Me río y de momento me acuerdo de una cosa. Pongo cara de asco.

—¿De verdad tiene que venir el hombre del saco? —le pongo cara de pena.

—¡Vamos! Es su amigo, ¿Qué le digo? ¿Que no venga tu amigo por qué mi amiga dice que es demasiado feo?

Suspiro agotada.

—Llámame en media hora.

Sale de mi cuarto guiñándome un ojo.

Mierda, al final tengo que tragarme al amigo…

Capítulo 10

A las once de la noche estamos vestidas, peinadas y pintadas. Tampoco es que me haya arreglado demasiado. Un poquito de polvos por aquí, un vestido sencillo por allá y unos tacones para que mis piernas parezcan más largas, eso sí, los tacones no pueden faltar ¡nunca!

—¿Lista? —pregunta Patri.

—Lista.

Salgo de mi dormitorio y me arrepiento enseguida al ver a mi madre sentada en el sofá.

Acaba de llegar y ya estoy saliendo, en vez de quedarme con ella.

—Mamá…

—No te preocupes, sé lo que vas a decir, y no pasa nada. Habíais quedado y yo he llegado sin avisar. Sobreviviré una noche —Me guiña un ojo —. Pasadlo bien mis niñas.

Le doy un beso en la mejilla y Patri hace lo mismo. Mi madre le tiene mucho cariño; los padres de mi amiga, digamos que son un poco…especiales. Nunca han mirado demasiado por ella y mi madre siempre la ha cobijado.

Llegamos a la calle y ahí están los dos. El pelirrojo y el rubio. Según nos estamos acercando tengo que murmurar por lo bajo para que no me oigan:

—Dios mío de mi vida Patricia, voy a matarte…

—Cállate que me estoy arrepintiendo.

—¿No decías que el pelirrojo era guapo?

—Eso parecía, pero creo que no tenía la vista donde debía tenerla…

—Por Dios bendito, son más feos que los *Gremlins* a media noche.

Los mira y empieza a desternillarse de la risa. Ellos dos se miran el uno al otro.

—¡Hola! —saludo en cuanto llego a ellos.

No me atrevo ni a darles dos besos. Simplemente les extiendo mi mano. Como si estuviera haciendo un negocio.

—Me llamo Sara y ella que ya la conocéis, es Patricia.

Mi amiga no para de reírse descontroladamente y los dos chicos se miran sin saber muy bien por qué se ríe.

—¡No os preocupéis! Es muy risueña la niña —me disculpo quitándole importancia a su ataque.

—Hola, yo soy Alberto —se presenta el rubio, el feo.

—Y yo soy Eduardo —dice el pelirrojo que antes era guapo y ahora también es feo.

Ambos me miran cuando me estrechan la mano. Normal, yo los miraría escandalizada porque sabemos que lo normal en España, es darse dos besos. Me río para mis adentros, soy de lo que no hay y sé que Patri se está riendo

también por este gesto.

—Disculpar, es que mi amiga es muy cachonda —comenta como si nada.

La miro y abro los ojos como platos.

—En todos los aspectos. —Puntualiza y ahora sí que quiero matarla.

Los dos muchachos se miran de nuevo y sonríen haciendo que al rubio, Alberto, se le vea hasta el último diente. Momento en el que me doy cuenta que aparte de tenerlos de caballo, también los tiene montados. ¡Estamos sembradas!

—¡En efecto! Soy una cachonda, pero mi amiga es una fresca de cuidado, ya lo veréis.

Me mira y me taladra con los ojos, ¡chúpate esa! Me doy aires de superioridad y la miro de los pies a la cabeza. Ella entorna los ojos y murmura:

—Mala, que eres más mala que la rabia.

—Y tú eres más bruja que la piruja —contraataco.

Los dos me miran porque me han oído y para salir del paso comento rápidamente:

—¿Nos vamos?

—¡Eso! ¡Vámonos! —canturrea Patri.

Nos dirigimos a un local que está de moda, con un amplio espacio para bailar, beber y todo lo que se quiera hacer. Estamos un rato con ellos hablando de nada en particular.

Empiezan a aburrirme de tal manera que estoy a punto de dormirme.

—Póngame otro margarita por favor —le grito al camarero.

—¿No crees que llevas demasiados? —me pregunta Patri.

—Solo me he bebido cinco. Es que son aburridos como ostras. —Le pongo los ojos en blanco y me siento de sopetón en mi taburete.

—Sí, que mal gusto hija.

Asiento. Lleva toda la razón del mundo.

—Pues sí, que Dios te conserve el oído, porque la vista la tienes bien jodida — respondo entre carcajadas.

—¡Oye!

—¡Venga! ¡Vamos a mover el culo! ¡Que me duermooooo!

La arrastro literalmente a la pista de baile. Lo cierto es que ella ni protesta, estoy segura de que lo deseaba tanto como yo. Pasamos la noche de baile en baile mientras que los chicos agarran la barra.

—Por lo menos el local no se caerá — comento.

Patri los mira.

—No, yo creo que no. Tiene dos buenos pilares.

Nos reímos.

—No entiendo como la gente puede ser tan sosa. Recuérdame que si algún día me echo un novio, me cerciore de que sabe bailar. ¡No soporto los agarra barras!

—¡O los sujeta paredes!

Sigo moviendo mis caderas al son de la música cuando noto que alguien me agarra por detrás. Y me dice al oído:

—Yo sé bailar.

Pego un bote al escuchar la voz de César y me giro para verle. Me vuelvo hacia mi amiga y la fulmino con la mirada.

—¿Por qué no me avisas? ¡Casi me da un infarto!

—¡Que no lo he visto! —me contesta ofendida.

Pero cuando me giro me doy cuenta por el rabillo del ojo que le ha guiñado un ojo. Me vuelvo de nuevo rápidamente y la pillo en todo el ajo.

—¡Te he visto! — La señalo con un dedo.

Me giro hacia mi otro oponente. El alcohol está haciendo mella en mí y me siento más envalentonada que nunca.

—¡Y TÚ! —Ahora señalo a César—¿No te fuiste en el ascensor y no me dejaste hablar? ¡Pues que te den!

Niega con la cabeza.

—¿Y qué es lo que querías decirme? —pregunta cruzando sus brazacos en el pecho.

Me quedo un segundo procesando la información. Arrugo el entrecejo y lo mismo que abro la boca, la cierro.

—¡Déjame! Ya tuviste la oportunidad y la dejaste escapar, ahora, ¡nunca lo sabrás!

—Yo creo que si te pido dos margaritas más, me lo dices —asegura convencido.

Me giro para no verle y sigo bailando. Me vuelve a dar la vuelta.

—Vamos afuera para poder hablar —no pregunta, ordena.

Me coge del brazo y tira despacio de mí. Pero yo como soy tan bruta me suelto de él y le chillo:

—¡Que no!

Los chicos que vienen con nosotras se percatan y se acercan. Huy, huy, no me gusta nada la cara que pone César.

—¿Algún problema? —pregunta Alberto— ¿Te está molestando?

César da un paso adelante. Mierda…se va a liar, lo veo. Patri deja de bailar.

—¿Tienes tú, algún problema? —pregunta César sin quitarle los ojos de encima a Alberto.

Y esa mirada…alberga de todo menos algo bueno. Si dejo que se digan dos cosas más, se van a liar a hostias. Alberto da un paso hacia él de nuevo y Patri interviene para ponerse en medio. Yo empujo a César cuándo vuelve a dar otro paso y le insta con la mirada a que le conteste.

—César…ya basta—le pido.

Creo que la borrachera se me ha ido de sopetón. No le quita los ojos de encima.

Además le mira de una manera que da realmente miedo. No me lo

quiero imaginar en una pelea, tampoco quiero verlo. Vuelvo a intentar que me escuche:

—César…por favor, vamos fuera.

Esta vez me mira y asiente mirando de nuevo a Alberto. Uf, menos mal. Miro a Patri y le pido disculpas con la mirada.

—Ve con él, yo me encargo de llevar a la guardería *gremlin* a casa.

—Gracias.

—No me las des. Arregla lo que tengas que arreglar. O habla lo que tengas que hablar y por Dios, ¡pídele el teléfono!

Sonrío, hasta en una situación tan incómoda como esta sabe sacarme una sonrisa. Cojo a César del brazo que no se ha movido del sitio y lo saco del local a toda mecha. Cuando llegamos a la calle veo el cacharro infernal aparcado en la puerta.

—Por favor, dime que no nos vamos en el trasto.

Se gira y me mira. Está cabreado.

—¡Vale, vale! —Pongo las manos a modo rendición—. Es tu preciosa máquina, no es un cacharro, lo siento.

Entonces sonríe. Esto sí es una sonrisa en condiciones.

—Ya nos vamos entendiendo.

Me pasa el casco y como toda una experta, me lo pongo sin ningún tipo de problema.

César asiente satisfecho y yo le muestro una sonrisa de las que desarman. Se sube en la moto y arranca. No sé a dónde vamos, pero mi instinto me dice que me deje guiar, aunque solo sea por una noche.

Capítulo 11

A las tres de la mañana me encuentro dando vueltas por *Barcelona*. Más bien de paseo en la súper moto de César. Me quedo pensando durante un instante, ¿podría enamorarme de él? O más bien ¿podría enamorarse él de mí? No soy ese prototipo de mujer que cualquier hombre busca, no…Quizás lo único que haya visto en mí, sea un polvo rápido y en cierto modo es así, pero, ¿qué más da? Nos paramos en un semáforo y observo la oscuridad de la ciudad en silencio. Me saca de mi ensueño cuando noto cómo César da un suave apretón a mis manos entrelazadas en su cintura.

—¿Tienes frío? —grita para que pueda oírle.

—No.

¡Mentira! Me castañean hasta las uñas de los pies.

—¿Seguro?

Ahora se gira y me dedica una sonrisa de las que dicen «sé que estás mintiendo» sonríe un poco y niega con la cabeza. Para la moto en medio de la carretera, se quita el casco y baja de ella. Pone la patilla para que no se vaya al suelo y se quita la cazadora. Lo miro con los ojos como platos.

—¿¡Qué haces!?

Me quedo embobada mirando cada uno de los *múscules* como decimos Patri y yo. Se me cae la baba literalmente.

—Póntela.

Sé pone detrás de mí y me insta para que meta las manos por las mangas. Yo niego con la cabeza.

—No seas cabezona —me advierte.

—¡Te vas a quedar pajarillo así!

Arque una ceja y se ríe.

—¿Pajarillo?

—Sí —afirmo como si fuera de otro planeta.

—¿A qué te refieres? —Parece confundido realmente.

Creo que tengo un diccionario particular.

—¡Que te vas a helar!

—Ahora estamos hablando en el mismo idioma —se mofa de mí.

—No la necesito —le protesto.

¡Va a pillar una pulmonía!

—Lo dudo.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunto interesada.

—Cuando las mujeres decís «no», es «sí».

¡Vaya!

—Eso quiere decir que eres todo un experto en mujeres.

No sé porque me molesta. No debería. No contesta, solo se limita a reír.

—Un gesto dice más que mil palabras —aseguro.

Me mira con sus sensuales ojos.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Me es indiferente—contesto desinteresadamente.

Se queda callado un segundo, pero finalmente contesta.

—¿Seguro que no te importa? —se pega un poco más a mí por detrás.

Mi cuerpo se electriza de tal manera que saltan chispas.

—No —afirmo tajante.

Pega su boca completamente a mi oído y susurra.

—Sinceramente, tengo bastante experiencia con las mujeres.

El simple susurro hace que una mecha en mí, prenda, pero también que un atisbo de rabia florezca. ¡Pensamientos fuera!

—¿Te molesta? —pregunta en tono guasón.

—Ya te dije que no, que me es indiferente.

Asiente de manera chulesca y vuelve a subirse en la moto. ¡Un momento! ¿Cuándo me ha puesto la cazadora? Mejor no pregunto o si no sabrá que he estado en *Babia*.

—Te vas a resfriar, ¡estás en manga corta!

—Entonces necesitaré a alguien que me cuide cuando eso pase —Me guiña un ojo—. Algunas veces merece la pena.

¡Ala! Y con eso no puedo ni articular palabra. Unos quince minutos después llegamos a una especie de cochera. Al final del camino veo una enorme casa, su casa, sin duda.

—¿Vives aquí?

—Sí.

Se baja de la moto y abre la puerta de la cochera. Me quedo de pie en la puerta esperando.

—Creo que a tu madre no le hará mucha gracia verme, te recuerdo que la primera vez que me vio me llamó fulana…

Todavía me duele. No puedo evitar decirlo con tonito.

—Ella no viene aquí, esto es solo mío.

Y cuando enciende la luz, la mandíbula me llega al suelo. La estancia es de color blanco. Tiene una mesa con un ordenador, hay un coche dentro y cuento en total siete estanterías desde el techo hasta el suelo, de color blanco, ¡repletas de motos y coches en miniatura!

—Vas a tener el privilegio de ser la primera en ver esto.

Me siento halagada. Pero…no comparto el *hobbie*, ¿motos y coches? ¡Venga ya!

—¿Eres coleccionista?

A la vista está, ¡ *so tonta*!

—Sí, llevo años coleccionando piezas únicas, ¡me encanta! —comenta ilusionado.

Asiento. Bueno, para gustos los colores. Se acerca peligrosamente hacia mí y cierra la puerta de la calle. Al fondo de la estancia puedo ver un sofá un

poco perjudicado y una nevera.

—¿También te pegas tus fiestas aquí? —Alzo una ceja.

—Solo con los amigos...y ahora contigo, claro.

Oigo el «click» de la puerta. Se pega a mi espalda y apoya su mandíbula en mi hombro.

—¿Qué era lo que querías decirme cuando me fui en el ascensor?

¡Mierda! Ni yo lo sé.

—Nada —Salgo del paso.

Se queda callado durante un instante. Noto su respiración en mi cuello, lenta y pausada a la misma vez. Oigo el sonido de un interruptor cuando se apaga y la estancia entera se alumbra de unas luces de neón azules. Miro a mi alrededor y las veo incrustadas en los filos del techo y en algunas lejas de las estanterías. Me da la vuelta para que le mire.

—Quizás querías proponerme que no me fuera…

Esconde un mechón de mi pelo detrás de mi oreja. Su tacto hace que cierre los ojos por un instante. ¿Eso es lo que quería realmente?

—¿Y por qué estás tan seguro de eso? —me atrevo a preguntar.

—No estoy seguro, es una conclusión.

—Puede ser que una conclusión demasiado precipitada, ¿no crees? —susurro.

Roza sus labios con los míos de manera sensual. Mi cuerpo empieza a reaccionar inmediatamente. Este hombre me puede…

—¿Quieres decir que no quieres estar aquí?

Claro que quiero estar aquí…

—Yo no he dicho eso…—murmuro demasiado bajo.

Y entonces algo deseado y muy esperado llega. Me besa suavemente como de costumbre para después convertir su beso en algo brutal y salvaje. Agarra mis caderas con fuerza y me estrecha contra él. Mis manos vuelan por su pecho hasta que lentamente le quito la camiseta, para poder tocar su hermoso pecho. Repite la misma operación que yo, deshaciéndose de la chaqueta y mi camiseta. Poco a poco nos vamos acercando al sofá perjudicado hasta que mis rodillas chocan contra él.

—¿No me lo vas a decir? —pregunta roncamente mientras besa mi cuello.

No puedo contestar. Solo pienso en el temblor de piernas que tengo ahora mismo.

Parece que me lee el pensamiento cuando me agarra más fuerte y me pega a él. Ya noto su erección palpitante y eso no ayuda demasiado. En un abrir y cerrar de ojos me desata el sostén con una mano como un profesional. No puedo evitar sonreír. Se introduce un pezón en la boca y lo succiona delicadamente pero con ese punto entre el dolor y el placer a la misma vez, cuando tira de él.

—Si te lo tengo que sacar a gritos, lo haré —afirma.

¿Qué le digo?

—Creo que ni yo misma sé lo que quería decirte…—susurro un poco avergonzada.

Levanta la vista y me mira mientras se deshace del resto de mi ropa y la suya. No me aparta la mirada y por muy raro que parezca yo tampoco lo hago. Se acerca a mí eróticamente y me cubre los labios con los suyos para fundirnos en un nuevo beso. Noto la punta de su erección en mi entrada y siento como sus manos se separan de mí para abrir el preservativo. Empuja mi cuerpo hacía atrás y me tumba. Se pone encima de mí y de una estocada entra en mi interior. Suspiro. Me aferro a sus hombros y admiro su musculatura cuando se mueve sobre de mí. Olvido todo en ese preciso momento, momento en el que solo quiero llegar a ese paraíso tan maravilloso que hasta ahora solo César ha sabido descubrir de manera devastadora.

Capítulo 12

Despierto cuando un rayo de luz me atraviesa los ojos. Estoy tumbada encima de César prácticamente, en el sofá, cubiertos por una minúscula sábana que apenas nos tapa la mitad del cuerpo. Pero por una extraña razón, estoy contenta. Cuando le miro veo que está despierto observándome.

—Buenos días —susurro.

—Buenos días —saluda con su particular sonrisa. Yo le imito— ¿Estás contenta esta mañana?

Arrugo un poco el entrecejo de broma.

—¡Oye! No siempre estoy seria.

Hace una mueca graciosa queriéndome decir que no llevo razón. Puede ser, me tiro la mayor parte de mi vida demasiado seria.

—Digamos que ha sido una noche…intensa…

¡Y tanto! No sé si voy a poder andar…

—¿Solo intensa? —Arquea una ceja.

Me río con ganas.

—¿Quieres que te recuerde lo intensa que ha sido?

Me coloca en un abrir y cerrar de ojos encima de él. Mi cuerpo se pone en alerta y se me eriza todo el vello en el momento que me agarra la cintura.

—¿Tienes frío? —pregunta.

—No.

¡No me preguntes más!

—¿Entonces por qué se te pone la piel de gallina?

—Pues no lo sé —confieso como si nada.

Hago círculos en su pecho con mi mano derecha y él la agarra para que pare. Le miro.

—¿No lo sabes o no lo quieres saber?

Reprimo una sonrisa tonta y no contesto. Me insta con la mirada a que lo haga y pongo los ojos en blanco.

—Si cada vez que pones los ojos en blanco me dieras dinero estaría forrado.

Ahora sí que me tengo que reír, vale, lo hago mucho. Es una manía muy fea, pero inevitable. Vuelve a mirarme y agacha un poco su cara para mirarme directamente a los ojos. Yo estoy contemplando su pecho.

—Puede que no lo quiera saber —explico con total sinceridad.

Asiente. Se reincorpora un poco y pega su boca a mi oído mientras noto que ya está listo para la acción.

—Puede que yo de momento tampoco quiera saberlo.

No le contesto. No quiero hacerlo. Me mira y la tensión entre ambos se palpa en el ambiente. Me eleva un poco y deja caer mi cuerpo, sintiéndolo

milímetro a milímetro.

Suspiro y me agarro a sus hombros. No sé cómo puedo tener estas ganas de nuevo.

—¿Insaciable? —pregunta mientras me muevo a un ritmo lento y pausado.

—Puede… ¿Y tú?

—¿Contigo? Siempre…

¡Ala! ¡Zasca en toda la boca! Mi mente se olvida de lo que acaba de decirme y se concentra en el inmenso placer que este bailecito ralentizado me está haciendo sentir.

César besa y absorbe con fuerza mi cuello. Agarra mi pelo y lo estruja en su mano sin parar de gemir. Cosa que no hace nada más que alimentar las ganas por llegar al clímax

que tiene mi cuerpo.

—Me quedaría así toda la vida —susurra.

Pero a mí no me engaña.

—No tienes pinta de que te vaya mucho el romanticismo y los polvos lentos —las palabras salen solas de mi boca.

Levanta sus bonitos ojos color miel y me escruta con la mirada.

—Puede que no me vaya mucho, pero ahora mismo me apetece, contigo.

Llego al clímax en un abrir y cerrar de ojos y miles de estrellas saltan a mi alrededor.

Mi cuerpo vibra sin parar y no encuentro un sitio en el cuerpo de César donde no me haya agarrado durante este maravilloso momento. Siento que otro trozo de mi corazón helado se deshace un poco y empiezo a temerme lo peor. Pero no, todavía no he llegado a esa fase, o al menos eso creo. Sale de mí rápidamente y me aparta. En ese instante me percato de que no hemos utilizado ningún medio…si no se llega a dar cuenta, me da un infarto, literalmente. Termina de limpiarse y tira de mí hasta que caigo encima de él.

—Te invito a cenar —informa sin más.

—¿Cuándo? —pregunto sorprendida.

—Está noche por ejemplo.

Me quedo un instante pensando.

—No puedo, mi madre llegó ayer y no la he visto apenas.

—Tú madre lo entenderá. Estoy seguro.

Me da un casto beso en los labios. Sí lo entenderá, en cuanto le vea. Espero que ese momento no llegue nunca o empezará a hacerme preguntas inapropiadas.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—¿Esto no es una cita?

Niego con la cabeza.

—Si esto es una cita ¡que baje Dios y me lo diga!

En ese momento escuchamos la puerta de la cochera abrirse. César se

pone nervioso y yo me tapo con lo que pillo, ¡la sábana! Sin querer le dejo completamente desnudo por taparme yo. Soy un desastre.

—¡Eh! ¡Dimitry! ¿Quieres hacer el favor de esperar fuera?

El tal Dimitry que parece no inmutarse me mira a mí, luego a él.

—¡Vamos, César! No me voy a asustar por verte con una de tus putas, no es la primera vez.

La mandíbula me llega al suelo, ¿pero por qué todo el mundo piensa que soy puta? De verdad que no lo entiendo. Voy a contestar cuando César se levanta, se pone el bóxer corriendo y se acerca a él. Lo que no me esperaba era el puñetazo que le atesta en las costillas.

—¡Ah! ¿Pero qué coño haces? —reniega y se agarra las costillas.

Me ha dolido hasta a mí. ¡Que se joda! Y si no, que se pegue un punto en la lengua antes de insultar a nadie.

—¡No es ninguna puta! ¡Sal de aquí!

Le señala la puerta. Dimitry me mira y sale por la puerta. Mientras, lo inspecciono de arriba abajo. Rubio con melena, ojos azules, me atrevería a decir que casi grises.

Mandíbula fina, tiene un pendiente en la oreja derecha y en la ceja. Un poco macarra.

Cuerpo bastante moldeado y es igual de alto que César. Ah, un detalle muy importante, es ruso. Me encanta el acento que tiene, aunque me haya llamado puta, eso no me ha hecho tanta gracia.

—Ahora vuelvo, discúlpame un momento.

Asiento y no le quito ojo al ruso, que no me quita ojo a mí. Me está inspeccionando de los pies a la cabeza. Su mirada fría como el hielo está empezando a ponerme nerviosa.

No me gusta. Aprieto la sábana más a mi cuerpo. Sé que no se me ve nada, pero por si acaso. Yo enseño mi cuerpo a quien quiero.

César lo saca de la cochera. Escucho como discuten en la calle. Me levanto despacio y llego hasta la puerta. Pego mi curiosa oreja y puedo oír algo de lo que dicen.

—No voy a ir más —responde rotundamente César.

—¡Vamos! Te sacarás un dinerillo extra, además creo que lo vas a necesitar.

—Te he dicho que no, ve tú —contesta con indiferencia.

Oigo como el ruso respira fuertemente. Se está cabreando.

—A Nikolay no le va a gustar tu decisión tan drástica.

—No me importa lo que piense Nikolay, ya os dije que no contarais conmigo para nada más.

—César, no tiene por qué pasar de nuevo, solo…se fue un poco de las manos.

—Siempre se va de las manos…

—¿No lo dirás por mí? —pregunta indignado el ruso.

—No, pero no quiero que me tachen de algo que yo no he hecho.

—César nadie lo sabe…—suspira de nuevo.

—Yo sí y eso basta.

—Fue un accidente —asegura el ruso.

No sé de qué están hablando, pero no me está gustando ni un pelo la conversación.

—Un accidente que no debió de haber ocurrido si se hubieran hecho las cosas bien.— César empieza a alterarse, lo noto en su voz— Un accidente que nunca debería haber pasado.

Cuando va a continuar Dimitry le interrumpe.

—Está bien, no vengas, olvídalo.

Pero César ha pillado carrerilla y no hay quién lo pare. Me deja helada lo que escucho:

—Murió y no debería haber muerto…—susurra demasiado bajo.

Pero lo he oído. Empiezo a alterarme. No quiero escuchar más. Me giro, me visto y me dirijo hacia la puerta. Tengo que salir de aquí. Por otro lado pienso, ¿Qué excusa le pongo? Supongo que no puedo ponerle ninguna.

Piensa, piensa, piensa.

Salgo decidida y los dos me miran. César tiene las manos apoyadas en las caderas. Que sexy está…

Me contempla y se acerca a mí preocupado.

—¿Estás bien? —pregunta apoyando una mano en mi hombro.

—Esto…sí, sí, es que tengo que irme.

Intento parecer serena, pero creo que se me ha notado mucho. No sé mentir demasiado bien.

—Vale, espera un segundo que te llevo.

—¡Oh! No te preocupes, me cogeré un taxi.

Me mira y su mirada no admite replica.

—Ahora te llevo —Mira al ruso y termina de hablar—. Nos vemos otro día, ya vamos hablando.

—¿Entonces nada? —pregunta decepcionado.

—No —afirma tajante.

Empiezo a ver un atisbo de ira en sus ojos. Se está cabreando.

—Bien, bueno, encantado de conocerte. Lo siento por haberte… insultado.

Arqueo una ceja y asiento, pero no le contesto. No me cae bien. Además no quiero ni pensar a quién habrá traído César aquí o en cualquier sitio donde este amigo suyo, le haya visto. No parecía demasiado asustado…

Se da la vuelta para irse, pero me deja completamente fuera de lugar cuando lo oigo que dice:

—Te pareces a la gitana Esmeralda, tu cara me suena mucho…

—Pues la tuya a mí no —contesto borde y tajantemente.

César le mira como si quisiera matarle. Está claro que han hablado de mí.

—¡Ah, ya sé! Te conozco, hace un tiempo que coincidimos...

Me guiña un ojo y se marcha. No le quito ojo hasta que desaparece. César me empuja dentro de la cochera.

—¿En serio tienes que irte?

No.

—Sí, mi madre llegó ayer y me estará esperando.

Hace una mueca de disgusto.

—Bien, pues si no nos queda otra, te llevo.

No le digo nada y comienza a vestirse. Sé que me nota demasiado callada, porque no para de mirarme de reojo. En cierto modo no tengo ganas de hablar, solo de preguntar y no sé si quiero saberlo, pero, esta noche intentaré indagar más sobre César Fernández.

Capítulo 13

Termino de alisarme la melena y me miro en el espejo satisfecha. César me dijo que me arreglase un poco más de lo habitual y así lo he hecho. Vestido marrón oscuro corto, zapatos negros y chaqueta de vestir a juego con mis mega tacones.

—¡Patri! ¿El bolso?

Mi amiga viene corriendo por el pasillo hasta llegar al dormitorio. Mi madre va detrás, cómo no. Sonrío, somos una panda de marujas, hasta mis antepasados son cotillas, es inevitable.

—Aquí está, ¡Uh! —chilla de asombro al verme— ¡Madre del amor hermoso!

—¡Ala! Estás preciosa hija mía —comenta mi madre asombrada.

Me giro para que me vean bien y pongo las manos en el aire teatralmente.

—¿Os gusta?

—¿Vas a una boda o a cenar? —se mofa mi amiga de mí.

—A cenar, o eso me ha dicho.

Mi madre me mira risueña y en parte se me parte un poco el alma. No sé si esta noche terminará todo. No sé si César me dirá algo que no me gustaría saber, pero por lo menos lo intentaré. Ha sembrado una duda muy grande en mí la conversación con el ruso.

—Anda que como luego te lleve al *Mcdonals*… —bromea Patri riéndose de mí de nuevo— se van a reír un poco de ti cuando entres en plan diva.

Le doy con el bolso que me acaba de dar en la cabeza y reniega.

—¡Au! Ya me callo, ya —chilla cuando mi madre le da una leve colleja.

—¡No le digas eso! Si le ha dicho que se arregle por algo será. No creo que sea tan mala persona de hacerle lo que estás diciendo.

—Y luego le dices al de la caja, por favor, póngame un *big* diamantes, ja ja ja.

Patri se va negando con la cabeza antes de que mi madre le dé otra colleja. Yo la dejo como cosa perdida.

—Mi niña, me encanta verte feliz.

Hago una mueca con los labios para decirle que sí.

—No sé por qué veis una cita de esa manera… ¡solo vamos a cenar!

—Ya…por algo se empieza.

Miro a mi madre de arriba abajo.

—¿Qué quieres decir? ¡Mamá, no delires eh!

—Ya veo a mis nietos correteando por mi casa —Empieza a divagar.

Pongo los ojos en blanco exageradamente.

—Mamá, nunca voy a tener niños, asimílalo.

Me apoyo en el marco de la puerta y la observo como niega una y otra vez. Cómo quiero a mi madre y lo difícil que me es mostrar mis sentimientos algunas veces. Ahora mismo me gustaría decirle que la quiero y no lo hago. Soy una idiota.

—Tienes que darme niños, son muy bonitos. Además seguro que a César le encantan.

Ahora sí que me río. Me acuerdo de cuando me vio en la farmacia con el test de embarazo y después cuando me pregunto. Su cara era un poema.

—Tampoco sabes si él será o no el elegido —contesto medio en broma.

—Tengo fe en que sí.

Niego con la cabeza enérgicamente. No tiene remedio.

—A César no le gustan los niños.

—¿¡Cómo!? —pregunta horrorizada.

—¿Y quién ha dicho que no me gusten?

Se me corta la respiración. Me giro y ahí está, mirándome de los pies a la cabeza.

Lleva puesto un traje chaqueta negro con una camisa azul oscura y una fina corbata gris.

¡Madre del amor hermoso! Creo que la mandíbula la tengo directamente descolgada.

—Dios…—comenta mi madre— ¡Vaya porte tiene el pichón!

César me mira y mete las manos en los bolsillos del pantalón de manera desigual. Le pido disculpas con la mirada por el comentario de mi madre.

—Mamá… —la regaño por lo bajo mientras tiro de ella hacia el dormitorio— dame un segundo —le pido a César.

Entramos y mi madre sigue todavía en *Babia*, pensando en el espécimen que está fuera esperándome.

—Hija mía, de todos los hombres con los que te he visto, ¡a este! —Señala la puerta— no puedes dejarlo escapar, ¡madre mía qué hombre!

—Mamá, solo me has visto con UN hombre —enfatizo ese un.

Se queda pensativa por un instante.

—También es verdad. No importa…

Para de hablar cuando la puerta se abre y entra Patricia Jiménez, ¡la que me faltaba!

—¡Diossssssss! ¡Qué percha tiene! ¡Virgen santa!

—Chisss chisss, ¡Que os va a oír! —intento calmar el ambiente.

—¿Has visto niña? ¡Madre mía, no se ha visto en otra igual!

La miro con mala cara.

—Gracias mamá —respondo secamente.

—¡Oh hija! ¿Pero tú has visto qué cuerpo, qué cara, qué de todo?

Lo dejo por imposible y salgo de la habitación diciendo adiós con la mano, mientras ellas siguen poniéndolo como si fuera un Dios griego o de una

especie rara que no existe en este planeta. Cierro la puerta y no le veo. Continúo el pasillo y llego al salón.

Está apoyado en la barra de la cocina de espaldas a mí. ¿Cómo puede estar tan bueno?

Esto no me está pasando a mí de verdad. Me pellizco en el brazo y duele, ¡idiota! Sí es real, sí. Observo cómo su perfecta espalda se marca en la chaqueta del traje haciéndolo aún más tremendamente sexy. No podría describir exactamente al hombre que tengo delante, es…un sueño…

—Hola —Sonríe de esa manera tan especial.

Viene hacia mí y por muy extraño que parezca no me muevo del sitio. Sigo con mis manos entrelazadas y veo cómo se acerca a paso decidido.

—Estás preciosa.

Coge una de mis manos y hace que me gire ante él. Sus ojos brillan más que nunca y creo que los míos también.

—Yo creo que mejor me guardo la opinión de cómo estás. Supongo que habrás escuchado alguna que otra cuando has llegado.

Asiente y se ríe con ganas.

—He intentado amansar la revolución que has liado, pero creo que he fracasado en el intento.

—Yo creo que también, ¿no vamos? —pregunta. Se acerca a mí peligrosamente y susurra en mi oído con voz ronca—. Como no salgamos ya, voy a arrancarte el vestido en medio del salón y no voy a reparar en montar un escándalo público…

—Cla…claro —balbuceo con la respiración a mil.

Pero antes de salir me gira y me besa con una dulzura impresionante que me desarma por completo. Paso mis manos por su pelo y él agarra mi cara con ambas manos para enfatizar este beso pasional. Ninguno de los dos parece querer interrumpirlo, por lo cual me obligo a mí misma a separarme.

—Si no lo dejamos aquí, no saldremos por esa puerta.

Hace un gesto de manera insignificante.

—Tampoco sería mala idea —contesta pícaramente.

Sonrío y tiro de él hacia la puerta, no sin antes despedirme del par de marujas que están asomadas desde mi habitación mirando la escenita.

—Adiós —canturreo.

César levanta la mano y se despide, las dos le contestan completamente embobadas.

Llegamos a un restaurante en el que no había estado en mi vida y tampoco sabía que existía. No es el *Mcdonals*…es un sitio elegante con un *maître*, demasiados cubiertos y muchos platos. De los que no suelo frecuentar demasiado si no es por trabajo. El *maître* nos indica la mesa en la que tenemos que sentarnos y nos dirigimos con él hacia ella.

—Ahora mismo les traigo la carta.

—Gracias —contesta César educadamente.

Entrelaza sus manos y me mira. Yo me pongo un poco nerviosa bajo

esa mirada de deseo.

—Bueno, háblame un poco de ti.

Jugueteo con el tenedor.

—¿Esto es una cita para conocernos mejor?

—Puedes llamarlo así —Se ríe.

Sé que ha tenido pensamientos distintos a los que significaba mi pregunta. Me empiezan a temblar las piernas y encima lo tengo en frente.

—¿Qué quieres sabes?

—No sé, ¿Qué haces aquí? ¿Cómo empezaste a trabajar con Olga? Cosas así.

—Bueno, mi vida no es muy interesante, estudié telecomunicaciones y *marketing*, cuando terminé los estudios me mudé a *Granollers* y desde entonces llevo tres años trabajando para ella. Antes de eso vivía con mi madre en *Córdoba*, que está en *Andalucía*. Como podrás observar ni estoy casada, ni tengo hijos, ni nada por el estilo.

Ni siquiera tengo un perro que me haga compañía.

—Hablando de eso…

Mierda…

—¿Enserio estabais hablado de renacuajos? —Arruga un poco el entrecejo.

—Mi madre es demasiado lanzada…

—¿Eres hija única?

—Sí y por lo que sé, tú también.

Asiente.

—No es que no me gusten los niños —Ahora es él, el que juega con el tenedor— , pero no son mi fuerte.

—El mío menos.

Se ríe y se incorpora un poco más hacia delante.

—Ya nos vamos entendiendo.

—Creo que sí.

Me mira a través de sus pestañas hasta que formula la pregunta. Me la esperaba.

—¿Y qué pasa con tu padre? —pregunta delicadamente.

—Bueno…—suspiro— mi padre…se fue a por tabaco y no volvió —le respondo poniendo cara de asco.

Enarca sus cejas y me mira sin entender mucho lo que quiero decirle. Suspiro, nunca me ha gustado sacar el tema de mi padre.

—César, no conozco a mi padre. Desapareció cuando yo tenía dos días de vida. Le pregunté una vez a mi madre y no volví a hacerlo nunca más. No soporté la tristeza que emanaba su rostro cuando quise saberlo, por lo cual, nunca hablamos del tema.

Suspira y me mira arrepintiéndose de su pregunta. Un silencio incómodo se hace entre nosotros. Decido romperlo. El tema de mi padre no va a estropearme la noche. El primer pensamiento que me viene a la mente es la

conversación con Dimitry.

—César, no te preocupes, es algo que está olvidado. ¿Y tú? ¿Qué me cuentas de ti?

Se pone tenso. Lo noto.

—Hay poco que contar —Juguetea con su copa.

Arrugo la nariz. No me lo quiere decir.

—Algo tendrás. ¿A qué te dedicas?

Es algo que me interesa realmente. Si no trabaja con su padre, ¿Qué hace supuestamente? ¿Cómo se gana la vida?

—A vivir la vida.

Vaya respuesta…

—Para vivir la vida necesitas trabajar, supongo.

—Supones bien —contesta sin más.

—¿Entonces?

Me está dando vueltas.

—Hace unos años estuve trabajando y digamos que conseguí juntar suficientes ahorros como para no trabajar en un tiempo.

—¡Vaya! ¿Un golpe de suerte tal vez? —me sorprendo.

—Puedes llamarlo así.

Me quedo un rato pensativa. No puedo preguntarle directamente por lo que oí, quedaría como una cotilla de tres al cuarto y en cierto modo no sé si me apetece saberlo.

—¿Por qué no tienes coche? —me atrevo a preguntar.

—Me apasionan las motos. Los coches me gustan pero no tanto.

—En coche se va más cómodo y no pasas frío —contraataco.

—No tienes por qué pasar frío si tienes a quién te caliente.

Se mete una aceituna en la boca de manera sensual. Madre mía, qué boca…me quedo embobada mirándolo.

—En un coche se pueden hacer más cosas —Las palabras salen solas de mi boca.

—Y en una moto también…

Ahora sí que me deja a cuadros.

—Veo que eres todo un experto…

—Supongo que tú también…

Me quedo pensando en la nada mientras él me observa detenidamente.

—Si me disculpas un momento, tengo que ir al servicio.

Me levanto con las piernas temblorosas y me dirijo hacia el servicio. Pero mis pies se quedan clavados en el suelo cuando me encuentro en la puerta del servicio a una persona…

Ismael.

Capítulo 14

Intento hacerme la loca y doy media vuelta, a lo lejos escucho mi nombre:

—¿Sara?

Sigo andando y no miro atrás. Llego a la mesa y cojo mi bolso bajo la atenta mirada de César.

—¿Qué haces? —pregunta pasmado.

—Te…ten...tengo que irme —balbuceo.

Estoy muy nerviosa, necesito salir de aquí cuando antes. César se reincorpora en la silla y me mira sin entender nada.

—Yo…lo…lo...siento, pero tengo que irme.

Estira la mano y coge la mía cuando voy a dar media vuelta para marcharme. No ahora no, por favor.

—¿Quieres decirme qué te pasa? Tranquilízate, ¡estás temblando!

Lo contemplo horrorizada y cuando giro mi cara a la izquierda me encuentro a Ismael que viene hacia mí a paso ligero. De su asqueroso rostro sale una sonrisa que hace que me ponga más nerviosa aún. César mira en dirección a dónde yo estoy mirando y me observa a mí.

—¿Quién es ese? —pregunta con un tono nada amigable.

No le contesto. Veo cómo se aproxima y salgo a toda prisa, pero en la puerta del restaurante me alcanza.

—¿Tienes prisa Sarita? —pregunta cuando llega a mi altura.

Lo repaso de arriba abajo. No ha cambiado nada. Sigue siendo el típico hombre de estatura media, demasiado delgado, sin ningún músculo que defina su cuerpo y con cara de pitillo. Parece un yonki. Su pelo rubio oscuro está un poco más largo de lo normal.

Me mira con esos pequeños ojos marrones. ¡Dios! No puedo ni mirarle. Aparto la vista de momento.

—S…sí, ya…ya…me iba —vuelvo a tartamudear.

Mi cara empieza a tornarse rojiza. Lo noto cuando mis mejillas comienzan a arder.

Parezco una imbécil, pero no sé afrontar una situación tan desagradable como esta. Y para rematar, su acompañante llega a su lado.

—Hola —saluda alegremente la chica.

Es rubia, alta y realmente guapa. Usará una treinta y seis de talla, tienes unas tetorras despampanantes y viste un bonito vestido demasiado corto para mi gusto de color rojo pasión.

—Soy Eva —extiende su mano y la miro horrorizada.

No se la acepto. Se da cuenta y la retira disimuladamente. Mientras, observo cómo Ismael me hace una revisión de los pies a la cabeza. Es la

misma chica, es la misma.

Me siento completamente estúpida y fuera de lugar. No veo a César por ningún sitio. Se habrá enfadado y con motivos. Soy una estúpida.

—Veo que no has cambiado nada —comenta Ismael.

Y lo que me dice a continuación hace que me sienta un poco más inferior todavía:

—Veo que sigues siendo la misma gorda que conocí hace un tiempo, porque realmente se me ha olvidado ¿sabes? Eres un recuerdo, un tanto asqueroso para mí. Deberías de plantearte lo de perder peso, creo que con esas caderas que tienes no vas a conseguir echarte novio en la vida ¿verdad que no, Eva? —le pregunta y Eva asiente sonriente. Le divierte la situación bastante.

Cierro los ojos lentamente. No quiero escuchar más. Voy a girarme para irme pero Ismael me detiene agarrándome el brazo. Su simple tacto me quema y aparto el brazo de manera radical de su agarre.

—¡No me toques! —siseo.

Levanta las manos a modo rendición.

—Sí, mejor será, no quiero que se te vaya esa cabecita que tienes de nuevo. Ya tuvimos bastante en su día. Todavía tienes que agradecérmelo…

Mientras lo cuenta me da unos leves golpes en la sien, vuelvo a apartarme.

—Déjame en paz —consigo decir sin balbucear.

—No quiero otra cosa. Solo perderte de vista del todo.

—¿Entonces para qué me llamas?

La ira empieza a bullir en mí, pero es imposible no sentir la humillación que me está haciendo pasar.

—Simplemente —contesta sin interés—, era para comprobar que seguías igual de fea y desaprovechada que hace años, me divierto bastante riéndome de ti, como lo hacía mientras me lo pasaba bien con Eva a tus espaldas.

Ya no soy capaz de articular palabra y lo peor de todo es que los ojos se me nublan de lágrimas como hacía mucho tiempo que no hacían.

—No sirves para nada, a la vista está, y nunca servirás —afirma despreciablemente.

Miro hacia otro lado, no quiero que me vean llorar. Giro mis talones y comienzo a andar cuando veo que un torrente de furia se dirige a él como un volcán en erupción y le propina tal puñetazo que cae al suelo.

—¡César!

Corro hacia él y cuando llego a su altura intento separarlos. Le está golpeando de tal manera que en el rostro de Ismael ya puedo apreciar sangre. Consigo coger a César del brazo y levantarlo de encima del cuerpo de Ismael. Está temblando.

—¡Como se te ocurra volver a insultarla de esa manera, te mato! —le amenaza.

Eva por su parte tiembla como una hoja y ayuda a Ismael a levantarse.

Este no dice nada solo se queja de dolor. César se gira y coge mi cara con ambas manos.

—¿Estás bien?

Asiento y las lágrimas empiezan a salir de mis ojos como caños. Doy media vuelta, me quito los tacones y echo a correr por la calle.

—¡Sara!

Oigo como César me llama a la lejanía pero no detengo mi paso. Necesito estar sola un momento.

Capítulo 15

Solo me da tiempo a llegar dos calles más abajo del restaurante cuando ya me ha alcanzado y me detiene con su mano firme.

—¡Espera! ¡Espera!

Intenta tranquilizarme. Pero no soy capaz de hablar, solo de llorar.

—Cálmate, por favor —Me acuna entre sus brazos.

Me separo de él de malas maneras y comienzo a soltar por mi boca de todo menos algo bueno.

—¡No! ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué yo? ¡Dime que es lo que ves en mí! —le grito.

Me mira sin parpadear.

—Cálmate, vamos a hablar —Intenta agarrarme.

Quito mi brazo y finalmente no lo consigue.

—¡NO! ¿Tú también quieres reírte de mí? ¿Eso es lo que quieres? —pregunto sin pararme a pensar ni lo que estoy diciendo.

—¿Por qué crees eso? —intenta mantener la calma.

—¡Por Dios! ¡MÍRAME!

—Lo estoy haciendo…

—¡No, no lo estás haciendo! No soy lo que se dice una chica con un buen cuerpo ni mucho menos, no soy simpática, ni cariñosa, ni nada que un hombre pueda desear. Algo que mucho menos puedas querer tú.

—No sabes lo que yo puedo querer, no digas tonterías. Ven.

Me alejo un paso más y hace lo propio, da un paso hacia mí.

—¡Déjame!

—¡No quiero! —Empieza a desesperarse— ¿Por qué demonios piensas así?

—¡MÍRATE Y MÍRAME, JODER! No soy nada parecido a lo que puedas querer como mujer y te aseguro que no me conoces bien…

Ahora lloro más todavía.

—¿A qué te refieres? —parece confundido.

Suspiro fuertemente intentando calmarme.

—César se acabó, no podemos volver a vernos más. No quiero más complicaciones en mi vida y tú solo me la estás complicando desde que te conozco.

—A mí me gusta que me compliques la vida de esa manera.

¡Ala! Me quedo mirándolo embobada y él aprovecha la oportunidad para llegar a mi misma altura. Se pega literalmente a mi cara y susurra mirándome a los ojos:

—No quiero una mujer como las que me estás describiendo. Me gusta cómo eres y prefiero seguir conociéndote, a pesar de todas las tonterías que

acabas de decir — reniega—. No sé por qué no te valoras más, porque lo único que yo veo es a una mujer preciosa…

Pasa su pulgar por mi cara y limpia el reguero que van dejando mis lágrimas. Sus labios se aproximan y devoran los míos haciendo que por un instante, olvide todo lo que acaba de pasar. Las piernas empiezan a temblarme por otra cosa distinta y una llama en mi interior reluce de nuevo.

—Y ahora necesito un sitio para poder sacarte esas tonterías de la cabeza…—susurra en mi boca.

Nos sentamos en uno de los bancos que hay cerca de nosotros y me preparo para hablar.

Está claro que le debo una explicación. Me mira, pero no me presiona. Me sorbo los mocos, ¡encima no llevo pañuelos!

—Hace un año le pillé poniéndome los cuernos con la chica que venía…—comienzo a decir.

—Es tu ex novio entonces —refunfuña un poco.

—Sí.

Miro al frente y en ningún momento aparto la vista de ahí. Esto solo lo sabe Patri y dudo mucho que se lo cuente a alguien más.

—Cuando los pillé se me fue la cabeza.

No me pregunta. Creo que ni respira.

—Di la vuelta y me fui a la cocina. Lo primero que pillé fue un cuchillo y con las mismas me dirigí al dormitorio…—suspiro—, no sé qué hubiera pasado si Ismael, no hubiera conseguido quitarme el cuchillo de las manos. Perdí demasiado los papeles…

No dice nada.

—Eva me puso una denuncia. Ismael la convenció para que me la quitara. Era lo mínimo después de todo el tiempo que llevábamos juntos —Cojo aire de nuevo—. Me puso los cuernos más tiempo de lo que yo me pensaba. Me atrevería a decir que desde que empecé con él. Yo estaba completamente enamorada, ¿sabes?

Asiente. Lo veo por el rabillo del ojo. También veo que me sigue clavando la mirada.

—Siempre estábamos discutiendo. Nunca llegamos a las manos por suerte, pero estábamos continuamente de broncas. No lo entendí hasta que vi que me engañaba. El muy cobarde no era capaz de dejarme. Quería que lo hiciera yo…

Sin esperar que diga nada puesto que no lo ha hecho continúo con el discurso de mi vida.

—Él, fue el primer novio que tuve y el único. Solo fueron dos años, pero para mí era una vida. No me hacía a vivir sin él. Siempre intentaba arreglar las cosas como una tonta, porque no sabía que me engañaba. Y lo peor de todo es que cuando me fui del piso donde ambos vivíamos, le eché de menos como una estúpida. Pensé en llamarle, arreglar las cosas…gracias a Dios que mi madre estuvo conmigo una temporada y me quitó esas tonterías

de la cabeza, si no, no sé cómo estaría ahora mismo.

Estamos unos segundos en silencio y al ver que no me dice nada termino de rematar la biblia en verso que le estoy contando.

—Ya ves, soy una loca que casi se carga a la amante de su ex novio. Mi vida es tan aburrida y está tan sumamente vacía, que no tengo que contarte nada más acerca de mí.

Soy lo que ves —me señalo—, una chica con curvas que nunca aspirará a ser modelo, borde, antipática y arisca.

Resoplo y me aparto un mechón de pelo de la cara. Empieza a preocuparme que no diga nada.

—Y ahora si quieres puedes levantar tu bonito culo e irte, lo entenderé.

Se levanta y por extraño que parezca empieza a entrarme el pánico. Pero me sorprende de manera considerable cuando se agacha y se pone de cuclillas para estar a mi misma altura.

—Yo no te veo de esa manera.

—¿A no? ¿Y cómo me ves exactamente?

Respira y con su mano levanta mi barbilla para que le mire.

—Veo a una chica con una belleza descomunal, que se valora muy poco. Veo a una persona risueña, un poco renegona de vez en cuando —Sonríe y hace que yo le imite—, pero con un gran corazón aunque algunas veces le falte un poco de cordura dependiendo en qué situaciones.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Pero me gusta —termina de puntualizar.

—Eres demasiado bueno para tener la pinta que tienes.

Ahora se hace el sorprendido.

—¿Y qué pinta se supone que tengo? Porque yo me veo bastante elegante con este traje.

Se ríe ampliamente.

—Con la gente pareces frío y distante. Un poco *macarrilla* y tienes cara de chico malo.

—¿Y contigo?

Le brillan los ojos de nuevo.

—Conmigo…eres demasiado cariñoso, atento y paciente, sobre todo paciente.

—Entonces no va tan mal la cosa ¿no?

—¿Se le puede llamar cosa a esto que tenemos?

Sus labios se curvan hacia arriba en una perfecta sonrisa.

—Sí, creo que de momento podemos llamarlo cosa, ya iremos viendo qué calificativo le ponemos después. Si te parece bien claro.

¿Me parece bien?

—¿Me estás insinuando algo? ¿No te preocupa que haya sido una psicópata?

—No me importa lo que hicieras anteriormente. Todos tenemos un pasado y debe quedarse ahí. Lo importante es el futuro…

—Entonces… ¿me estás pidiendo un futuro?

—Por lo menos lo podemos intentar, ¿no crees?

Se levanta y agacha su escandaloso cuerpo para abrazarme. Sigo sin creerme que esto sea real. Estas cosas no pasan en la vida real…

—¿Me llevas a casa? Creo que he perdido el apetito.

—Espero que no de todo…—aclara coquetamente.

Me río.

—Creo que no.

—Ya nos vamos entendiendo.

Nos dirigimos a por la moto. En el trayecto me encargo de hacerme ilusiones pensando en que a lo mejor este sea mi destino por fin, puede ser que deje de tener una vida vacía y oye, ¿por qué no intentarlo? Si sale mal, se quedará en otro mal recuerdo. Espero que esto último no pase, porque tengo claro que César me gusta. Me gusta y mucho.

Llegamos a mi edificio y para la moto. Me bajo y me acerco a él.

—¿Quieres subir? —pregunto nerviosa.

—Si me invitas…

—¿No te preocupa que esté mi madre la *saca conclusiones* y mi amiga la *súper cotilla*?

Suelta una carcajada.

—No, creo que podré afrontarlo.

—Bien, entonces vamos.

Subimos agarrados de la mano. Abro la puerta y me encuentro cuatro ojos mirándome de arriba abajo, antes de que entre dentro ya están interrogándome sin percatarse de que César está en la puerta.

—¿Dónde está el *machumen*? —inquiere mi madre.

—¿Qué habéis hecho? ¡Quiero saberlo todo! ¿Le has pedido el teléfono? ¿Habéis echado un polvo salvaje? ¡Cuéntamelo! —chilla histérica mi amiga.

Empiezo a sonrojarme. No hay manera.

—¡Niña! ¡Que soy su madre! Prefiero no escuchar esa parte, a mí me cuentas el resto, ¿te vas a casar?

Pongo los ojos en blanco e intento pedirles que se callen de una vez con la mirada, pero parecen no pillarlo, hasta que mi amiga me mira y achica los ojos.

—¿Por qué me estás mirando así?

—Porque estoy aquí —salta César—, buenas noches…

Tierra trágame…

Las dos se quedan mudas de momento. Me miran a mí y luego a él. Vaya papelón.

Cojo la mano de César y me dirijo hacia el dormitorio, mientras él, muy educadamente se dedica a contestar:

—El *machumen* que supongo que soy yo, está aquí, no me ha pedido el teléfono pero ya arreglaremos eso, no hemos echado un polvo salvaje, pero

también se puede arreglar y no, de momento no entra en mis planes casarme.

—¿Quieres dejar de darles cancha? —le regaño en mitad del pasillo.

Oigo a mi madre y a mi amiga cómo dice «ohhhh» ¡la madre que las parió a las dos!

—¿Te gustan los niños? —chilla mi madre a lo lejos.

Me paro en seco y le miro.

—¡Ni se te ocurra contestar! —le señalo.

—Es de mala educación no hacerlo —y chilla—. Sí, me encantan los niños.

Ahora sí que mi cara es un poema. Oigo como aplauden las dos pavas. Está a punto de darme un infarto. Entro dentro de mi habitación y echo los dos pestillos que tengo. Por si acaso. Respiro un par de veces y me giro para observar al *machumen* como dice mi madre.

—¿Estás tensa? —se atreve a preguntarme.

—Un poco.

—¿Necesitas desestresarte? —pregunta acercándose peligrosamente a mí.

—Creo que sí.

—En ese caso creo que soy un experto, si no me equivoco…

Me mira pilluelamente.

—No, no te equivocas.

—Bien, pues entonces, ¡manos a la obra!

Capítulo 16

Me despierto sobresaltada cuando oigo una música procedente del salón. *Los Pecos*.

Me asomo y veo a mi madre. Y…no puede ser…César a viva voz cantando con ella ¡con los bóxers y la camiseta puesta solo! Me apresuro a salir de mi dormitorio en cuanto me pongo lo primero que pillo. Corro por el pasillo y cuando llego al salón me encuentro a César con una pala para hacer tortitas en la mano y a mi madre con la fregona, los dos en plan micro. Mi amiga está descojonándose de la risa, pero muy metida en su papel de bailarina a la misma vez. ¡No me lo puedo creer! Me miran perplejos como si yo fuera el bicho raro.

—No me habías presentado a César ¡maleducada! —me regaña mi madre.

—Y a mí no me habías dicho que era fanática de *los Pecos* —me reprimenda el otro.

No entiendo nada. ¿Cómo le pueden gustar *los Pecos*? César no tiene pinta ni mucho menos de escuchar ese tipo de música, pero por lo que he oído se la sabía al dedillo.

—¿Os habéis fumado algo?

Estoy empezando a preocuparme. Mi amiga me mira.

—¡Vamos! ¡Únete a la fiesta!

Abro los ojos desmesuradamente.

—Voy…

Me cortan las dos a la vez.

—¡A FUMARTE UN PITILLO! ¡Ya lo sabemos!

Asiento.

—Ejem…eso.

Salgo a la terraza y hace un frío que pela para llevar un pantalón corto y una camisa de tirantes. Luego no me quiero resfriar…me enciendo un cigarro y absorbo una gran bocanada de humo blanco intoxicado.

—No deberías fumar…—oigo detrás de mí.

—Lo sé —contesto soltando el humo.

Me quita el cigarro y veo como se lo fuma él, ¡ala! Arqueo la ceja.

—¿Desde cuándo fumas? —pregunto extrañada.

—Desde siempre, lo que pasa es que tú no me has visto.

Me parece sumamente extraño, no le he sacado nunca sabor a tabaco en los besos y mucho menos le he olido. Oigo la puerta de la terraza abrirse y sale mi madre.

—Buenooooo, ¿Tú también fumas? Un punto negativo *machumen*…

—¡Mamá! ¿Quieres dejar de llamarle así? ¡Se llama César!

César suelta una carcajada y se dobla de la risa. Entro dentro y me dirijo al cuarto de baño para pegarme una buena ducha. Me deshago de mi ropa velozmente. Oigo la puerta abrirse y veo que César entra.

—¿Me puedo duchar contigo? Creo que después del gran esfuerzo de anoche necesito una buena ducha…

Me río…sí, la noche ha dado para mucho.

—Claro, pasa si puedes.

No es que sea demasiado amplio el plato de ducha, pero creo que nos podremos apañar. Observo cómo se quita la poca ropa que lleva y me quedo embelesada mirando todo su cuerpo. Es sumamente perfecto. Se acera a mí y ni siquiera me doy cuenta hasta que lo tengo justamente pegado.

—Tierra llamando a Sara…

Levanto la vista, que se me ha ido donde no debía.

—Es que…

—Me halaga saber que te gusta mi cuerpo tanto como tú a mí.

Pego un respingo cuando el agua helada cae sobre mi cuerpo y es imposible que no salga un grito del susto.

—Es para que se te enfríe el cuerpo un poco —Se ríe de mí.

Le doy un pequeño golpe en el hombro y como dos tontos nos reímos haciéndonos chinchar. Hasta que saltan esos pequeños fuegos artificiales que no podemos evitar. La risa se me corta de repente cuando veo sus ojos mirándome con autentico deseo. Agarro su pelo y tiro de él hacia atrás. Coge mis caderas y me empuja hasta que me encuentro entre la pared y él.

—El deseo que siento ahora mismo por ti es irrefrenable…

—Pues no lo reprimas…

—No sería capaz, así que por el bien de los dos, no chilles…

Tarea difícil, tratándose de la manera en la que César me hace sentir de tantas formas a la misma vez. Coge una de mis piernas y la entrelaza en su cintura, repite el mismo proceso con la otra y en un abrir y cerrar de ojos lo tengo dentro de mí. Lo que comenzamos no es algo delicado, es algo urgente y salvaje…

Sin ninguna prisa porque se acabe, continuamos devorándonos apresuradamente. Su dureza sale de mí y entra a una gran velocidad. Enseguida caigo que de nuevo, no hemos puesto ningún medio.

—César…

Parece que lee mi pensamiento.

—Lo tengo todo controlado…—responde roncamente.

Está claro que no es el mismo contacto piel con piel, que con una barrera por medio.

—Te recuerdo que ninguno de los dos quiere niños —Me apresuro a decir entre jadeos.

—Yo nunca he dicho que no los quisiera.

Levanto la vista y solo puedo negar con la cabeza, cuando mi orgasmo empieza a bullir en mí, a gran velocidad. César hace lo de siempre, se espera a

que termine y entonces, sale de mi interior para terminar.

Jadeando, me agarro a la pared de la ducha para no caer desplomada. Se acerca a mí y da un casto beso a mis labios.

—O salimos de tu casa, o nos vamos a tu dormitorio, dejo que lo elijas gitana.

Por un momento lo pienso, sería buena idea quedarse en el dormitorio todo el día, pero ayer entre revolcón y revolcón me dijo que le gustaría que le acompañase a su casa hoy.

Van a dar una especie de fiesta por la llegada de su primo Robert.

—¿Y perdernos la fiesta? —ojalá que diga que sí.

No me apetece para nada ver a su madre…pero este hace una mueca de disgusto.

—Cierto, no me había acordado, me nublas la razón.

Salimos de la ducha y voy a por Patri, necesito que alguien me acompañe y esa es ella.

Aunque César ha insistido en que no se separará de mí, prefiero tener a alguien de confianza cerca. Sobre todo sopesando que esa mujer vuelva a insultarme de nuevo.

Algo que dudo que no haga.

Me pongo un pantalón de pitillo negro y mi americana de vestir azul marina. Cojo los tacones negros y me maquillo un poco, no excesivamente. Rizo mi pelo por completo y ya estoy lista para la guerra.

—¿Nos vamos? —pregunta mi amiga.

—Nos vamos… ¡que Dios nos ayude con la madre!

—¿Con la madre loca? —Arquea una ceja.

—Sí —Pongo cara de asco.

—No te preocupes, si se pone muy pesada la emborrachamos de cualquier manera y la encerramos en el sótano.

Sopeso la idea.

—¿Y cómo sabes que tiene sótano?

—Por lo que me has contado, tienen una casa grande, por lo cual, ¡seguro que tiene sótano!

No puedo hacer otra cosa que reírme por las ideas de mi amiga. No sería una mala idea desde luego, el mal rato nos lo evitábamos. César se va primero y nosotras nos vamos en un taxi. Cuando llegamos a lo lejos veo a un montón de gente y empiezo a ponerme nerviosa. Me da un leve apretón en la mano.

—Tranquila, te dedicas a vender programas de *marketing*, estoy segura de que sabrás lidiar con toda esa gente si te lo propones.

—Eso espero —resoplo.

Salimos del taxi y comenzamos a andar hacia el jardín de la casa, donde se encuentra todo el mundo. Nadie pasa dentro, todos fuera, con el frío que hace…veo a César salir por la puerta de su casa y empezar a buscarnos. Va con su amigo, Dimitry.

—¡Hey! —nos llama.

—¿Quién es ese? —pregunta mi amiga arrugando la nariz.

—Es Dimitry…

—¿El que os pilló echando el polvo?

—Chissss —la regaño cuando lo dice demasiado alto y algunos de los asistentes nos miran.

Seguimos caminando, un poco más despacio claro, porque si no, no nos daría tiempo a terminar nuestra conversación.

—Sí, el mismo.

—Ya me cae mal. Ni me lo presentes. Después de saber que ha sido un maleducado….

¡verás como me diga algo!

—Relájate —le susurro— ¡Hola! —digo cuando llegamos a su altura.

César me planta un beso en la boca sin miramiento alguno.

—¿Qué haces? —le pregunto sorprendida.

—Darte un beso, obvio.

—Ya lo sé —contesto con retintín— como nos vea tu señora madre, verás.

Hace un gesto sin importancia. Entonces habla Dimitry:

—Bueno, ¿no me vais a presentar a la rubia?

De reojo veo como Patri tuerce el gesto. No nos da tiempo a contestar a ninguno, ya lo hace ella.

—No, ni falta que hace que sepas quién soy, rusito maleducado.

Y con las mismas se da la vuelta y se va. Dejándonos a los allí presentes de piedra.

—Perdona….es que mi amiga tiene un temperamento…

—Ya lo veo…—parece que le divierte la situación.

En sus ojos veo una chispa que no vi el otro día. A fin de cuentas no parece tan mala persona. Llegamos a donde se encuentra todo el mundo y al fondo veo a la madre de César…arrugo la nariz sin querer y él lo nota, pero no dice nada. Me ve en cuanto mira hacia su hijo y viene como una flecha.

—¡César!

Malo.

—¿Se puede saber qué hacen aquí? No te dejé lo suficientemente claro que no quiero que te juntes con…

No la deja terminar.

—¡Mamá! Sara es mi…

Me mira, ¿Qué soy? ¿Su cosa? Que bochornosa es esta situación…me mira a mí y luego a su madre.

—Es mi pareja —termina diciendo.

Su madre abre los ojos de tal manera que se le van a salir de las órbitas. Me mira a mí y luego a su hijo.

—César…—intenta mantener la calma.

—Se acabó esta discusión.

Me coge del brazo y tira de mí hacia otro lugar apartado de ella, dejándola con la palabra en la boca. A lo lejos veo a Carlos, hablando con la demás gente. Me mira y me hace un gesto con la mano para saludarme. Su madre se acerca a él y empieza a cuchichear, seguramente de mí ya que ambos me observan.

—Creo que no te vas a llevar bien con tu suegra nunca…

—Gracias por animarme Patricia…

—De nada —contesta ella chulescamente.

César viene con Dimitry que no le quita ojo de encima a Patri. Nos dan unas bebidas y brindamos para darles un trago. Llega un hombre a nuestro sitio y saluda a César y a Dimitry.

—Hola César. Cuanto tiempo sin verte. No sabía que te habías retirado del todo, una lástima. Hacíamos un buen equipo.

Otro ruso. Le estrecha la mano con fuerza. César se pone un poco tenso y no sé por qué motivo. Mis ojos se van a algo reluciente y llamativo que el ruso tiene en la mano.

—Hola Nikolay, supongo que seguiréis haciendo el mismo buen equipo con o sin mí.

Observo detenidamente el pequeño detalle que me ha llamado la atención. El hombre me mira detalladamente.

—¿No me presentas a tu novia?

César se gira.

—Sí, ella es Sara, Sara, Nikolay.

Le doy la mano al extraño y me quedo mirando fijamente su anillo. Él por el contrario me mira a mí y, en décimas de segundo, nuestras miradas se están encontrando, para quedar mirándonos fijamente.

—Me suena tu cara —anuncia con una sonrisa.

—A mí no —respondo más borde de lo que pretendía.

Me deshago de su mano. César, Dimitry y Patri nos miran un poco fuera de lugar. No entienden nada y yo tampoco.

—Voy a por algo de beber, ahora vuelvo —me disculpo.

Patri me acompaña.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Sigo pensando. He visto ese anillo en algún sitio y no sé dónde.

—¿Me puedes contestar? —pregunta desesperada.

—El anillo, lo he visto en algún sitio y no sé dónde.

—La gente puede tener miles de anillos iguales Sara, no empieces con tus conclusiones.

Me paro de sopetón. Patri choca conmigo y cae al suelo.

—Gracias por ayudarme a levantarme ¡eh! Nada, ya lo hago yo —se enfada.

—Ya sé dónde lo he visto antes…

—¿Dónde?

No puede ser…

Me mira para que se lo diga.

—Es el hombre que me pegó cuando atracaron la gasolinera, hace un año…

Mi mundo se empieza a partir en mil pedazos.

Minúsculos pedazos….

Ahora recuerdo de qué me sonaban los ojos de César. No había visto unos iguales en mi vida, excepto el día del atraco… Él fue el hombre que me dijo «tranquila, no voy a hacerte daño».

Los finales felices no existen…

Por fin abro los ojos…

Y me desmorono en mi propia miseria…

Capítulo 17

Manta, sofá, televisión y una caja de pañuelos es lo que me acompaña desde hace una semana.

Desde que dejé a César en aquella fiesta, sin darle ningún tipo de explicación. Ya tuve suficiente sacando mis propias conclusiones. Mi amiga Patri y mi madre han servido de mucho apoyo, lo necesitaba. Porque me he llevado otra desilusión más. Todavía me cuesta creer que César pertenezca a una banda de ladrones. Y lo peor de todo es que yo haya sido tan tonta, como para no darme cuenta antes.

—Sara…—me llama Patri.

Levanto mis ojos cansados de tanto llorar y la miro.

—César está abajo. Es el séptimo día que viene… ¿no crees que deberías hablar con él?

Niego con la cabeza. Junto mis piernas y me abrazo a mis rodillas.

—Dile que se vaya —suplico llorosa.

Se sienta a mi lado.

—Creo que deberías hablar con él. Por lo menos…darle una explicación, puede que ni sepa por qué…

La corto.

—¡No! No pienso hablar con él ¿Es que no entiendes que ya he tenido bastante?

—Claro que lo entiendo —intenta calmarme.

—No Patri. ¡No sabes lo que se siente cuando te enteras de que tu cosa, es un ladrón!

—¿Cosa?

Grito y me tapo la boca con la almohada.

—Sí, ¡Así nos llamábamos! ¡Porque no teníamos claro ni qué éramos!

Ella respira y coge mi mano.

—Aunque sea una última vez, creo que deberías decirle algo.

—No.

A cabezona no me gana nadie. No pienso hacerlo.

—Está bien, le diré que se marche —responde tristemente.

A las dos horas me encuentro dando vueltas en mi habitación, pensando y pensando en todos los momentos en los que César estaba conmigo. Hace menos de un mes que le conozco y ya ha puesto mi vida patas arriba. ¡Por eso una no puede enamorarse! No para de llamarme cada dos por tres. Finalmente aburrida de recibir mil llamadas y tres mil *whasapp* decidí apagar el teléfono móvil hace días. Ha estado viniendo desde el día que le dejé en casa de sus padres y me fui sin dar más explicaciones.

—Estoy harta de dar vueltas aquí…

—No tienes por qué estar encerrada en tu cuarto. Que no quieras verle no significa que no puedas hacer tu vida.

—No quiero encontrármelo…—me derrumbo en la cama.

—Te has enamorado completamente de él y yo sin darme cuenta —murmura.

—Supongo que sé disimularlo muy bien, aunque no me ha servido para nada.

—Estás cosas pasan Sara, no lo podemos predecir.

—Esto es una mierda…

Decidimos ir al cine a despejarnos un poco, lo necesitamos, pero no sé si será buena idea. Mi cara llorosa no pasa desapercibida ni con tres kilos de maquillaje. Intento adecentarme lo mejor que puedo, sin conseguir muy buen resultado. Cuando llegamos miramos la cartelera con cara de póker.

—¿Qué? —pregunta.

—No quiero nada romántico, ni de lloriqueo, ni nada que tenga que ver.

—Pues entonces… ¿vemos la de los *zombies*?

—Vale, me sirve. Por lo menos nos darán ganas de matar a alguien.

Sacamos las entradas y vamos al mostrador a cogernos un buen cartucho de palomitas y un refresco. Aunque ahora mismo me apetecería beber muchos margaritas. La sala está hasta la bola.

—¿Es que es estreno?

—No lo sé, pero está a tope. ¡Mira! Lo mismo ligamos.

—No tengo ganas de ligar, te lo dejo todo para ti.

Me mira y niega con la cabeza.

—Olvídalo. Es lo mejor Sara…

Me pasa un brazo por el hombro de manera cariñosa y yo sé perfectamente a qué se refiere. A mi ladrón de corazones. La frase le viene que ni pintada.

César.

—No quiero pensar en él, por favor, no me lo recuerdes —le pido.

—Lo siento, no es mi intención. Perdóname.

—Estás perdonada. Siempre.

Nos fundimos en un abrazo que no hace más que mis ganas de llorar salgan a la luz, pero no, no voy a llorar más, no se lo merece. Subimos las escaleras que llevan hasta la séptima fila, donde están nuestros asientos y nos acomodamos. La película empieza y todo lleva su trayecto menos mi cabeza. En la media hora que llevamos aquí sentadas, ni he probado una palomita, ni sé de qué va la película, ni nada de nada. Mi mente solo tiene a una persona rondando:

César.

¿Por qué no puedo olvidarme de él y listo?

Tampoco ha durado tanto…

Tampoco ha sido nada del otro mundo…

—¿Estás bien? —pregunta Patri.

—No lo sé. Creo que no ha sido buena idea salir.

—Claro que ha sido buena idea, date tiempo, ¡y no pienses!

Asiento. Es muy fácil decirlo. Pero no se lo voy a reprochar. Ella mejor que nadie sabe lo difícil que es olvidarte de alguien de quién te has enamorado.

Inmersa en mis pensamientos veo que como dos hombres suben las escaleras de cinco en cinco y buscan a alguien. No me percato de quienes son hasta que la imagen de la pantalla se aclara y le veo.

—¡Mierda! —maldigo.

—¿Qué pasa?

No doy pie con bola. Me intento agachar en el asiento. El ocupante de la silla de mi derecha me mira como si fuera un bicho raro y reniega.

—¿Qué pasa Sa…

Y se da cuenta.

—¡Mierda! —repite.

—Eso mismo acabo de decir yo. ¿Qué coño hace aquí?

—¿Buscarte? —pregunta irónicamente.

Una mujer de atrás nos regaña.

—¡Señoritas! ¡Silencio! Para hablar quédense en su casa.

Y todo el cine nos mira. Que bochornoso…

—¡Y usted métase la lengua en el culo! —le espeto.

Mi amiga me da un codazo, César me mira, la mujer abre los ojos como platos y niega enérgicamente diciendo cosas ininteligibles y el cine al completo sigue pendiente de nosotros. En dos segundos tengo a César y a Dimitry, ocupando el sitio de al lado de la mujer. Se pone de cuclillas detrás de mi asiento. Miro de golpe hacia delante.

—Sara…—me llama.

Le ignoro.

—Sara… —repite— por favor…

Patri me da con la mano en el brazo. La miro y me dice:

—Te está llamando —Abre los ojos para que mire hacia atrás.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Ya sé que me está llamando! ¿No ves que le estoy ignorando?

Hace una mueca de cansancio.

—Sigo aquí detrás…—comenta César.

—Lo sé, vete.

—No —contesta tajante.

—¿También te has colado? —pregunto con mala leche.

—¿Y eso que importa? Necesito hablar contigo.

—Yo no tengo nada que hablar, César.

—Yo sí…escúchame.

—Te he dicho que me dejes tranquila, ¿Qué parte no has entendido?

—Ninguna, no entiendo ninguna.

La mujer de al lado se vuelve a crispar y empieza a vocear al chico que

hay en la entrada del cine. De nuevo, todo el cine nos mira.

—¡No paran de hablar! —chilla desesperada.

—¡Señora! —espeta César hecho una furia.

—Ni señora ni leches, ¡váyanse a su casa!

—¡Que se calle! —vocifera César elevando demasiado la voz.

Mi amiga se ha puesto a comer palomitas como una cosaca mirándonos a nosotros. La mujer se ha quedado blanca como el papel y no se atreve a decirle ni mu. Está claro que la película somos nosotros y no la de la pantalla.

—¡Vete, no tengo nada que hablar contigo! —le chillo.

Esta situación es vergonzosa y quiero acabar con ella cuanto antes.

—No me iré de aquí hasta que me oigas…

Pero de repente aparece seguridad en la puerta del cine y los dos seguratas señalan a César y a Dimitry que ha venido con él.

—Creo que tú y tu amigo tenéis un problema —le explico sin mirarle.

—¡Mierda! —exclama César— Escúchame solo un segundo, si luego quieres mandarme a la mierda no volveré a molestarte jamás—comenta de manera atropellada.

El de seguridad llega justamente donde estamos nosotros.

—Tienen que salir del cine inmediatamente.

—Sabía que no tenías entrada.

—¿Y eso que coño importa? ¡Escúchame!

—¡NO! —grito.

—Señora relájese —me pide el de seguridad.

—¡No quiero relajarme!¿porque todo el mundo tiene que decirme lo que tengo que hacer? —grito desesperada.

—Sara tengo que contarte una cosa…

Pero el de seguridad no le da el tiempo que necesita, lo coge del brazo y lo arrastra literalmente por el pasillo hasta llegar a la escalera. No muevo ni un músculo.

—¡Pero déjele que hable! —grita mi amiga.

La fulmino con la mirada.

—¡Cállate! —le espeto de malas maneras.

Patri cierra la boca de sopetón. Y entonces solo oigo a César chillar escaleras abajo lo que dice.

—¡Sara! ¿Sabes por qué llevo el mismo tatuaje que tú? —cierro los ojos un instante— Sí, sí que lo sabes, estoy seguro que desde el primer día que me conociste supiste que me habías visto alguna vez.

—¡Cállese! —le grita el de seguridad malamente.

Se revuelve y se queda en mitad de la escalera deshaciéndose del brazo del chico de seguridad. Vuelve a intentar cogerle pero Dimitry se pone delante de él de manera amenazadora.

—¡Un momento joder! —le grita.

El cine entero nos mira, es horrible.

—En el atraco en el que estuviste hace un año yo estuve…—No puedo

mirarlo, no puedo— yo era uno de ellos, pero cuando vi que querían hacerte daño, supe que no podía permitirlo —Cierra los ojos como si lo estuviera viendo —. Tu imagen se quedó grabada en mi pensamiento de tal manera que me estaba volviendo loco. Me jure a mí mismo que algún día te encontraría —susurra—, porque me enamoré de ti en el mismo momento en el que te vi… y esto —comenta levantándose la manga de su chaqueta y mostrando el tatuaje —, esto es la muestra de ello. Por eso me lo hice, para que nunca pudiera olvidarme de esos ojos negros como la noche. Sara, no puedes dejarme…— musita en murmuro apenas audible.

No puedo pensar. El aire no llega a mis pulmones y no puedo respirar. El pánico se está apoderando de mí a grandes escalas. Me levanto de la silla bajo los ojos de miles de personas que me observan y comen palomitas como mi amiga hacía minutos antes, como si yo fuera el espectáculo.

—Ya lo he hecho.

Cojo mis cosas y salgo por la otra escalera en dirección a la salida. Patri corre detrás de mí hasta que llegamos a la calle. La cara de César antes de salir lo decía todo, decepción. Pero sobre todo, tristeza.

—¡Sara! —me llama mi amiga.

No le hago caso y sigo andando.

—¡Sara! —chilla más fuerte— ¡A ver si voy a tener que cambiarte el nombre para que me hagas caso!

Me doy la vuelta echa un huracán.

—¿¡QUÉ!? —vocifero más de la cuenta.

—¡Eso! ¡Chíllame! ¡Desahógate! Pero deberías de haberle escuchado.

—Y lo he hecho —confirmo.

—Pues no lo parece. Ojalá que un hombre me dijese a mí la mitad de las cosas que te ha dicho delante de toda esa gente.

Miro al suelo avergonzada. Suspiro fuertemente y me obligo a mí misma a no ponerme a llorar ya.

—Tengo que irme de aquí.

Capítulo 18

Llego al apartamento y mi amiga sigue mis pasos taladrándome por segundos. Intento no escucharla pero me es imposible. No se cansa y no para de repetirme lo mismo una y otra vez como un mantra.

—¡Eres idiota!

—Ya me lo has dicho como unas ochenta veces —replico cansada.

—¡Pues espabila! Parece que quieres pasar el resto de tu vida sola y amargada, ¿Por qué no me escuchas? —me chilla desesperadamente.

Paso por delante de la atenta mirada de mi madre, mientras mi amiga sigue con su erre que erre.

—Hola mamá —saludo sin ganas.

—Hola —susurra al ver cómo viene la otra.

—¡Sara! —vuelve a chillarme.

¡Estoy harta! ¡Se acabó! Me doy la vuelta hecha un huracán y la aniquilo con la mirada.

—¡Ya está bien! —respondo dejando caer mis brazos con los puños cerrados con demasiada fuerza— Por mucho que me diga, por mucho que haga, ¡NO DEJA DE SER UN LADRÓN! ¿Realmente esa es la vida que quieres para mí? ¿Eso es lo que me aprecias?

Por muy extraño que parezca abre la boca y la vuelve a cerrar.

—Claro, ahora no hablas porque lo estás viendo con más claridad —suspiro agotada —, no quiero saber nada más de él. El tema César queda zanjado aquí mismo. No quiero escuchar ni su nombre, punto y final.

Doy la vuelta y entro en mi habitación, cerrando la puerta de un golpetazo. Creo que retumba hasta el edificio. A los pocos minutos mi madre entra dentro. Me tapo la cara con la almohada. La que me faltaba.

—¿Puedo pasar?

Me reincorporo y la veo prácticamente en la cama.

—Un poco más y te subes encima de mí ¿y me preguntas si puedes pasar? —Arqueo una ceja para darle más énfasis— ¿En serio?

Resoplo. Ella mira hacia ambos lados y me sonríe un poco como diciéndome «bueno…»

—¡Clarooo! ¡Adelante, pasa mamá!

—¡No seas irónica!

—¡Y tú no digas cosas absurdas!

Achico un poco los ojos y suspira. Se sienta en la cama.

—No he venido aquí para darte la lata. Solo quería decirte que pensaras las cosas bien.

Puede que en un futuro te arrepi…

—Mamá, no voy a arrepentirme —aseguro sin dejarla terminar.

—Pero no sabes si…

—No quiero saber nada más, bastante he descubierto ya —la vuelvo a interrumpir.

Suspira agotada.

—Está bien, no quieres hablar —se levanta de la cama—, vamos a pasar estas navidades en casa de la tía Aurora, te vendría bien venir.

Sopeso la idea por un instante.

—Sí, me vendría bien, aquí no hago nada.

—Patri podría venir con nosotros así te despejas un poco.

—Tengo vacaciones hasta el día diez de enero, así que si quieres podemos irnos cuando quieras.

—Está bien. Llamaré a tu tía para decirle que somos tres entonces.

La tía Aurora vive en Santander. Me encanta la tranquilidad de allí y poder estar con ella un tiempo. No la veo demasiado y hace como cuatro años que no la visito. Así podré olvidarme de César y todo lo que me rodea desde hace casi un mes.

A las dos horas después de echarme una siesta un tanto satisfactoria salgo al salón, cuando escucho unas cuantas voces de mi madre hacia mi amiga.

—¡No podíais ser más marranas! —comenta esta a viva voz.

Salgo del pasillo y la veo con la cabeza metida en el mueble donde se encuentra el cubo de basura.

—¿Mamá?

—Yo creo que me voy…—se disculpa mi amiga saliendo por patas del salón.

Me acerco un poco más a ella.

—¿Se puede saber qué haces?

—¿Pero es que coleccionáis la basura para luego volver a comérosla?

—¿Cómo dices?

Me asomo un poco para ver el gran problema del que habla y solo veo una bolsa de basura hasta la bola.

—Mamá es una bolsa, no la hemos tirado porque todavía entra más, ¿es que no lo ves?

Mi madre me mira como si fuese tonta y resopla fuertemente.

—¿Te estás cachondeando de mí? —pregunta achicando los ojos.

—¿Y tú de mí? —le imito el gesto.

De repente saca el cubo de la basura y detrás de este, saca dos bolsas más…

¡mierda…! Se nos ha olvidado tirar la basura…

—¿Y esto? —pregunta moviendo las bolsas de basura poniendo la mano en el aire.

Al ver que no le contesto, las vuelve a agitar haciendo que empiece a expandirse un olor nada agradable.

—¡Mamá para!

—¡Sois unas guarras! —me chilla.

Pongo los ojos en blanco. ¡Bendita sea la hora en la que vino a mi apartamento!

—Se nos ha olvidado, ¡no solemos guardar basura!

—¿¡Seguro!? Porque yo ya lo pongo en duda…

Niego sin poder creerme lo que está diciendo. Le quito las bolsas de basura de la mano, me agacho y anudo la que está en el cubo. Doy media vuelta, cojo un cigarro, el teléfono móvil y abro la puerta de la calle.

—¿Adónde vas con el pijama? —vocea de nuevo.

—¡A tirar la puta basura! —contesto malhumorada.

—¡Te voy a lavar la boca con aguarrás!

Cierro de un portazo y no hago ni caso de lo que me dice. Enciendo mi pitillo y noto como el humo entra en mi pecho. Me acerco al primer contendor que hay a la vuelta de la esquina.

—La basura, la basura…—reniego entre dientes—, estoy para que me vea algún vecino con el pijama de flores verdes fluorescentes y el moño estilo *Marg Simpsom*…

Abro con demasiada fuerza el contenedor y lanzo las bolsas. Me giro y cuando voy a dar un paso más, algo falta en mi mano…

He tirado el móvil al contenedor…

Mi-er-da…

—¿Y ahora qué hago? —murmuro de mala gana.

Pues meterte en el contenedor…me dice mi conciencia. Me planteo las posibilidades y no me queda otra, no puedo permitirme comprar otro móvil nuevo.

Hago acopio de todas mis fuerzas y me giro hacia el maldito contenedor. Menos mal que no hay gente en la calle. Quien me vea… Lo abro y tengo que taparme la nariz de la peste que sale de dentro. Miro por encima pero ni de coña lo veo. Pongo mis manos en el filo del contenedor y me impulso, con la mala suerte de que se me resbala una y caigo al suelo de culo.

—¡Joder! —aúllo de dolor.

Lo intento de nuevo. Me levanto, me rasco un poco la zona afectada por el golpe y repito el mismo proceso. ¡Vamos no puede ser tan difícil! Pero lo es… En el segundo impulso no consigo nada más que quedarme a mitad del contenedor intentando parecerme a algo semejante a una serpiente. Bajo y resoplo, a la tercera va la vencida, estoy segura. Lo intento de nuevo y consigo coger el suficiente impulso, tal vez demasiado ya que al intentar meterme caigo de bruces dentro de él y la abertura del contenedor se cierra.

—¡Genial! —ironizo.

Espatarrada como me encuentro ahora mismo, intento estabilizarme, aparto la maraña de pelo que cae en mi cara y empiezo a tantear las bolsas que hay hasta que consigo semi incorporarme. Comienzo mi ajetreada tarea de buscar el teléfono, cuando consigo abrir el contendor y dejarlo fijo para que no vuelva a cerrarse. Después de llevar por lo menos cinco minutos apartando

bolsas de basura y encontrándome cosas indeseables por el camino, lo localizo. Voy a salir de él y dos ojos color miel me miran como si estuviera loca. ¡El que faltaba!

—¿Se puede saber qué haces dentro de un contenedor? —pregunta arqueando una ceja.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —pregunto apoyando mis manos en el filo, e imitando su gesto.

—Quería hablar contigo ya que no te has dignado ni a cogerme el teléfono, ni a esperarme antes en el cine…

Corto su discurso de manera tajante.

—Ni quiero hacerlo ahora. ¿Te has planteado esa posibilidad?

No me contesta. Intento salir del contenedor bajo su atenta mirada. Me pone nerviosa, demasiado.

—César… ¿podrías hacer el favor de marcharte? Me estás poniendo nerviosa y no puedo salir —Intento parecer lo más calmada posible.

—¿Y qué tal si te ayudo? —se ofrece con una sonrisa burlona.

Pienso. No me queda otra. Si no me ayuda alguien no creo que pueda salir de aquí.

Extiende su mano y como si fuera una pluma me saca del contenedor. Qué vergüenza…

me pongo colorada enseguida.

—¿Me vas a explicar qué hacías ahí dentro?

—Buscar esto —Le enseño el móvil—, y si quisiera, no tendría por qué explicártelo.

—Pero lo has hecho—asegura.

—Sí, lo he hecho. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo, pero lejos de aquí—hace un gesto despectivo hacia el cubículo.

Yo huelo igual de mal…

—Mira —Intento esforzarme para no ponerme a llorar aquí mismo—, creo que ya hemos dejado claro…

—No hemos dejado nada claro —me corta—, te recuerdo que te fuiste de la fiesta sin decirme adiós, te recuerdo que llevo una semana intentado hablar contigo y no me has devuelto ni las llamadas y tampoco has sido capaz de salir a decirme ¡algo! a la puerta de tu apartamento y para más inri te recuerdo, que hace unas horas he ido a por ti al cine y tampoco me has escuchado.

Suelta aire y me mira. Le observo sin decir media palabra. Cuando veo que ha terminado empiezo a hablar.

—Te escuché perfectamente en el cine.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

Empieza a cabrearse. Le voy conociendo mejor. Suspira y mira hacia el suelo para cerrar los ojos y luego mirarme a mí.

—¿Todos los días te dice alguien que se ha enamorado de ti?

—No —Ni en mis sueños.

—¿Entonces?

—Simplemente no te creo. No puedes enamorarte de una persona la primera vez que la ves, y mucho menos en… ¡un atraco! —contesto con rabia.

—¿Eso es lo que tú crees? ¿Acaso estás en mi cabeza para saberlo?

No pienso seguir con esta absurda discusión que no llegará a ningún puerto.

—Escucha César, se acabó. Lo que quiera que fuera para ti, un polvo, tu cosa, tu algo —respiro—, ya no existe. No existe porque no quiero estar cerca de alguien como tú, cerca de un ladrón.

—Te estás confundiendo, hace mucho que deje de ser un ladrón.

Y la conversación que tuvo con Dimitry me retumba en la mente. Escupo veneno por la boca sin darme cuenta de cuánto daño pueden hacer mis palabras.

—Ya claro, a ver si lo adivino —Cruzo los brazos por encima de mi pecho—, ¿lo dejaste cuando mataste a alguien? ¿Cuándo ya le habías hecho a una persona daño físico? ¿Piensas que robarle a la gente no es hacerle daño? —Me mira pero no contesta, lo he pillado por sorpresa—¡Vamos César, contéstame!

—No sé de dónde has sacado eso, pero te seguro que no es así, si me dejas que te lo explique podremos…

—¡No podremos nada, porque no hay nada!

—Sara…

Está bien. Necesito saberlo, ¿Qué necesidad tiene?

—No llego a entender qué necesidad tiene alguien como tú de ser un ladrón. ¿Acaso no tienen tus padres dinero suficiente? —ironizo.

Se pasa una mano por el pelo desesperado.

—Te estás equivocando. Nunca quise depender de mis padres y no lo voy a hacer ahora. Escúchame un momento…—suplica.

Le insto con la mirada para que continúe.

—Cuando era más joven empecé a juntarme con una gente que no era legal por así decirlo, finalmente me ofrecieron ir con ellos y acepte. Sé que eso me convierte en una mala persona, pero para mí, era la oportunidad de mi vida —dice avergonzado—. Sé de dónde has escuchado lo que me has dicho antes, pero te puedo asegurar que yo no fui; a Nikolay se le fue la mano y en uno de los atracos murió una mujer. En ese momento decidí que no volvería a ir con ellos nunca más…

—¿Y eso fue el golpe de suerte de que me hablaste? —Niego con la cabeza sarcásticamente.

¡Esto es increíble!

—Sara, ya no soy así, tienes que creerme, yo…

Le corto de manera radical. No quiero oír nada más.

—¡No! Escúchame bien, no quiero que me llames, no quiero que

vuelvas a buscarme y quiero olvidar todo esto, ¡TODO! Hacer como que no existes y superar que me has engañado, yo sola —digo auto señalándome—, ¡Sin tu ayuda!

Noto cómo sus ojos cambian. Está furioso. Pero no puedo estar con una persona que se ha dedicado a hacerle mal al resto del mundo. Ni loca. Aunque eso conlleve estar un mes más depresiva. Lo superaré.

—Recuérdalo como un simple polvo —contesto lo más fría posible—, y si el tatuaje que llevas, realmente es por mí, tatúate otra cosa encima, así podrás olvidarlo con más facilidad.

Respira profundamente.

—¿¡Es eso lo que piensas que hemos tenido!? ¿¡Un polvo!? Porque yo creo que había algo más y los dos lo sabemos —Se altera.

Y lo había de verdad…pero el mayor juez es el tiempo, el mismo que lo cura todo.

—Sí, solo ha sido un polvo. ¡Nunca ha habido nada más! —Intento hacer acopio de mis fuerzas.

Asiente con los labios apretados. Gira su preciosa cara a la derecha y mira a la nada, pensativo.

—Está bien.

Contesta finalmente. Mis ojos no se despegan de él. Aunque sea por última vez.

—Está bien —repite—, en ese caso, gracias por los polvos y hasta nunca —contesta fríamente.

Pasa por mi lado y se sube a la moto. No me giro para mirarlo. Solo lo hago cuando sin mediar palabra escucho como el motor ruge y arranca su moto, yéndose lejos de mí.

Entonces me permito observar como desaparece de mi vista para siempre.

—Adiós…—susurro con los ojos inundados.

Capítulo 19

Después de todas las navidades y todas las fiestas habidas y por haber en estas fechas, volvemos a la rutina. Las tres semanas las hemos pasado mi madre y Patri en la casa de mi tía Aurora. Lo he intentado llevar de la mejor manera posible y creo que gracias a ellas, he podido olvidar un poco el tema César. Él por su parte no ha hecho ninguna llamada ni nada parecido. Se ha tomado al pie de la letra lo que le pedí la última vez que nos vimos y, en parte, es algo que me alegra, solo en parte. He de seguir mi vida y así lo haré.

—¿Estás lista? —pregunta mi amiga a voces.

—¡Sí! Ya salgo.

Comenzamos con el trabajo, se acabó lo bueno. Termino de una vez de adecentarme y salgo de mi dormitorio.

— ¡Vámonos!

—Espera, se me olvida la chaqueta.

—Luego dices que yo soy la tardona —gruño cruzándome de brazos.

—¡Un segundo!

La escucho trajinar en el cuarto durante cinco minutos. No sale. Avanzo por el pasillo y me asomo. Está metida completamente en el armario.

—¿Se puede saber qué narices haces?

—Buscar mi chaqueta de vestir —refunfuña.

—¿No puedes ponerte una cualquiera?

—¡NO! —me grita.

Gesto que me extraña. Nunca se pone tan delicada. Ahora que me fijo, va más arreglada de lo normal.

—¡Oye! ¿Hay algo que tú no me has contado? —me acerco a su altura.

No contesta.

—Patricia…

Nada. Toco su hombro y no me hace ni caso.

—¿Por qué vas tan arreglada? ¿Y por qué no te conformas con cualquier chaqueta como siempre? —pregunto curiosa.

Me pongo en cuclillas para mirarla a la cara y esta, intenta evitar mi mirada.

—Tú has quedado con alguien…—murmuro.

Se hace la sueca.

—¡PATRICIA!

—¡Valeeeee! ¡Está bien! ¡Sí he quedado con alguien!

Me quedo ojiplática mirándola.

—¿Con quién? ¡Vamos cuéntamelo!

Un torbellino de hombres pasa por mi mente y se para en uno.

—¿No habrás quedado con el gusarapo de tu ex?

—¡No! ¿Estás tonta? —parece ofendida.

—¿Entonces? ¡Habla ya! —me desespera.

—Bueno, es que, mientras estábamos en casa de tu tía, me permití el lujo de meterme en una de esas páginas de buscar pareja…—explica avergonzada.

Arqueo una ceja. Vaya, esto es toda una novedad.

—Tú no necesitas eso.

Y es verdad, mi amiga es lo suficientemente guapa como para necesitar una página de ligoteo.

—Ya lo sé, pero no sé, me picó la curiosidad —Pone cara de «yo no he roto un plato en mi vida».

—Bueno, y ya puestos ¿quién es el afortunado?

—Pues no lo sé, esta tarde le veré. Hemos quedado para un café.

—¿Cómo te puedes fiar de esas cosas? ¿Y si es un asesino? —dramatizo.

Pero en cierto modo me preocupo por ella.

—¡No es un asesino!

—No lo sabes Patricia Jiménez —cuestiono con un tono de cansancio.

—Lo único que sé de él, es que casualmente tiene casi todos mis gustos y que es ruso.

—¡Vaya! Veremos a ver…

—Tranquilaaaaa —exclama cuando por fin encuentra la chaqueta.

Asiento pero no muy convencida.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Estás loca?

—¿Qué? Puedo ponerme en otra mesa en plan *C.S.I.* me llevaré las gafas y la gorra.

Se levanta de manera intimidatoria y me mira mal.

—Sara Martínez, como se te ocurra —Me señala con el dedo—, aparecer en la cafetería que no voy a decirte ni cómo se llama, ¡te mato!

Dejo la conversación para otro momento. No se irá sin decirme dónde está, o eso, o no la dejaré ir aunque me cueste una pelea con ella. No puedes fiarte de alguien que acabas de conocer por internet. Salimos del apartamento y nos encaminamos hacia las oficinas que están a media hora de dónde vivimos. Cogemos la boca del metro que tenemos frente al edificio y entramos en él. En medio de todo el bullicio de *Barcelona* en hora punta, el metro va hasta arriba de gente.

—No sé si vamos a poder meternos ahí —cuestiono cuando el metro se para delante de nosotras.

—¡Tú empuja!

—A lo burro como siempre…—pongo los ojos en blanco.

—Podríamos poner una hucha para comprarnos un coche, así nos evitaríamos esto.

—No sería mala idea.

—Lo malo es que la abramos para gastárnoslo en copas —comunica con una sonrisa.

—También sería una idea viable —la animo.

Me mira con esa cara de pilluela que tiene y me guiña un ojo. Entramos dentro del metro estrujando a la gente de cualquier manera. Me tocan por la espalda.

—Perdona…—me llama una voz masculina que no conozco.

Me giro y me quedo pasmada con el hombre que tengo frente a mí. Tiene el pelo negro corto despeinado, ojos oscuros, muy parecidos a los míos he de decir. Atlético y guapo a rabiar. En su perfecto rostro se marcan dos hoyuelos cuando sonríe, tiene una mandíbula ovalada e insinuante y unos labios finos completamente rosados.

—Hola —me hace un gesto con la mano para que le mire.

¡Uf! Manos perfectamente cuidadas, otra vez sonríe y se le marcan los dos hoyuelos en la cara, parece un niño bueno. Viste de manera informal con pantalones vaqueros ajustados y cazadora de cuero marrón. Le miro boquiabierta y de reojo veo como mi amiga está igual que yo, solo que con los ojos abiertos de par en par. Ambas nos miramos un segundo y en nuestro pensamiento se lee: Dios mío de mi vida, vaya *múscules*…

—Ejem… ¿dime? —aclaro mi garganta que se ha quedado más seca que la mojama y pregunto como si nada de lo acaba de pasar hubiera ocurrido.

—Tengo un problema…

—¿Y en qué podemos ayudarte? —pregunta Patri sin dejarle terminar la frase.

Mi amiga se pone de manera insinuante delante de él, haciéndose la interesante. Me quedo donde estoy y ella me coge del brazo empujándome hacia él.

—¡Au! —chilla el chico.

Las dos nos miramos y lo miramos a él. No entiendo nada hasta que me dice:

—Si no es mucha molestia, ¿podrías devolverme mi pie?

—¿Cómo dices? —pregunto sin entender a qué se refiere.

—Mi pie —Y señala hacia el suelo.

Entonces veo que tengo mi tacón encima de su pie.

—¡Oh! Ya decía yo que estaba blandito —Me sale una risita tonta.

Patri me endiña un codazo de los que duelen. Sé lo que quiere decir.

—Lo siento, lo siento. No pretendía pisarte —me disculpo.

Mi amiga asiente satisfecha. Y su lengua viperina empieza a hablar:

—Bueno, y ya puestos, ¿Cómo te llamas?

Me pongo roja como un tomate, en una décima de segundo. Ya sé por dónde va.

—Me llamo Rubén —se presenta con una sonrisa.

Este chico tiene pinta de estar siempre riéndose. O que le hacemos gracia nosotras.

—Encantada yo soy Patricia.

Le da dos besos y yo retrocedo dos pasos atrás. Ella vuelve a cogerme del codo y me empuja hacia delante. Rubén se da cuenta, pero me deja pasmada cuando pregunta antes de que mi amiga me presente:

—¿Y tú cómo te llamas?

Vale. Ahora me ha comido la lengua el gato. No soy capaz de articular palabra.

—Se llama Sara —Me empuja hacia él y ya de paso contesta por mí.

Lo que hace que me quede a escasos milímetros de su boca. Me quedo mirando sus labios y él hace lo mismo con los míos. Madre mía como huele este hombre, a gloria bendita sería quedarme corta.

—¡Vaya! Un poco más y en vez de darte dos besos tengo que darte uno —asegura mirando mis labios todavía.

Me sonrojo, pero no abro el pico.

—Bueno, puede pasar por una buena presentación —dice mi amiga.

Me giro rápidamente y la fulmino con la mirada. ¿Pero qué hace?

—Está soltera, así que puedes invitarla a salir.

Ahora sí que quiero ahogarla y matarla lenta y dolorosamente. Rubén baja el brazo de la barra superior donde estaba agarrado y sus escandalosos músculos vuelven a su sitio. Se pasa una mano por la barbilla sensualmente y me mira.

—Gracias por la información, amiga de Sara —expresa sin quitarme los ojos de encima.

—Patricia, me llamo Patricia —afirma esta.

No me aparta la vista. Me doy cuenta de que nos bajamos en la siguiente parada y aprovecho para escabullirme de esta situación.

—Patri nos bajamos en la siguiente.

Me aparto de Rubén y me dirijo hacia la salida, pero una de sus manos me coge del codo. Me giro, miro primero su agarre y luego a él.

—¡Espera! ¿Podríamos tomar algo algún día?

—Esto….yo…

—Tu amiga me ha dicho que no tienes novio, así que no me puedes poner excusas.

Ahora la que sonríe soy yo. Patricia y su boca.

—Podría estar bien…—confieso como si nada.

—¿Eso es un sí?

—¡Sí, eso es un sí! —vocifera mi amiga, haciendo que todo el vagón nos mire— ¡Toma su tarjeta! Está disponible a todas horas.

Pongo los ojos en blanco y Rubén se ríe con ganas.

—Te llamaré —contesta poniendo la tarjeta en el aire.

—Por la cuenta que te trae —amenaza Patri.

Niego con la cabeza, esta mujer es de lo que no hay. Salimos del vagón y nos despedimos de nuestro amigo entre risas por parte de los tres.

—¡Tíaaaaaaaaaaaaaaa! —me chilla.

—¿Quéeeeeeeee? —la imito.

—¡Está como un tren! Nunca mejor dicho —asegura viendo cómo se va el vagón y haciendo palmas en el aire. Todo esto incluyendo unos saltitos de alegría que me ponen nerviosa.

—Sí, la verdad es que no está mal, y deja de dar saltos —Pongo los ojos en blanco.

—¿Perdona? —Para en seco su ataque de saltos— ¿Necesitas que te compre unas gafas de culo vaso?

La observo y no puedo evitar que mis labios se curven hacia arriba.

—La verdad es que casi me da un *jamacuco* cuándo lo he visto.

—¡Ja! A mí casi me da un *flus*.

Entre los *jamacucos* y los *fluses* subimos las escaleras de la boca del metro a carcajada limpia. La gente nos mira como si estuviéramos completamente locas. En realidad estoy empezando a plantearme la posibilidad de que así sea.

Llegamos al edificio donde tenemos la oficina. Cuando entro saludo alegremente con los cafés en la mano que he comprado para todos.

—¡Buenosss díassss!

—Hola mi amorrrr —saluda Óscar en el mismo tono.

—¿Dónde está Olga? He traído cafés para todos. Supongo que hoy va a ser un día largo.

Óscar mira hacía la puerta del despacho. Está cerrada.

—¿Ya tenemos gente? Si no son ni las nueve…—murmuro.

—Es un cliente, estaba aquí antes de abrir y creo que es para ti.

—¿Para mí? Lo dudo, lo deje todo cerrado antes de irme de vacaciones.

—Ah, no sé, Olga me ha dicho que pases directamente cuando llegues.

—Vale —respondo un poco extrañada.

Me dirijo a la puerta del despacho y toco dos veces.

—Adelante —escucho a mi jefa.

La abro y la mandíbula me llega al suelo cuando veo quién y cómo está sentado en una de las sillas de la larga mesa.

Capítulo 20

—Buenos días…—saludo a regañadientes.

—Buenos días, ¿qué tal tus vacaciones? —pregunta mi jefa dándome dos sonoros besos.

Pero mis ojos no se separan en ningún momento del hombre que tengo en frente y que me observa con detenimiento. No parece él. Se ha dejado un poco de barba, la lleva completamente perfilada y es algo que le hace un poco más mayor, pero endemoniadamente sexy. Lleva un traje chaqueta a medida en color azul marino y una camisa blanca resalta el interior de su cuerpo. El pelo sigue siendo desenfadado como antes, creo que es lo único que no ha cambiado. A lo lejos puedo observar una pequeña perla brillante, incrustada en su oreja derecha. No la había visto antes, así que supongo que no la llevaría puesta. Mi corazón golpea con fuerza en mi pecho. Es la típica sensación que tienes cuando has estado con alguien y ese alguien se encuentra justamente delante de ti. Lo raro en él, es que no muestra ningún síntoma aparente de que le importe ni un poco siquiera. Intento hacer acopio de todas mis fuerzas y me pongo la mejor máscara que tengo para afrontar la situación.

—Bien, gracias —corto el tema.

No se lo voy a explicar y menos delante de él. Hago un gesto por encima del hombro de mi jefa y le saludo. Ella no sabe nada y no tiene por qué enterarse. Al menos eso espero, que no sepa nada.

—César…

—Sara…—me imita sin mover un músculo.

Mi jefa se separa de mí y me invita a sentarme a su lado.

—Quería comentarte que el señor Salas, no va a poder llevar el proyecto que teníamos en mano y, a partir de ahora, el que te hará la supervisión será César.

Perfecto…

Intento que mi cara no trasmita emociones por no alegrarme.

—Bien —me limito a decir.

Olga hace una mueca con los labios.

—Vale…—está notando la tensión, se podría cortar con un cuchillo—, pues si os parece bien os dejo solos y decidís cuando se empieza.

Asiento. No aparto los ojos de César, pero él tampoco de mí.

—Vale…—repite—, pues…me voy. Si necesitáis algo estoy…—comenta señalando la puerta un tanto desconcertada.

Ninguno de los dos contesta. Ni tampoco aparta la vista. Es una situación bastante incómoda, la verdad sea dicha.

Cuando Olga cierra la puerta, César se recuesta en el asiento y cruza sus brazos a la altura del pecho.

—Bueno Sarita, parece que vamos a tener que llevarnos mejor, por el bien de tu oficina, así que cuantas menos complicaciones tengamos mejor, ¿no?

Directo al grano.

—Sí, por lo que se ve, sí. Y por favor, me llamo Sara, o si lo prefieres, señorita Martínez y así lo hacemos más formal todavía —respondo sarcásticamente—, además, yo no tengo ningún problema, este es mi trabajo y lo respeto por encima de cualquier tontería.

Se queda mirándome pensativo. Echa su cuerpo hacia delante, descruzando los brazos.

—¿En qué momento se ha convertido mi empresa en una tontería?

Me levanto de la silla y pongo mis dos manos apoyadas en la mesa. Incorporo mi cuerpo hacia delante para darle más énfasis. Este no me conoce.

—En ningún momento he dicho que tu empresa sea una tontería que yo sepa. Puede ser —explico haciendo un gesto con la mano—, que tengas problemas de audición, pero ese no es mi problema. Y con las tonterías, me refiero a la tontería sin importancia que tú y yo tuvimos. Además, no pienso dejar que un niñato malcriado como tú, me diga que hago mal mi trabajo. Por lo cual, si no te interesa, ahí está la puerta.

Hago un gesto para que mire la puerta sin apartar mis ojos de los suyos. Hace una mueca de disgusto y se levanta de la silla. Me da igual que se vaya, lo prefiero, así no trabajaré a disgusto. Pero cuando creo que se va dar media vuelta y se va a ir, pone sus manos en la misma posición que la mía y se pega todo lo posible a mi cara.

—Ahórrese los improperios para otro si no le importa, le recuerdo que soy su cliente y le estoy pagando por esto un buen dinero —explica con prepotencia—, y a partir de ahora, para usted, soy el señor Fernández.

Reincorpora su escandaloso cuerpo y se dirige hacia la salida. Abre la puerta y me mira antes de marcharse.

—Quiero empezar mañana sin falta. Así que, a las ocho de la mañana, la espero en mis oficinas —parece que me esté dando una orden.

Me da igual perder el trabajo, no pienso permitir que este hombre mande en mí.

—Yo entro a trabajar a las nueve. Ese es mi horario —impongo con arrogancia—, si le interesa, nos vemos a las nueve, si no, le repito, ahí tiene la puerta de salida.

Suspira y asiente. No muestra ningún tipo de carisma. Esta frío y distante como nunca.

No conocía ese César ni de lejos.

—Está bien, pues nos vemos a las nueve, ni un minuto más, ni un minuto menos o rescindo el contrato.

—Muy bien —contesto con indiferencia.

—Adiós señorita…Martínez —se despide con cinismo.

—Adiós señor Fernández —contesto de igual manera.

Contemplo cómo sale por la puerta de la oficina y se despide de todo el mundo educadamente. Cuando cierra, seis ojos se giran hacia mí. Olga viene la primera, pero me sorprende su reacción más de lo habitual.

—¿Estás bien? —pregunta realmente preocupada.

—Sí, supongo que se ha oído todo…—comento un tanto avergonzada.

Me muestra una cálida sonrisa.

—Lo siento corazón, pero las oficinas no están insonorizadas…

—Entiendo.

Suspiro y me dirijo a mi mesa.

—Sara, si quieres puedo dejar otros proyectos y encargarme yo de la campaña — comenta mi amiga.

Me opongo en rotundo.

—No. Soy una profesional y como tal, haré mi trabajo. Si quiere guerra, la tendrá.

Además, sé que nos necesitan.

Si no lo hicieran y César quisiera deshacerse de mi empresa, ya lo habría hecho. Y no ha sido así, por lo cual, todavía tengo una baza en la mano. Nos necesitan.

Patri se dirige a mi mesa y se sienta en el filo. Pasa uno de sus delgados brazos por mi hombro y lo aprieta levemente.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, no ha significado nada, ni lo significará.

Suspira. Sabe que no es verdad. Sabe que consiguió que me enamorara de él.

—Ha estado un poco…

—¿Prepotente? ¿Insensible? ¿Arrogante? ¿Sigo? —pregunto con sarcasmo.

—No, exactamente a eso me refería.

—No entiendo por qué se empeña en seguir cerca de mí. No tiene sentido y menos cuando viene con estas formas.

—Cierto, no lo tiene. Piensa que es un negocio, te será más fácil.

Y eso haré. Lo tuve claro desde que entré en el despacho. Pero por nada del mundo me esperaba que estuviera él dentro. El teléfono me suena y salgo de mi ensueño. Es un número que no conozco, espero no tener más sorpresas por hoy.

—¿Diga?

—¡Hola! ¿Sara? —pregunta un hombre.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy Rubén, el chico del metro, ¿te acuerdas de mí?

Me río; como para no acordarme. Le hago un gesto a mi amiga para que sepa que me está llamando. Ella me dice con su particular lengua igual que la mía «¿no jodas?» le contesto que sí con la cabeza.

—¡Claro que me acuerdo de ti! A parte de que soy muy joven para tener demencia senil, casi te hago un agujero en el pie. Como para olvidarlo.

Oigo cómo se ríe desde el otro lado del teléfono.

—Sí, cierto, todavía me duele un poco —bromea.

—¡Ups! ¿Te invito a un café y arreglamos el tema?

—Perfecto, para eso te llamaba. ¿A qué hora sales de trabajar?

—A las seis, espero.

—Bien pues a las seis te espero en la puerta del trabajo.

—¿Y cómo sabes dónde trabajo? —pregunto sorprendida.

—¿Te recuerdo que tu amiga me dio una tarjeta de tu empresa?

Claro, ¡ *so tonta*!

—Ah, es verdad, se me había olvidado —Me río, soy absurda.

Terminamos la conversación y me quedo pensativa en mi sillón. Me recuesto hacia atrás y cojo el móvil con ambas manos.

—¿Y bien? —pregunta la cotilla.

Suspiro y las comisuras de mis labios se curvan hacia arriba.

—¡Tengo una cita! —le cuento alegremente.

A las dos nos sale una risita tontorrona, viene hacia mí y me abraza con fuerza, transmitiéndome todo el cariño que siente por mí. Por primera vez en unos días vuelvo a sonreír. Además, me apetece bastante acudir a esa cita.

A medio día Patri baja a la tienda de al lado de la oficina y sube unas cuantas cosas para comer. Suelta la bolsa de golpe haciendo que un ruido estridente surja de mi mesa.

—A ver si tenemos más cuidado…—gruño entre dientes.

—Lo siento —se disculpa sin darle mucha importancia—¿Dónde está todo el mundo?

—Olga tiene una reunión y Óscar está con un cliente en el centro. Estamos solas amiga.

Se sienta en la silla que hay por la otra parte de la mesa y comienza a sacar cosas de la bolsa. Lo primero que veo es una ensalada envasada al vacío. Arrugo la nariz. Lo segundo que veo son unos palitos crujientes integrales. Ahora alzo una ceja. Y lo último que veo son… ¡Unos puñeteros yogures bajos en grasa!

—¿Esa es la mierda que traes de comer? —pregunto con una cara de asco persistente.

Me mira escandalizada.

—Perdona maja, que tú no estés a dieta, no significa que los demás no lo estén.

Hago una mueca de disgusto y me giro hacia el armario bajo que tengo detrás de mí.

—¿Qué haces? Aquí hay para las dos.

—Como sabía que esto pasaría —explico agachándome para poder coger mi bolsa—, me he permitido el lujo de traerme la comida.

Pongo el tupper encima de la mesa. Suspira cansada y con una cara de desaprobación.

—Macarrones —afirma.

—Sí, macarrones —le confirmo moviendo el tupper frente a su cara, por si no lo ha visto claro.

—No tienes remedio.

—Ni tú tampoco —me burlo de ella.

Después de media hora entre comer y hablar de nada en particular, me bajo a la calle para fumarme mi cigarrito post-comida. Estoy mirando a la carretera, cuando veo a una persona que me suena a lo lejos. Conforme se va acercando puedo divisar quién es.

Dimitry.

Se para justamente a mi lado. Antes de abrir la boca, me inspecciona de arriba abajo.

Qué hombre más raro.

—Hola, ¿qué haces por aquí? —pregunto completamente intrigada.

—Pasaba por aquí y te he visto a lo lejos. Solo venía a saludar.

No me suena convincente. En ese momento mi amiga aparece de la nada.

—¿Qué hace este aquí? —inquiere sin ningún reparo.

Dimitry se la queda mirando pero no dice nada. Simplemente la observa detenidamente.

—En fin, es igual —comenta como si no estuviera—, se me ha olvidado decírtelo, mañana por la noche hemos quedado.

—¿Con quién? —no tengo ni idea.

—¿Te acuerdas de Berta?

Pongo cara de pasa. Claro que me acuerdo de ella.

—Sí…— contesto con desgana.

—Me ha llamado, quiere que nos veamos para cenar mañana. Seguramente vendrá Óscar con nosotras. Podrías decirle a Rubén que viniese.

Pone cara de triunfo y sé por qué lo ha hecho. Dimitry se lo dirá a César, de eso no cabe la menor duda.

—Ya veremos…—lo dejo en el aire.

—Bueno, yo me voy. Tengo una visita con un cliente y después… ¡tengo una cita! — anuncia emocionada.

—¿Con quién?

La voz del ruso nos hace mirarle a la vez. Patri se gira en un rápido movimiento y lo fulmina con la mirada.

—¿Y se puede saber a ti qué te importa con quién tenga yo una cita? —inquiere poniendo los brazos en jarras.

—Puede ser que sí me interese —contesta cruzando sus pedazo de brazos en el pecho.

Me quedo a cuadros observando la escena Patricia *vs* Dimitry. No tiene pérdida.

—Que yo sepa no me conoces de nada como para tener que darte explicaciones de mi vida…

No la deja terminar. Veo como el ruso se acerca a ella y le susurra justamente en el oído con la voz más ronca y sensual que he escuchado en mi vida, a parte de la de César:

—Tranquila fiera…

Mi amiga se queda de piedra. El rusito la mira, le lanza una sonrisa de las que le roban el aliento a cualquiera, retrocede sus pasos y se va.

Capítulo 21

—Esto…

—¡No! —me corta sin apartar los ojos de Dimitry que se aleja a gran velocidad.

—Patri…

—¡Qué no! —me corta de nuevo.

Entonces escupo las palabras lo más rápido que puedo, o si no, no terminaré nunca de decírselo.

—Sé que se te ha acelerado el corazón, ¡estaba notándote las pulsaciones hasta yo!

¡Madre mía con el ruso! ¡Vaya percha! Y ya no te digo nada de los susurritos que se marca el colega…

Estallo en una carcajada monumental, con lo que es ella, raro que no le haya cruzado la cara al instante. No se mueve. Me está empezando a asustar.

—¿Estás bien? —pregunto intentado dejar de reírme— ¿O todavía te dura el subidón?

—Necesito un café.

—¿Para qué? ¿Para acelerarte más? ¿O para animarte a dejar plantado a tu cita a ciegas e ir a buscar al ruso?

—¡No pienso dejar a mi cita plantado! —ahora sí me mira.

Hago un gesto con los ojos de entusiasmo que no pasa desapercibido para ella. Achica los ojos y me dice claramente:

—Aunque fuera el último hombre de la tierra, ¡jamás! ¡jamás! saldría con él ni una sola noche.

—Creo que no estoy de acuerdo. Está demasiado bueno.

Me observa durante una eternidad hasta que habla y entonces sí que es verdad que tengo que sujetarme la barriga debido al ataque de risa.

—¡Lo cierto es que me chorrean hasta las bragas! ¡Me ha puesto los pelos como escarpias!

—Ja ja ja. No me extraña, con ese susurrito calentón… ¡Me he puesto tonta hasta yo!

—Estás desatada, y comienzas a asustarme. Pero aunque te haya confesado esto, sigo reiterándome, jamás quedaré con él.

—Eso ya lo veremos…

Llegan las seis de la tarde. Desesperada por irme de este agujero, cojo mi bolso y mi chaqueta. Pero cuando voy a salir, la puerta de la oficina se abre dando paso a una persona poco deseada en este momento. Lo que me faltaba para rematar el día.

—Hola —saluda con desgana.

—Pues hola —contesto con sorna—, estoy cerrando, así que podemos

dejar el asunto para mañana.

Sigo recogiendo mis cosas y me encamino hacia la puerta. César me coge del brazo antes de que pueda reaccionar.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Ahora me tuteas? ¡Pues lo hablas mañana! Te he dicho bien claro que está cerrado…

—Y a mí me da igual que esté cerrado. Tenemos que revisar la propuesta de radio. No me gusta.

Este tío es gilipollas. Cada día lo tengo más claro.

—Pues tendrá que esperar a mañana.

—No.

—Sí —afirmo tajante.

La puerta vuelve a abrirse y cuando veo que es Rubén, suspiro. César lo mira como si el mismísimo demonio acabara de entrar.

—Hola —saluda con su particular sonrisa.

Qué guapo es. Debería de ser un pecado. O mejor dicho, ¡Alabados sean mis ojos que lo ven!

—Hola —contesto sonrojándome un poco y devolviéndole la sonrisa.

De reojo, puedo ver cómo César nos examina a los dos detenidamente. Su semblante se vuelve serio y juraría que está cabreado.

—Si quieres te espero abajo…

—Sí, mejor que la esperes abajo —le corta César.

Rubén dirige su mirada hacia el individuo que le acaba de hablar. Intento arreglar lo mejor que puedo esta situación tan molesta.

—No, no te preocupes, César ya se iba.

—No, no me iba —afirma.

Suspiro fuertemente. El pobre de Rubén nos mira a uno y después a otro. No entiende nada.

—Creo que lo podemos dejar para mañana a las nueve.

Intento dar un paso para salir de la oficina, pero César vuelve a agarrar mi codo. Esta vez un poco más fuerte.

—Te he dicho que no —intensifica ese, no— se puede dejar para mañana a las nueve— responde pegándose demasiado a mi cara.

—Y yo le he dicho que, sí —contraataco de malas maneras.

Veo como Rubén se aproxima hacia nosotros y me temo lo peor cuando César aparta su feroz mirada de mí, para obsérvale a él.

—Oye tío, no creo que sean las mane…

—No estoy hablando contigo —le corta de nuevo.

Rubén pone mala cara y da un paso hacia él. César no tarda ni medio segundo en imitarle el gesto. Prácticamente los dos son iguales de altos. Se miran fijamente a los ojos sin un ápice de alegría o calma en ellos. Decido intervenir.

—Tendrá que ser mañana señor Fernández. Ahora si me disculpa, mi horario de trabajo ha terminado, por favor, márchese.

César no aparta la mirada de Rubén, quién tampoco lo hace. Sale de la oficina dando un fuerte portazo. Entonces Rubén se gira para mirarme a mí.

—¿Todos tus clientes son así de energúmenos?

Intento quitarle hierro al asunto.

—Algunos. Está impaciente por la campaña supongo, ¿nos vamos?

No se queda muy convencido, pero me sirve para distraerle un poco del asunto y conseguir salir fuera de la oficina. Nos dirigimos andando hacia una cafetería que se encuentra a dos calles. Llegamos y nos sentamos en una mesa un poco apartada del resto.

—Bueno…ya estamos aquí.

No sé muy bien cómo llevar una conversación con alguien que no conozco, pero a medida que pasan los minutos, me doy cuenta de que Rubén lo arregla por sí solo. No para de hablar y preguntar cosas sobre mí. Le imito el gesto y me esfuerzo por seguirle, preguntándole cosas sobre él, pero en mi mente sigue estando el hombre que me lleva por el camino de la amargura.

—¿Te estoy aburriendo?

Me lo pregunta apoyando una de sus manos en su barbilla. Creo que no he visto gesto más sexy desde que tengo uso de la razón.

—No, para nada. A parte de que tienes más cuerda que un despertador, me he dado cuenta de que vives a quince minutos de mi apartamento.

—¡Vaya! Eso sí que es toda una casualidad.

—Cierto.

Me quedo mirándolo por instante embobada y me permito olvidarme del otro espécimen que ronda por mi cabeza todo el día. Rubén es el tipo ideal para una chica como yo. De eso no cabe la menor duda. Me ha contado que vive en *Barcelona* desde que tenía tres años, lleva viviendo solo desde hace tiempo, es arquitecto, tiene treinta años y lo mejor de todo es que es un romanticón.

—Así que… ¿eres un romántico emprendido? —pregunto con guasa.

—Sí —se ríe— ¿tú no?

—Si te refieres a si creo en el amor eterno, la respuesta es, no.

—Eso no puedes saberlo. El día menos pensado puede aparecer alguien especial…

—…que te haga una vida especial —termino por él.

—Efectivamente —Me mira risueñamente.

En sus ojos veo clara una cosa que antes no era capaz de descifrar en los hombres.

Seguramente porque nunca me fijaba en estas cosas. Le gusto. ¿Y por qué no decirlo? A mí me gusta también.

—Bueno, creo que ya es hora de que me marche. Tengo que coger el metro y voy a tardar un poco en llegar a casa…

—Si quieres te llevo yo, he traído mi coche —se ofrece amablemente.

—Me harías un favor si te digo la verdad, estos tacones me están matando —Hago una mueca de dolor.

Sonríe y se levanta. Extiende su mano.

—¿Nos vamos?

—Claro —afirmo con una sonrisa de medio lado.

Cuando me levanto, Rubén me coge de improvisto y me carga en sus brazos como cuando se cogen a las novias. Grito del susto.

—¿¡Qué haces!?

—¿No has dicho que te dolían los pies? —pregunta guasón.

—¡Bájame! —chillo riéndome— Nos está mirando toda la cafetería.

Niega con la cabeza y se gira conmigo en brazos para que nos puedan ver mejor.

—Se acabó el espectáculo, ¡nos vamos! —comenta a viva voz.

Como una tonta me río en sus brazos y salimos a la calle.

—Bájame, te vas a hacer daño, no tengo peso de pluma precisamente.

Le insisto, pero no suelto su cuello.

—¿Y eso qué más da? Si no, ¿para qué quiero tanto músculo? Estás son una de las ocasiones por las que reconozco, que es bueno ir a un gimnasio.

—Estás muy mal —bromeo riéndome— ¿así te ligas a todas tus chicas?

Ahora el que se ríe con ganas es él.

—No, para nada. Es la primera vez que lo hago.

—Mmm…—insinúo.

—Además, si quieres que te baje, ¿Por qué te agarras con más fuerza a mi cuello?

—Ja ja ja, es verdad, me has pillado. Se está muy a gusto aquí arriba.

—Ya lo creo que sí.

Aparca su audi A3 en la puerta de mi edificio. Me da pena marcharme. La verdad es que hemos pasado lo que quedaba de tarde muy a gusto. Abro la puerta para irme y Rubén coge mi mano. Haciendo que salten esas chispas interiores dentro de mi cuerpo.

—No sé si te apetecerá, pero…me gustaría volver a verte.

Sonrío y me agacho para verle mejor.

—A mí también me gustaría que fuese así —le confirmo.

—Bien, ¿Entonces…?

—Mañana tengo una cena con una antigua amiga. Va a venir más gente con nosotros, así que, ¿si quieres acompañarme?

—Claro, ¿a qué hora te recojo?

—A las nueve en punto.

—Como un clavo estaré aquí.

—No lo dudo.

Le lanzo un beso con la mano y él imita mi gesto. Subo a mi apartamento y me deshago de toda mi ropa. Necesito un baño de agua caliente y después acostarme en mi cama.

Tengo que descansar para el día que me espera mañana con César…

Capítulo 22

¡Las diez menos cuarto de la mañana! ¡Menos cuarto! ¡Cuarenta y cinco minutos, TARDE! ¡Esto es increíble! Empiezo a dar vueltas de un lado a otro. El hombre de seguridad de la entrada principal, me mira mal cuando apago mi quinto cigarro en el suelo. No hay ceniceros, ¿Dónde lo tiro? ¿Me lo trago? ¡Que ponga uno, no te jode!

—Le voy a matar, con mis manos, lenta y dolorosamente…—murmuro —, como llegues tarde rescindo el contrato —repito con una sorna bestial las mismas palabras que me dijo ayer.

Cansada de esperar y de andar como una loca de izquierdas a derechas, bajo los escalones y me propongo dirigirme a la primera boca de metro que encuentre para llegar a la oficina. Oigo el sonido de una moto pitar y me giro.

Ahí está.

Me indica con el dedo índice que me acerque y yo, para contestarle le saco el dedo corazón de manera vulgar. Sigo mi paso, pero antes de que pueda doblar la esquina lo tengo a mi lado.

—Teníamos una cita —asegura.

¡Me cagoooo en to me cago! No le contesto y sigo mi paso, creo que me sale humo hasta de las orejas.

—¿Me estás oyendo? —pregunta insistente.

Sigo andando. Y él sigue a mi lado.

—¿Que si me oyes? ¿O es que estás, SORDA?

Lo último me lo dice chillándome en el oído y ese es mi detonante. Me paro en seco y lo aniquilo con la mirada.

—¡SÍ!¡TE OIGO! —grito dejándome la voz.

—¡No me chilles! —contesta en el mismo tono.

—¡No me chilles tú! —exclamo dándole con el dedo en el pecho— ¡Llegas cuarenta y cinco minutos, TARDE!

—¿Y? —pregunta con indiferencia.

Lo mato, lo mato, lo mato.

—¿Cómo que, y? ¿Tú te piensas que mi vida y mi trabajo giran entorno a ti?

Hace una mueca de disgusto.

—La verdad es que entorno a lo que gire tu vida me la trae floja y en cuanto a tu trabajo… sí, ahora mismo soy tu cliente.

¿Me la trae floja? ¿Enserio me ha dicho eso?

—Pues a mí, me suda el *potorro* a chorretones que seas mi cliente —pongo los brazos en jarras y me aproximo un poco a él para darle más énfasis.

Si nos ponemos a ser vulgares de esa manera… ¡Nos ponemos los dos!

—No te pases…y deja de gritar —me pide calmadamente—. Vamos

dentro.

—No —me niego en rotundo.

—¿No? ¿Quieres que llame a tu jefa y le cuente que estás teniendo una pataleta en mitad de la calle?

—Haz lo que te salga de las narices —escupo.

—No te pases…

—¡Y tú deja de rozar peligrosamente el límite!

—¿Cómo de peligroso es? —pregunta sensualmente.

Está intentando desconcertarme, lo sé. Pero yo soy más lista que él.

—Muy peligroso.

Arquea una ceja cuando le contesto. No pienso darle más vueltas a esto.

—Vamos dentro, tienes diez minutos para decirme lo que quieras y después, ¡me largo!

Bastante tiempo he perdido ya contigo.

Como un caballo desbocado entro en el edificio y me dirijo a la sala de reuniones que sé perfectamente dónde está. César me sigue. Cuando me estoy aproximando pasamos por la puerta del servicio, donde me acorraló literalmente el segundo día después de conocerle. No sé cómo, pero se da cuenta de hacia dónde se dirigen mis ojos.

—¿Qué pasa gitana? ¿Los recuerdos asaltan tu mente? —inquiere con chulería.

Cierro los ojos y me giro lentamente para mirarle.

—Deja, de, tocarme, los, cojones —recalco cada palabra muy pausadamente.

—Menuda boquita tienes…

—La tuya no se queda atrás.

Entramos en la sala y el silencio se hace persistente entre nosotros. Se sienta en una silla y yo me pongo cuatro sillas más allá. Mejor estar lejos. Decido ser yo la que lo rompa. Cuanto antes termine, antes podré irme de aquí.

—¿Y bien?

—¿Qué? —pregunta recostándose en la silla.

—¿Que para qué me haces venir? —pongo los ojos en blanco.

—Ah, sí, empezaremos por la fiesta de adolescentes.

Arqueo una ceja.

—¿Para eso me has hecho venir? —no quepo en mi asombro.

—Sí —responde tan pancho.

Empiezo a notar cómo la ira bulle en mí y cómo mi cara comienza a arder de rabia.

Respiro e inspiro un par de veces antes de contestar.

—¿De qué coño vas César? —inquiero de malas maneras levantándome y dando un fuerte golpe en la mesa.

—¿Disculpa?

—¿¡Que de qué coño vas!? ¿Qué parte no has entendido?

Me masajeo las sienes durante lo que parece ser una eternidad para mí.

—Vamos a ver, ayer irrumpes en mi oficina cuando estoy a punto de salir porque es muy urgente, hoy, me haces esperarte casi una hora, ¡Y AHORA! ¿¡Me dices que empezamos con la fiesta de adolescentes!?

—Sí eso he dicho —contesta tan tranquilo.

Intento calmarme antes de seguir con esta conversación o ninguno de los dos saldrá bien parado. Pero el cabreo que tengo ahora mismo, no me deja ver más allá.

—Me voy —digo sin más.

Recojo mi bolso y mi chaqueta. Encamino mis pies hasta la puerta y César se pone delante de mí.

—Apártate — le pido sin mirarle.

—No.

Alzo la vista y veo como sus ojos me traspasan hasta límites insospechados. Achico los ojos y suelto un fuerte suspiro.

—César o te apartas o te aparto…—le amenazo.

—Inténtalo…—me reta con sus aires de chulo.

Me armo de valor para salir por esa puerta. Aunque para ser sinceros, repaso su cuerpo de arriba abajo un par de veces antes de intentarlo. Le empujo hacia un lado y no consigo moverle ni un músculo.

—¡CÉSAR!

—¡SARA! —me imita.

Lo intento con más fuerza y se mueve una milésima, pero es más rápido y antes de que pueda coger la maneta, me atrapa entre sus brazos y empuja mi cuerpo. Mi espalda choca con la amplia mesa central y mi cuerpo se arquea un poco hacia atrás. Lo tengo agarrado de los hombros, lo cual hace que caiga conmigo y nuestras bocas queden a escasos milímetros. Noto su respiración entrecortada en mi cara, y escucho los propios latidos de mi corazón, golpearme el pecho con fuerza. Durante una eternidad nos miramos directamente a los ojos sin decir ni una sola palabra. Y entonces, sin venir a cuento me besa salvajemente. Degusto sus labios de nuevo y dejo que nuestras lenguas jueguen al mismo compás, hasta que caigo en la cuenta del gran error que estoy cometiendo de nuevo. Golpeo su pecho con mis puños e intento apartarme de él lo antes posible o esto no terminará bien.

No, no puede ser.

—¡Déjame! —le grito en la cara cuando consigo separar mis labios de los suyos, sin dejar de golpearle.

Me coge las manos y las eleva por encima de mi cabeza, dejándolas atrapadas entre la mesa y su mano. Termino completamente tumbada con su escandaloso cuerpo encima.

—No quieres que te deje…—susurra sensualmente—, y lo sabes…

Al pegarse más a mí, noto un enorme bulto que crece por segundos. Mi cuerpo se acelera y empiezo a temblar. Esa conexión de la que siempre hablo comienza a aparecer, y sé que como siga por el mismo camino, me será

imposible pararlo.

—César…esto no…esto…no…—no me salen ni las palabras.

Su boca vuelve a atacar la mía desesperadamente y lo peor de todo… me dejo…

Noto cómo una de sus manos se introduce por debajo de la fina tela de mis bragas y toca mi sexo. El cual está ahora mismo excitado al máximo.

—Tu cuerpo no me dice que quieras irte…

Chupa el lóbulo de mi oreja y de un tirón noto como rasga la tela y la arranca de cuajo.

Jadeo. Oigo el «click» de su cinturón y cómo se baja la cremallera. Estoy a punto de desmayarme. Esto no debería estar pasando, pero mi cuerpo es traicionero y mis ganas de unirme a él, lo son más. Instintivamente cruzo mis piernas en su cintura, invitándolo a entrar en mi interior. No se hace rogar. Con una fuerte embestida entra en mí, haciéndome sentir las miles de sensaciones que he rememorado durante estos últimos días. Miles de calambres atraviesan mi cuerpo con cada acometida que da. Oigo como nuestros sexos chocan con frenesí y mi cuerpo reacciona de inmediato a sus agresivas sacudidas. Como dos salvajes nos movemos y gemimos sin parar, hasta que mi cuerpo se rompe en mil pedazos y cae por un precipicio de estrellas. Noto cómo su líquido caliente se esparce dentro de mi ser y jadeo aún más. Creo que es el mayor orgasmo de todos los encuentros que he tenido con él. Con un último bramido que me asegura que ha terminado, cae encima de mí, respirando entrecortadamente. Intento normalizar mi respiración, pero me es imposible. Lo único en lo que puedo pensar, es en cómo salir de aquí corriendo enseguida.

No me atrevo a mirarle a la cara.

No después de lo que hemos hecho.

Se reincorpora un poco y aprovecho la oportunidad para salir a toda prisa. Cojo mi bolso y mi chaqueta que se encuentran tirados de cualquier manera en el suelo de la sala y comienzo a correr.

—¡Sara!

Escucho como me llama desesperadamente pero no me paro ni por un instante a mirarle.

Después de esto me esperan de nuevo un par de semanas con manta, pañuelos y sofá…

Capítulo 23

Consigo llegar sana y salva a mi apartamento. Entro como un rayo en la terraza, saco mi paquete de tabaco del bolso y comienzo a fumar como una descosida. En mi mente solo se repite como un mantra: *«Dios mío, qué he hecho, Dios mío, qué he hecho»* y lo siguiente que mi conciencia me dice, para ayudarme un poco más es: « *te vas a arrepentir»*. No puedo explicar, ni entender como se ha desencadenado esa pasión tan brutal entre nosotros en dos décimas de segundo, bueno sí: los dos lo deseábamos. Y eso es lo peor de todo…

Me siento en una de las sillas de madera que tenemos y apoyo mis manos en la mesa, mirando el horizonte. En mis pensamientos solo está una persona: César Fernández. Me maldigo una y otra vez por ser tan sumamente débil y sucumbir a sus encantos de inmediato. Jamás había experimentado algo así con nadie, y en cierto modo un pánico aplastante se hace paso en mi interior. Ni siquiera había sentido una milésima parte de lo que siento por y con César, cuando estuve con Ismael…un huracán de sentimientos, azotan mi corazón haciéndolo sangrar. Después de llevar casi quince minutos balanceándome hacia delante y hacia atrás, oigo como la puerta de la terraza se abre y mi amiga se planta justo delante de mí. Arquea una ceja y agacha un poco la cabeza para mirarme a la cara. Yo sigo mirando el mismo punto que estaba observando hace unos minutos.

—Esto…—comienza a decir—, si no quieres que cenemos esta noche con Berta, lo anulo y ya está…—comenta con tiento.

No digo nada.

—¿Sara? ¿Te encuentras bien? —pregunta realmente preocupada.

Sigo sin contestar. Mi teléfono móvil suena y me pego tal sobresalto que hasta Patri se asusta.

—¡Joder hija! ¡Que solo es el móvil! —me regaña.

Con los dedos temblorosos lo saco del bolso. Gesto que no pasa desapercibido para ella, que ahora me mira más interrogante si es posible. Cuando por fin lo encuentro, lo saco y de los mismos nervios se me cae al suelo. Palpo el suelo como una desesperada y lo cojo. Patri no cabe en su asombro. Me observa atentamente con los ojos desmesuradamente abiertos. Miro la pantalla y veo que es Rubén. Respiro. ¡Es Rubén!

Aunque una parte de mí se decepciona al pensar que podía ser otra persona. Descuelgo inmediatamente:

—¿Sí?

—Hola Sara —saluda alegremente.

—Ho…hola… Rubén, ¿dime? —balbuceo.

No levanto la vista del suelo, por miedo a lo que pueda encontrarme en

la cara de la persona que tengo ahora mismo delante. Estoy segura que está escrutándome de tal manera que sería capaz de interrogarme hasta que le contase todo, aunque eso implicara no ir esta noche a la cena con tal de sacármelo.

—¿Sigue en pie lo de esta noche?

—Cla…cla…claro…—Parezco una gilipollas.

—¿Te encuentras bien? —pregunta extrañado.

—Eh…sí…—contesto poco convincente, entonces me acuerdo de a quién tengo delante — ¡Sí! —repito demasiado efusiva— Estoy bien, sí.

—Mmm…—No se lo traga—, vale, entonces, ¿a las nueve, no?

—Sí, a las nueve nos vemos aquí, hasta luego.

Cuelgo demasiado rápido, lo cual alerta más a mi inspectora. La miro por encima de mis pestañas y veo como me clava sus ojos intentando traspasar mi mente. Los achica cuando ve que no suelto prenda. Entonces respiro profundamente. No tengo escapatoria.

—Vamos a ver…—comienza a decir.

Empieza a andar de un lado a otro dando dos pequeños pasos. Se pone el dedo índice en la barbilla y da unos cortos pero precisos golpes en su labio. Se para un segundo antes de seguir su marcha e inspecciona el cenicero que tengo en la mesa.

—Uno, dos, tres, cuatro —Se acerca un poco más a él— ¡y cinco! Ese lo habías escondido bien porque casi no lo veo.

—Estaba lleno…

Corta mi excusa cuando me fulmina con la mirada.

—Sara Martínez…como suele pasar algunas veces, solo algunas —explica con retintín —, te he limpiado el cenicero… ¡Hace una hora! ¡Y estaba vacío!

Vaya pillada…

Hago una mueca de indiferencia.

—Tenía ganas de fumar… ¿Qué pasa? —me pongo a la defensiva.

—¿Tenías ganas de fumar, eh? ¿Y te fumas medio paquete? —Arquea una ceja. No se lo está tragando.

Frunzo los labios y pienso rápidamente en qué excusa puedo decirle más, pero ella se me adelanta.

—Estabas temblando como una hoja cuando te ha sonado el teléfono y seguimos contando con que te has fumado cinco cigarros. Me atrevería a decir que seguidos.

Tenías la vista perdida en el norte y no sé, pero me ha parecido que… ¡intentabas esquivar mis ojos!

Cómo me conoce esta mujer…

—Desembucha —pide calmadamente.

La miro, no pestañeo y creo que he dejado de respirar. ¿Cómo le cuento yo esto?

—Sara…—resopla.

Está empezando a colmársele la paciencia.
—¡SARA! —¡ala! Se acabó del todo.
—¡Esta bien! Es que…es que…—pienso en cómo decirlo.
—¿Es que? ¿QUÉ? —se crispa.
Suspiro y suelto una fuerte bocanada de aire. Mis pulmones se quedan vacíos. Me preparo mentalmente para decir a viva voz lo que acaba de ocurrir, hace una hora escasa.
—Me he acostado con César…—murmuro en un susurro que creo que no he escuchado ni yo.
—¿Cómo dices? —pregunta acercando su oído.
—Que me he acostado con César…—repito en el mismo tono.
Echa su cabeza hacia delante dándome a entender que no se ha enterado todavía. No me extraña.
—¿Podrías hablar un poco más alto? Solo he escuchado César…
—Pues ya tienes bastante —respondo alto y claro.
Abre los ojos de par en par y suelta una larga exclamación.
—No, no, no, no, y no. ¿No me digas…? ¿No me estarás diciendo…?
Se apoya en el muro. Lo suelto todo de golpe:
—Me he acostado con César de la manera más salvaje y bestial que pueda existir…
Se lleva una mano al corazón y veo cómo se agarra más fuerte al muro.
—¡Ay Dios! ¿Eso cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿POR QUÉ?
Suspiro y comienzo a relatarle todos y cada uno de los detalles del encuentro que hemos tenido esta mañana y de cómo ha sucedido. No da crédito a lo que escucha y temo que tarde o temprano, le dé un ataque al corazón.
—Dios mío de mi vida…—susurra.
—Sí, eso mismo estoy pensando yo…
Se hace un largo silencio entre nosotras, algo que nunca nos ha pasado. Creo que le está costando asimilarlo.
—Te juro que jamás en la vida me había pasado algo así, tan repentino, salvaje y…placentero…sobre todo placentero…
—No me lo puedo creer…
—Ni yo…
—¿Y ahora qué?
Me hace gracia su comentario, ¿Qué? Nada…
—Ahora nada Patri, ahora nada —repito mirando de nuevo al horizonte.
—Sofá, manta y pañuelos…—termina por mí.
Pero el estado de *shock* en el que me encuentro no permite ni siquiera que una lágrima ruede por mis ojos. Me dirijo a la ducha. Con suerte el agua helada hará que mis pensamientos se evaporen durante un rato. Lo único en lo que he de pensar es que todo esto se quedará en un recuerdo. Simplemente. Crearé una barrera para que no me afecte como la primera vez. No puedo

permitírmelo más…

A las ocho y media, después de una larga siesta y sin haber probado bocado en el almuerzo, me encuentro terminando de maquillarme frente al espejo de mi dormitorio.

Llevo puesto un vestido burdeos que llega a la altura de la rodilla más o menos. La larga cremallera de la espalda y el escote en pico, lo hacen condenadamente sexy.

Calzo mis tacones negros en mis pies y salgo al salón para esperar a mi amiga.

—Por cierto, con todo esto, no te lo he dicho.

—¿Qué pasa? —pregunto cansada y echando mis brazos hacia abajo.

—He invitado al vecino pelirrojo *gremlim*.

—¿No fastidies?

—Sí, para no ir sola. Tú vas con Rubén, Berta va con un acompañante…

—¿Berta está con alguien? —pregunto asombrada.

—Sí, por lo que me ha contado, parece algo serio. O al menos eso piensa ella. Y mira que me extraña, porque hablando claramente, es más puta que las gallinas.

Soltamos una estrepitosa carcajada a la vez. No podría haberlo definido mejor. Aunque suene vulgar y poco cortés, es la verdad.

—No me lo puedo creer…—confieso asombrada.

—Ni yo hija, ni yo.

—¿Y quién es el afortunado?

—Pues no lo sé. Lo único que me ha dicho es que es un pivón de cuidado. Y no creo que nos engañe, ya sabes con quién se relaciona ella habitualmente…

—Pues pobre chico —aseguro apenada—, va a limarse los cuernos con el techo en dos días…

—Sí, pero bueno, siempre podemos decirle que si quiere una lima. Así no se hará daño.

Nos reímos de nuevo por nuestras ocurrencias. Pero es cierto. Berta nunca ha sido fiel a nadie, según ella, porque no podía. No se resistía a tener sexo con otras personas que no fuesen su pareja. Surrealista, pero incuestionable. Llaman al porterillo y damos por finalizada nuestra conversación. Me pongo al teléfono. Es Rubén.

—Patri, te espero abajo con Rubén.

—¡Vale! Y ya puestos…intenta no tirártelo en el capo de su coche.

—¡Oye! —la regaño.

—Que no lo digo por nada, pero como últimamente estás tan… desmelenada…

Niego con la cabeza. Es un caso. Bajo en el ascensor y cuando las puertas se abren le veo apoyado en la puerta del portal. Está guapísimo y demasiado sexy a la vez. Lleva una americana en color gris oscuro y unos

pantalones vaqueros completamente ceñidos.

Le marca un trasero de infarto. Salgo a recibirlo.

—Buenas noches —saludo de manera afectuosa.

—Buenas noches Sara —sonríe de medio lado.

¡Ay, que sonrisa! Desarmaría a cualquiera. Me da un beso en la mejilla reparando demasiado tiempo a mi parecer. No me molesta. Es un gesto cariñoso y de momento no quiero interpretarlo como algo más que una simple amistad.

—¡Vaya! Estás fantástica.

—Gracias, tú tampoco te quedas atrás…—sonrío pícaramente.

Eleva las comisuras de sus labios de nuevo y niega con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que estoy elegante?

—Apetecible más bien.

Las palabras salen solas de mi boca. Me doy cuenta cuando comienzo a sonrojarme y él lo nota cuando comienza a reírse con ganas.

—Perdona, no sé cuándo me he vuelto tan descarada —Me avergüenzo un poco.

Solo me ha faltado subirme en lo alto del capo como dice mi amiga, abrir las piernas y decir: ¡Toda tuya!

—No eres una descarada —se pega un poco a mi oído, haciéndome estremecer—, entonces mejor yo no te digo lo que pienso, ni lo que haría con ese vestidito que llevas.

A medida que avanzaba mis ojos se abrían a cada segundo más y más.

—¡Vaya piropo! Si queréis podéis quedaros en casa, está vacía.

Comenta mi amiga. No sabemos en qué momento ha aparecido en escena, pero está claro que lo ha escuchado todo.

—En otro momento —contesta Rubén sin ningún reparo.

Cierro los ojos y sonrío un poco. La situación no es para menos. Escucho a mi amiga resoplar.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Pues que el…—se calla de golpe— Ejem…—carraspea—, Eduardo, Eduardo— repite—, que se retrasa…

Me mira con ojos de complicidad y no puedo reprimir la gran carcajada que bulle en mí. Rubén nos mira a las dos.

—Creo que no sé si quiero saber por qué te estás riendo —asegura como si nada.

—Mejor que no —respondo tocándole el brazo.

Gesto cariñoso que no pasa desapercibido para nadie. Rubén aprovecha el momento y posa su mano en mi cintura para dirigirme al coche.

—¿Te vienes? —pregunto.

—¡No! Ahí está — Señala el vehículo que se aproxima.

—Bien, nos vemos allí.

Me abre la puerta del copiloto, con un asentamiento de cabeza y una dulce sonrisa le doy las gracias. Por un instante pasa por mi cabeza una

tontería. Me acuerdo del trasto infernal, y en cierto modo lo echo de menos.

A las diez en punto estamos aparcando justamente en la puerta del restaurante. Nos bajamos y dirigimos nuestros pasos hacia la entrada principal. Entramos y a la primera que veo es a Berta. Va con su perfecto pelo negro recogido en un moño demasiado fino para mi gusto. Lleva puesto un vestido de color rojo pasión completamente adaptado a su cuerpo de *barbie*, pareciendo una segunda piel. Los tacones de diez centímetros que lleva hacen que tenga dificultad al andar, pero lo disimula. Las mujeres siempre observamos esos detalles y a nosotras mismas no se nos puede engañar.

—Aquí viene la reina del mambo…—explico con desgana entre dientes.

—¿No te llevas bien con ella? —susurra para que nadie le oiga.

—Digamos que no es santo de mi devoción —murmuro más bajo ya que la tengo en frente. Cambio de tema de inmediato— ¡Hola! —saludo alegremente.

Rubén me mira y se ríe. Con los ojos me ha dicho claramente: « *eres más falsa que una moneda de cinco euros*». Se ríe aún más, lo cual no me preocupa. Ha pillado la indirecta. Se suelta de mi abrazo y posa sus ojos como una leona en Rubén, que tiene los brazos cruzados en el pecho. Lo que hace que sus tonificados músculos se marquen de manera exagerada.

—¿Y este pedazo de hombre quién es? —pregunta sin vergüenza ninguna mirando a Rubén.

—Es Rubén, Rubén esta es Berta, mi amiga —les presento con un poco de sarcasmo que solo nota él.

—Hola, encantada de conocerte guapo…—se insinúa— ¿Y qué tiene este hombre que ver contigo? Porque nunca te he visto con alguien con este porte —asegura coquetamente.

Rubén ni pestañea. Pero yo me he quedado en blanco. Al ver mi cara, contesta por mí, echándome una mano:

—Soy su pareja, su amigo, su amante…—esto último lo afirma de manera muy sensual.

Abro los ojos y lo miro por encima del hombro de Berta reprimiendo una risotada.

Pagaría por ver la cara que tiene ahora mismo. Pero como se ha puesto delante de mí, me es imposible.

—Vaya…—comenta cortada.

Se gira para decirme algo, pero otra cosa la distrae, hasta que la escucho decir:

—¡Cariño! No sabía que estabas aquí, te presento a unos amigos.

Observo como la cara de Rubén ha cambiado completamente, no entiendo el motivo, así que, me giro para ver de quién se trata y cuándo veo quién es casi me muero.

César.

Capítulo 24

Alucinada me concentro en observar como Berta se pone al lado de César y lo coge del brazo. Con la otra mano acaricia la americana que lleva, toqueteándolo demasiado.

César me mira con una expresión de impotencia y apatía que me dejan *patidifusa*. Noto cómo tiene la mandíbula apretada y es algo que me desconcierta. ¿Si sientes desinterés por alguien, porque eso es lo que me muestran sus ojos, porque me da la sensación de que está enfadado? Berta se recoloca un poco el vestido y da un paso al frente, sin soltarle.

—Bueno estos son…

No la deja terminar.

—Ya nos conocemos…—confiesa con desgana.

—¿A sí? —pregunta desconcertada.

No abro el pico.

—Sí, Sara —comenta con pesar mi nombre—, lleva el *marketing* de mi empresa y él… —explica levantando levemente la cabeza de manera despectiva—, por lo que acabo de escuchar es su…—piensa por un instante y continúa con sorna—, su pareja, su amigo, su amante…y no sé si tiene algo más que añadir.

Vaya situación más incómoda. César mantiene en todo momento las manos metidas en los bolsillos de su pantalón vaquero de manera chulesca. De esa que siempre hablo:

pareciendo un chico malo.

—Sí —contesta de pronto Rubén—, seguramente podría añadir muchas más cosas. Pero me las reservo solo para ella.

Me coge posesivamente de la cintura. Un gesto que no pasa desapercibido para César, que en el momento pone sus ojos en la mano de Rubén.

—¿Y desde cuando sois pareja, ya puestos a decir? —pregunta César con una arrogancia clara en su voz.

—¿Te importa? —contesta Rubén a la defensiva.

Entonces el momento que no había pasado en mi mente hasta ahora, me atraviesa como un rayo. Me he acostado con él, esta mañana… Parece leerme el pensamiento cuando dirige su mirada hacia mí.

—No mucho la verdad.

Berta empieza a sentirse incómoda y lo noto cuando veo cómo me mira preguntándome:

« *¿Qué demonios pasa?*» Hago como no he entendido su indirecta e intento romper esta horrible situación de cualquier manera.

—¿Cenamos?

—Claro —responde Rubén sin apartar los ojos de César de manera amenazadora.

Llegamos a la mesa que tenemos reservada y con suerte no me caigo al suelo desplomada. He de decir que gracias a la mano de Rubén que me tenía sujeta. Estoy hecha un flan. Patri se sienta a mi lado. No sé en qué momento ha llegado, pero no me había percatado de su presencia.

—Vaya panorama…—murmura muy bajo.

—Ni me lo digas…

—No sé qué ha pasado, pero quiero que luego me lo cuentes todo, con pelos y señales…

Le doy un leve pellizco por debajo de la mesa, cuando César dirige su mirada hacia ella, debido a que ha elevado el tono un poco más de la cuenta. Aunque al parecer es el único que lo ha oído. Berta se encarga perfectamente de ser la protagonista de la cena.

Terminamos de cenar y harta de escuchar las miles de tonterías que esta mujer suelta por su boca, decido apartar mi plato.

—No has cenado nada —me comenta Rubén.

—No tengo demasiada hambre —contesto con una sonrisa leve.

—¿Y eso? —pregunta mirando de reojo a César.

Intento inventarme una excusa que suene convincente antes de contestar.

—He picado algo antes de salir de casa.

—No deberías haber hecho eso —me regaña con una bonita sonrisa.

Me quedo embobada mirándolo por su tono tan tierno. Se mete un trozo de su bistec en la boca sonriéndome y da un casto beso a mi frente. En compensación a ese gesto le lanzo una sonrisa. Cuando giro mi mirada hacia el resto de comensales, veo como César me observa sin ninguna prudencia. Está enfadado. Se le nota bastante.

Después de una noche de tensión y miraditas, creo que es hora de fumarme mi pitillo habitual, que esta vez, será, por partida doble. Menos mal que ninguno de los dos ha abierto la boca y que por esa parte he estado un poco más tranquila. Si no, *la matanza de Texas* no hubiera tenido comparación con lo que podría haberse montado esta noche aquí.

—Si me disculpáis, voy a fumar.

—¿Te acompaño? —pregunta Rubén cortésmente.

—No te preocupes, hace frío y tú no fumas —respondo acariciándole el brazo.

Cojo mi chaqueta y me dirijo a la salida con el paquete de tabaco como único acompañante. Enciendo mi cigarro y exhalo el humo dejando que entre en mis pulmones. La primera calada empieza a disipar mis nervios. Por fin algo de tranquilidad. Pero me dura poco. Oigo como se abre la puerta y al girarme para ver de quién se trata, maldigo para mis adentros. Giro la cabeza rápidamente y miro hacia el frente. Se pone justamente a tres pasos de mí. En ningún momento me mira ni yo a él.

Oigo como se saca un cigarro también y se lo enciende. Su humo aterriza en mí. Parece que me persigue. Suspira fuertemente y por alguna extraña razón, yo hago lo mismo.

Empiezo a absorber mi cigarrillo a la velocidad del rayo con tal de irme de aquí cuanto antes.

—¿Desde cuándo estás con ese *friki*? —suelta de repente.

—No es ningún *friki* —le defiendo.

Mi tono es de enfado y no es para menos. Rubén no se merece que lo insulte. No voy a permitirlo.

—¡Vaya! Veo que te ha dado fuerte…

Creo que la frase va con doble sentido. Pero no me molesto en preguntar sus improperios.

—Puede ser…—contesto chulescamente.

—Ya veo.

Y la duda de Berta surge en mí.

—¿Desde cuándo estás con Berta?

—Desde hace dos horas —contesta tan pancho.

Me quedo extrañada, prefiero no preguntar. Otro gran silencio se hace entre nosotros dos. Un tanto incómodo a decir verdad.

—Tu amante…—susurra imitando lo que dijo Rubén anteriormente.

No le contesto. Sigo mirando al frente.

—¿No será celoso? —pregunta con arrogancia— Porque como se entere de lo de esta mañana…

—Lo de esta mañana no tendría que haber pasado —le corto de malas maneras.

—Pero ha pasado…

Noto como me clava sus ojos. Prefiero no mirarle, así que sigo con mi vista fija en el mismo punto.

—Por desgracia —contraataco.

Suspira. Oigo como se ríe. Es una risa sarcástica. Un calambre me atraviesa el cuerpo y cuando quiero darme cuenta lo tengo justamente encima. Acerca sus labios a mi oído e inmediatamente cierro los ojos sin saber por qué.

—Pues tu cuerpo no decía lo mismo, y por cómo gritabas y te agarrabas a mí creo que tampoco…

El simple hilo de aire que roza mi oído hace que mi cuerpo se agite ligeramente. Dando paso a una sensación de necesidad y humedad entre mis piernas. No sé en qué momento se da cuenta, pero lo nota.

—Estás temblando como una hoja…—murmura eróticamente.

No puedo hablar. Mi lengua se ha ido de paseo. Ahora mismo solo vienen a mi cabeza pensamientos obscenos que prefiero disipar. Reparo en que acaba de poner una de sus manos en mi cintura. Mi maldito cuerpo reacciona a su tacto e incontrolablemente se pega a él. Mi respiración se vuelve agitada y noto como mi corazón late desbocadamente. Entreabro los

labios un poco, se me está secando la boca…

—¿Te cuesta estar cerca de mí? —vuelve al ataque.

—No —afirmo rotundamente.

—¿No? —pregunta sin creérselo.

—No —me reitero.

Se ríe por lo bajo. Quita su mano de mi cintura y se planta justamente delante de mí, haciendo que le mire a los ojos. Intento mantener la compostura y no desviar mi mirada en ningún momento. Pero es tan…intenso, que me cuesta bastante. Me mira como si quisiera traspasar mi alma, y eso lo único que hace es ponerme peor, si se puede estar más mal en todos los sentidos, de lo que estoy ahora mismo.

—¿Entonces por qué te cuesta respirar? ¿Y por qué tu boca me dice lo contario? — pregunta mirando los labios.

Los cierro de sopetón y cierro los ojos.

—César, déjame en paz —exclamo firmemente.

—¿Por qué? —pregunta sin apartar su mirada.

No soy capaz de responderle a esa pregunta. ¿Acaso me acuerdo ya? ¿Me importa realmente que sea o haya sido un ladrón? ¡Ni yo misma lo sé! Me regaño a mí misma por ser tan estúpida algunas veces.

—¿Me vas a contestar?

Lo pienso. No sé qué decirle.

—No —contesto sin más.

—Entonces…

—¡Entonces nada! ¡Olvídame! —respondo desesperada— Irrumpes en mi oficina después de lo que pasó y te vuelves el hombre más frío, distante y prepotente que existe encima de la tierra, cuando sabes perfectamente que no eres así, y ¿¡ahora me saltas con estas!?

Aprovecho la ocasión para dar un paso atrás y separarme de él. Esta absurda situación tiene que acabar cuanto antes o la tensión sexual que hay entre ambos estallará de un momento a otro.

—Quizás, no me conozcas lo suficientemente bien. ¿Por qué se supone que debería olvidarte?

—¡Porque sí, punto! —contesto de malas formas.

—¿Es por qué te gusta?

Puedo ver como aprieta los dientes. Se le nota en la mandíbula y en la expresión de su cara.

—¿¡A ti que más te da!? —pregunto a la defensiva.

Levanta su mano derecha para pasársela por el pelo y entonces lo veo. Observo detenidamente ese tatuaje igual que el mío y los recuerdos de lo que me dijo en el cine vuelven a mi mente inmediatamente: *«porque me enamoré de ti en el mismo momento en el que te vi…»*

Mi cabeza empieza a dar vueltas a toda velocidad, golpeándome con miles de pensamientos a la vez. Hasta que me saca de mi ensueño con una clara pregunta que me deja alucinada:

—¿Te has acostado con él?

¿A qué viene esto? Hago la pregunta a la inversa.

—¿Te has acostado tú con Berta?

—No has respondido a mi pregunta —comenta enfadado.

—Tú tampoco a la mía —contesto tranquilamente.

Empieza a negar con la cabeza y comienza a dar pasos de un lado a otro como un león enjaulado. Lo miro detenidamente. Es perfecto.

—Contéstame Sara…—intenta mantener la calma, pero no puede evitar que un tono desesperado acompañe esa súplica.

No hablo. Vuelvo a mirar al frente como había hecho anteriormente. Al ver mi pasotismo, se para en seco. Furioso se acerca a mí y pone su cara a la altura de la mía.

Me mira de manera feroz. Coge mis hombros delicadamente. Sé que por dentro tiene ganas de matarme, pero no le contestaré. No de esta manera. Ni aquí.

—Sara…—respira entrecortadamente. Está nervioso.

Escucho cómo se abre la puerta pero no muevo ni un músculo. César tampoco, no despega ni siquiera las manos de mis hombros. Hasta que escucho la voz de Rubén decir:

—¿Algún problema? —inquiere con tono amenazador.

César se aparta de mí y de manera intimidatoria da un paso al frente.

—¿Tienes algún problema tú? —pregunta desafiante.

Me giro y veo como Rubén da otro paso hacia él. Les queda una zancada más por parte de alguno de los dos y estarán frente a frente. Como dos machos alfa se retan con la mirada. No puedo permitir esto. Me pongo en medio de los dos y miro a Rubén.

—Rubén, vámonos. Estoy cansada —intento desviar el tema— ¿puedes entrar a por mi bolso y disculparme?

Me mira y asiente. Pero antes de irse hacia el interior del restaurante se gira y advierte a César:

—No se te ocurra acercarte a ella ni a un metro de distancia —Levanta el dedo índice para darle más énfasis al tono mordaz con el que acaba de hablarle.

César achica los ojos, pero por suerte Rubén entra dentro.

—Le voy a partir la cara —afirma.

Inmediatamente da un paso para entrar dentro del restaurante y le paro en seco.

—¿Adónde crees que vas? —pregunto interrumpiendo su paso.

—A echarle la boca abajo a tu novio —ladra desencajado.

Intenta apartarse de mí. No lo permito. No voy a consentir que se peguen como dos bestias. Y mucho menos por mi culpa.

—¡César, ya basta! —vocifero al borde del infarto.

Respira más agitadamente que antes y se aparta de mí como si le quemara. Rubén sale.

Me temo lo peor. Así que antes de dar pie a nada le cojo la mano y tiro de él para llegar hasta el coche. César mira nuestras manos entrelazadas y maldice cosas ininteligibles por lo bajo. No se le entiende. Lo prefiero. Tiro de Rubén que no aparta su mirada asesina de César y al ver que el otro le reta igualmente acelero el paso.

Cuando le damos la espalda y llegamos hasta el coche oigo como vocea:

—La próxima vez que me amenaces te romperé las piernas, tenlo en cuenta —chilla furioso.

Rubén le dedica una mirada homicida. ¡Madre mía que se pegan! Rezo para mis adentros que no sea así. Y oigo cómo le provoca:

—Cuando tengas cojones.

Salto de inmediato.

—¡Rubén, sube al puto coche!

Ambos se miran, se retan y se dicen mil y una cosas con la mirada. Menos mal que no las dicen en voz alta. Rubén sube al coche, no sin antes dedicarle la última amenaza muda.

Capítulo 25

El camino hacia mi apartamento lo hacemos completamente en silencio. Ninguno de los dos habla. Ya sea por hacer preguntas de las que no se desea escuchar una respuesta o simplemente por apaciguar la ira que bulle interiormente en los dos. Me da mucha pena y la vez me impacta bastante ver a una persona como Rubén, que siempre está con una sonrisa en los labios, serio y distante. Sé que tendré que darle una explicación, solo espero que me dé el tiempo que necesito para hacerlo. Paramos el coche en la puerta de mi edificio y salimos. Su expresión cambia por completo cuando me paro en la puerta del portal y no sabemos muy bien qué hacer o qué decir.

—Esto…—comienza—, quiero pedirte perdón por mi comportamiento de antes.

—¿Te refieres a que casi pareces un asesino en serie? —intento romper el hielo.

—Bueno, visto desde ese punto de vista, suena bastante mal —sonríe de medio lado.

Los ojos se le iluminan más y da un paso hacia mí.

—La verdad es que no pareces el típico chico que tiene ese genio.

—¿Pensabas que iba a darme la vuelta y hacer como si no hubiese visto nada, en plan tonto? —pregunta con un tono de chulería y broma mezclado.

—¡Tampoco es eso! —pongo lo ojos en blanco.

Nos reímos. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón y balancea sus pies hacia delante. Agacha la cabeza y mira el suelo. El silencio se hace patente de nuevo entre nosotros. Está pensando en algo y no tarda en decírmelo.

—Sé que te conozco desde hace dos días concretamente y no tengo derecho a pedirte explicaciones —Levanta la cabeza y me mira—, pero me gustaría que algún día me lo explicaras.

—Y lo haré —afirmo demasiado convincente—, pero dame tiempo.

Asiente.

—Te lo daré. Te daré el tiempo que necesites…

Suspiro de alivio. Menos mal que lo entiende. Aunque no quiero pensar que estará pasando por su cabeza.

—En fin…me voy a…—giro la mitad de mi cuerpo y señalo la puerta.

—Sí, claro —dice apretando sus finos labios.

—Buenas noches Rubén, gracias por acompañarme y por todo lo demás.

—No ha sido nada, buenas noches Sara.

Me doy la vuelta porque no sé qué otra cosa hacer, pero su mano alcanza la mía antes de que llegue al portal. Me gira y nuestras caras quedan

completamente juntas. Mi cuerpo empieza a flaquear. Su olor me embriaga y miles de sensaciones me reactivan.

—Me gustaría volver a verte…—susurra.

—Y a mí…

Tensión.

Esa maldita tensión de la que todo el mundo habla cuando quieres una cosa y no la tienes. Pero sucede. Pone sus labios de manera cariñosa y sensual encima de los míos y nos fundimos en un beso apasionado. Cuando nuestras bocas se separan, respiro agitadamente.

—Buenas noches…—susurra pegado a mi boca.

—Buenas noches…—contesto traspuesta.

Separa su cuerpo de mí y me guiña un ojo. Da la vuelta sobre sus pasos y se mete en el coche. Me levanta una mano diciéndome adiós y se marcha. Me quedo paralizada en medio de la calle mirando cómo se aleja. Por una parte me alegra saber que no ha querido acostarse conmigo a la primera de cambio. Pero por otra, mi cuerpo está en ebullición y creo que necesito una ducha de agua helada para apaciguar el calentón que tengo en este instante. Cierro la puerta de mi apartamento cuando llego arriba y me apoyo de espaldas en ella respirando varias veces. Demasiadas emociones para una sola noche. César…Rubén…Exorbitante.

Me desperezo en mi amplia cama sola como la una. Arrastro mi cuerpo hasta el cuarto de baño. Cepillo mis dientes, lavo mi cara y me dirijo a la cocina para desayunar. Me encuentro a Patri en la barra tomándose un café.

—Buenos días —saludo soñolienta.

—Buenos días reina del mambo. Ya estás empezando a contarme ¡TODO! Lo que pasó anoche. Ven —me ordena—, siéntate —da unas leves palmadas al taburete que hay a su lado.

—A ver, ¿por dónde quieres que empiece?

—¿Por dónde quieres empezar? ¿Cuántas partes tiene? —me pregunta como si se tratase de una película.

En cierto modo lo parece.

—Pues o empiezo por el encontronazo cuando llegamos o…

—¿O? —se impacienta.

—O empiezo por donde casi se pegan en la calle…

Abre los ojos desmesuradamente.

—Espera, espera. ¿Me estás diciendo que casi se lían a hostias Rubén y César y yo no estaba presente? —bromea.

Niego con la cabeza. Esta mujer me supera.

—¡Patri! —la regaño— Lo pasé realmente mal.

Se vuelve Patricia la receptiva y no vuelve a abrir la boca. Solo me insta con la mirada para que comience a relatarle lo ocurrido. No me salto ningún detalle y se queda completamente ojiplática.

—Madre del amor hermoso…

—Y de todos los santos…—termino por ella.

—¿Qué piensas hacer con César?

—Nada, no pienso hacer absolutamente nada. No comprendo sus cambios de humor tan drásticos. Es algo que me desconcierta bastante. No consigo entender qué es lo que quiere de mí.

—¿Te has planteado la posibilidad de que te quiera a ti?

Lo sopeso un instante. No. No quiero pensar en eso.

—No quiero crear más confusiones en mi cabeza Patri. Es mejor estar como estamos.

Solamente por un negocio. Punto.

—Pues si lo tienes tan claro… ¿Qué me dices de Rubén? —pregunta con ojos brillantes.

—Bueno… Rubén es… completamente distinto —Pongo los ojos en blanco— ¡Dios mío, no sé ni por qué los comparo!

—Porque es muy reciente y hasta que no lo olvides te seguirá pasando.

Asiento. Lleva razón.

—Rubén es cariñoso, atento, amable y tiene esa parte de carácter duro e implacable que sinceramente me encanta.

—¿Te gusta? —se lanza directamente.

—Creo que sí…—contesto con una sonrisa.

—Pues entonces…no pienses en nada más.

No estaría nada mal pasar página y olvidar por completo a César… Si lo intento con Rubén, solo espero que consiga borrarme los pocos recuerdos que tengo con César, ya que han sido los más intensos de mi vida.

—Esta noche tienes la casa libre para ti. Así que invítale y bueno… haced lo que tengáis que hacer. Además mañana tenemos que pintar el salón, nos vendrá bien para ayudarnos.

Me río. Mi amiga y sus favores a cambio de algo.

—Lo haré —afirmo—, ¿dónde vas esta noche?

Pone lo ojos en blanco.

—He quedado con el pelirrojo.

—¿No me jodas?

—Si…

—¡Patri! ¡Es feo!

Pone lo ojos en blanco.

—¿Y qué más da? Para un polvo está bien.

—No tienes remedio, oye, ¿y tu cita a ciegas? No me has dicho nada —le recrimino.

—Porque no hay nada que contar —responde enfurruñada.

Se levanta y dirige sus pasos hasta el sofá.

—¿Cómo dices? —pregunto confusa.

—Que me dio plantón…

Abro la boca desmesuradamente pronunciando un «no» apenas audible.

—Sí hija, sí. Necesito que me hagas un favor.

Miedo me da.

—¿Qué quieres? —pregunto arqueando una ceja.

—Necesito que me compres condones.

Pongo mala cara.

—¿Y por qué no vas tú? —espeto.

—Porque me da vergüenza…—comenta con pesar.

Exploto en una carcajada monumental.

—Está bien. Bajo a comprar el pan y te los compro. Eres un caso.

Me pongo lo primero que pillo y salgo del apartamento. Aprovecho la ocasión para llamar a Rubén. Contesta al segundo toque.

—Hola, ¡que rapidez!

—Hola —saluda contento—, algunas veces es preciso tener esa agilidad.

—Sí, sí, completamente de acuerdo —me río—, una cosa, ¿te apetece venir a cenar a mi apartamento esta noche?

—Claro, ¿a qué hora? —contesta sin pensárselo.

—A las nueve está bien.

—Perfecto pues allí nos vemos entonces.

Compro el pan como anteriormente le dije a Patri y me dirijo a la farmacia. Cuando entro mi vista se posa directamente en el rincón donde César me escondió en el atraco.

Suspiro. Qué malos son los recuerdos y qué malas pasadas nos juegan algunas veces.

Me planto frente a la estantería de condones. Le cojo la caja de los preservativos normales, no sé qué tamaño tendrá así que no me paro a pensar en la xl que tengo delante. Me río yo sola. Me giro para pagar al farmacéutico que tengo a un paso de distancia y me topo con unos ojos color miel que me miran cabreados al máximo. Está con los brazos cruzados en el pecho y me mira primero a mí y luego a la caja que llevo en la mano.

—¿Se puede saber qué coño haces?

Lo miro. Observo la farmacia con sorna y miro mi mano.

—Estoy en una farmacia, no sé si has perdido el sentido de la orientación o qué.

Además no tengo por qué darte explicaciones.

Me giro y pongo la caja de preservativos encima del mostrador. El hombre va a cogerla pero César se la arrebata de las manos.

—¡No! —amenaza al hombre— ¡No necesita esto para nada! Vámonos —me ordena.

Abro los ojos como platos.

—¿Perdona? ¿Me vas a decir tú a mí lo que me hace falta o no? Por cierto, ¿me estás siguiendo?

—No y sí, te digo lo que tienes que hacer, ¿estás loca o qué? —pregunta enfadado.

Intento alcanzar la caja pero pone la mano en alto y no llego. Achico los ojos.

—César… ¡dame la puta caja!

—¡No!

—¡ Que sí!

—¡NO! —recalca lentamente.

—No tienes ningún derecho a seguirme y mucho menos a decirme lo que tengo que hacer. Dame la caja, ¡YA! —exijo.

—Como te acuestes con el *friki*…

No lo dejo terminar.

—¡No es ningún *friki*! ¡Se llama Rubén! ¡RUBÉN! —vocifero y toda la farmacia me mira— Por lo menos es más atento que tú.

¡Ala! Sé que le ha dolido cuando sus ojos se tornan sombríos.

—A mí ni siquiera me has dado la oportunidad de poder conocerte mejor.

Sigue con la mano levantada y yo intentando alcanzar la puñetera caja, mientras toda la farmacia al completo nos observa.

—No pienso hablar más de ese tema. ¡Dame la caja!

Niega con la cabeza y me desespera. Me voy al estante donde están los preservativos y cojo cuatro de golpe.

—¡Vaya! ¿El *friki* no descansa? —pregunta sarcásticamente.

Empiezo a cabrearme como una mona. Las manos me sudan y la cara me arde. Debe de ser la rabia y las ganas de pegarle un buen puñetazo a lo macarra.

—César…ya está bien —contesto intentando parecer tranquila. Pero fracaso estrepitosamente.

—Hacemos una cosa, me los llevo yo, te vienes a mi casa, y discutimos si te los doy o no, ¿Qué te parece?

El farmacéutico nos mira como si estuviera en un partido de tenis. Y para rematar la fiesta escuchamos como dice:

—Si están buscando un bebé, que es lo que me parece, creo que no es necesario que se lo lleven. Ahora si me disculpan, dejen pasar al siguiente cliente mientras se aclaran qué quieren hacer.

César y yo nos miramos durante una eternidad sorprendidos por la reacción del farmacéutico. Y entonces como un jarro de agua fría que cae encima de mí, me acuerdo que ayer no pusimos ningún medio…

Abro los ojos desmesuradamente y César lo pilla al vuelo. Doy media vuelta y salgo de la farmacia sin el recado de Patri. Corre detrás de mí y se pone delante.

—Espera un momento —suplica agitado por la carrera.

Lo esquivo y sigo andando mirando al frente. Me agarra del codo y para mi cuerpo en seco.

—Tenemos que hablar —comenta con la cara de medio lado—. Sara, mírame.

Dios mío no sé qué voy a hacer. Necesito la pastilla del día después inmediatamente.

Lo peor de todo es que no sé si estaré a tiempo para poder tomármela.

—No tengo nada que hablar contigo.

Intento seguir mi paso y él se pone a mi lado.

—Sara para un momento, esto no es una cosa para tomársela a la ligera —suena nervioso.

Me paro en seco de nuevo y escupo de malas maneras:

—¡Si nada de lo que pasó ayer hubiese sucedido, no estaría ahora planteándome siquiera la posibilidad de estar embarazada por tu mala cabeza!

Me mira asustado. Cuando he dicho la palabra «embarazada» he visto en sus ojos que casi le da un infarto. Yo no estoy para menos.

—Ha sido un error…yo…—parece avergonzado.

—¡Un error muy grave César! —grito desesperada.

Suspiro fuertemente. Me está entrando el pánico. Obligo a mis pies que sigan andando mientras observo como César se queda paralizado mirando a la nada. No se mueve del sitio, creo que ni respira.

Capítulo 26

Llego histérica al apartamento. Mi amiga me mira interrogante y a la misma vez asustada.

—¿Estás bien?

—Sí —contesto y entro en mi dormitorio.

Desplomo mi cuerpo en la cama y me abanico con la mano. ¿Qué hago? ¿Y si, si me quedo embarazada? ¿Y si, no? ¡Diosss! Con mis pensamientos caóticos me sobresalto cuando me suena el teléfono. ¡Mi madre!

—Hola mamá —contesto secamente.

—Hola, hija, ¿Cómo estás? ¿Has hablado con César?

Huy, huy, huy, César, ¡El maldito César!

—Yo estoy…—me quedo pensativa— bien…estoy bien. Y César…

El silencio se hace entre nosotras.

—No me digas que no lo habéis arreglado…—afirma ella sola.

—No mamá, no estamos juntos. Antes tampoco teníamos nada.

Y es verdad, lo que César y yo teníamos no era…nada. Oigo como suspira al otro lado del teléfono. No sé si identificarlo como un suspiro de cabreo.

—Vaya…—refunfuña por lo bajo.

—Sí, eso digo yo, vaya…—respondo pensando en lo que más me preocupa ahora mismo.

—¿Y no hay posibilidad de arreglar…lo que hubiera entre vosotros dos? —pregunta esperanzada.

—¡No! Y ahora menos.

Me doy cuenta de lo que acabo de decir, cuando mi lengua se ha ido más de la cuenta.

—¿Por qué ahora menos?

Piensa, piensa, ¡piensaaaaaaa!

—Esto…nada…

Muy bien, me doy un aplauso mental, ¡me creo que mi madre es imbécil!

—Sara... —dice a modo advertencia.

—¡Le he visto con otra chica! —salgo del paso.

—¡Oh! —grita—¡No me lo puedo creer….será…!

—¡Cabrón! —termino por ella.

Estoy muy cabreada. Sé que no todo es culpa de César, porque yo también podía haberlo parado, pero claro, ¡me pudo la tentación!

—¡Hija! ¿Algún día vas a hablar bien?

—No lo sé, mamá, no lo sé.

—¿Y no has conocido a alguien especial?

¿A qué viene esa pregunta? Voy a mentir como una descosida. Me da igual si Patri se lo ha dicho o no.

—No, no he conocido a nadie. Ni quiero…—la aviso.

—Yo quiero nietos…

¡Y dale! Lo que me recuerda que tengo que ir de nuevo a la farmacia zumbando.

—Yo no. Mamá, tengo que dejarte, he de salir a hacer unas compras. Mañana hablamos un rato.

—Sí, si, como siempre. ¿A mañana te refieres a dentro de un mes? ¿O a cuando me presente allí?

—¡A mañana mamá!

Me desespera que siempre se ponga igual. Aunque tiene razón. Soy una mala hija. De eso no cabe la menor duda. Nos despedimos rápidamente y salgo del dormitorio. Corro por el pasillo hasta llegar a la puerta del apartamento. Mi amiga me mira de los pies a la cabeza. Coge su revista y la vuelve a subir hacia sus ojos, cuando ya ha terminado de repasarme.

—¿Se puede saber adónde vas otra vez?

—Se me han olvidado tus preservativos, ¡guarra!

Con las mismas cierro la puerta, dejándola con la palabra en la boca. Llego de nuevo a la farmacia y para colmo, la única caja que está vacía es la del farmacéutico que presenció nuestra disputa antes.

—¿Qué desea?

Contemplo la cara del hombre y me muerdo el labio con fuerza. Por mi cabeza pasan miles de cosas, la primera es la que pensará este hombre cuando le pida la pastilla, después del espectáculo que hemos organizado antes y para más inri, el pobre hombre se pensaba que estábamos buscando un bebé. O eso ha querido entender él…

—Pues…vera…quiero…—balbuceo—, la pastilla del día después —suelto apresuradamente.

El farmacéutico hace una mueca de disgusto y eleva sus cejas grisáceas hasta el techo, asombrado.

—¿Sabe usted el funcionamiento de esta pastilla? ¿La ha tomado alguna vez?

Comienzo a ponerme nerviosa.

—No —aseguro.

—Bien, le explicaré antes de nada. Si acaba de mantener la relación sexual —explica, mientras me mira como queriéndome decir que acabamos de echar un polvo de reconciliación y me estoy arrepintiendo—, tiene que tomársela inmediatamente.

Le corto antes de que siga haciendo muecas y señales con la cara. Parece que me está diciendo que soy una inmadura, cuando no tiene ni *pajolera* idea de lo que ha pasado.

—No, fue hace un día y medio, para ser exactos.

—Pues debería de haber venido antes si lo tenía claro…

Está empezando a tocarme las pelotas.

—Si han pasado veinticuatro horas el efecto de la pastilla no es el mismo.

—Pues explíquemelo y démela indistintamente.

—Pero…puede usted estar embarazada igualmente. La probabilidad de que haga efecto es de un cincuenta y ocho por ciento desde las cuarenta y ocho horas a las setenta y dos.

—¿Entonces? —pregunto confusa, después de la parrafada que me ha soltado.

—Pues que puede tomársela, pero le recomendaría que pasadas dos semanas se hiciera un test de embarazo.

—Bien, lo haré. Y ahora démela.

El farmacéutico hace lo que le pido y me entrega la pastilla. Pago y me voy de vuelta al apartamento. Cuando llego, recuerdo que finalmente no le he comprado los preservativos a Patri y de nuevo me doy la vuelta antes de entrar en casa. Llego a la farmacia y me dirijo hacia el mostrador con el paquete en la mano. El mismo hombre que las anteriores veces me mira de arriba abajo. Va a pensar que soy imbécil — Se me olvidaba esto. —Intento excusarme sin saber muy bien por qué.

—Ya veo…—comenta con desgana.

Lo pago, meto la caja en la misma bolsa de la pastilla que compré antes y gracias a Dios, no hace ninguna pregunta, ni dice nada más. Llego por fin al apartamento. Tiro la bolsa encima de la mesa y me dirijo a mi dormitorio. Necesito ponerme cómoda y empezar con la cena que tengo que hacer para esta noche. Salgo al salón y me encuentro a mi amiga con algo en la mano. ¡Mierda! ¡La pastilla! Me mira de reojo y cuando llego a su altura, le quito la caja de malas maneras. La abro, saco la dichosa pastillita y me la trago de sopetón.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

—No.

—¿Entonces esa pastilla es por…? —pregunta.

—Pues porque el inconsciente de César, escurrió todo su mejunje dentro de mí el día de nuestro encontronazo. Y no he caído hasta esta mañana que me lo he encontrado en la farmacia.

Abre los ojos como platos. Con una simple mirada, ya me exige que le cuente que ha pasado en el encuentro de esta mañana. Por lo cual, se lo relato de principio a fin.

—¿Contenta? —ironizo.

—Madre mía, lo tuyo es de película hija.

—Además de verdad. Por cierto, esta noche viene Rubén a cenar, ¿Qué me aconsejas que haga?

Sonríe pícaramente. Seguro que está teniendo pensamientos sucios.

—Pues para dejarle contento podrías hacer una tortilla de patatas.

Arqueo una ceja.

—¿Estas de coña? Vamos a ver…le invito a cenar a mi apartamento y… ¿le hago una tortilla de patatas?

—Puedes echarle chorizo y esas cosas que te gusta mezclar. Y para acompañar haz unos solomillos al horno y rebózalos en todas las especias que tienes en el mueble.

Siempre te queda exquisito.

La admiro. Sé que le gusta cómo cocino, mi madre me enseñó muy bien y no se me da mal en absoluto. Patri siempre me felicita cuando me toca cocinar. Cosa que ella odia a más no poder.

Comienzo mi tarea, descongelo la carne, la aliño, la meto en el horno y preparo una tortilla de patatas con chorizo y queso.

Cuando termino en la cocina, preparo la mesa para dos y me dirijo a la ducha. Me aseo completamente y me pongo un vestido de color azul marino con unos tacones un poco más bajos de los que suelo llevar habitualmente en color crema. Me maquillo sin exceso y ondulo mi pelo con la plancha de peinar.

—¿Qué tal estoy? —le pregunto.

—¡Guau! Sé de alguien que esta noche moja…—asegura.

—¡Cállate! No me refiero a eso, quiero que me digas si es demasiado para cenar aquí.

—¡Qué va! Se le va hacer la boca agua cuándo te vea. Comer no sé si comerá la comida, pero seguro que le apetece mejillón.

Le lanzo la funda de la Tablet que tengo a mano a la cabeza y casualmente le da. Tengo una puntería de escándalo.

—¡Au! —se queja por el golpe.

—Eres una salida —la señalo con el dedo.

—Ya, ya…ya me contarás qué tal —se ríe a carcajadas—. Sara…—me llama.

—¿Si?

—Pasa página, te lo mereces.

Asiento. Sé a lo que se refiere perfectamente. Desaparece de mi vista, dejándome sola en el apartamento. A los pocos minutos, suena el porterillo. Rubén, ya ha llegado.

Capítulo 27

—¡Vaya! —exclama cuando le abro la puerta— Espero estar a la altura para esta cena —dice dando un paso hacia mí.

—Estás a la altura de sobra —comento.

Me entrega una botella de vino que lleva en una mano y con la otra, me da un bonita rosa.

—Gracias, no hacía falta que te molestaras…

No me deja terminar.

—Es solo un detalle. Y sí, sí hacía falta.

Observo su cuerpo. Lleva puestos unos pantalones vaqueros oscuros y una camisa de manga larga negra. Cuando se quita la chaqueta, puedo notar perfectamente todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. La deja encima del sofá y se dirige de nuevo hacia mí. Se para a escasos centímetros de mi rostro, mira mis labios y mis ojos alternativamente.

—¿Puedo? —pregunta curvando las comisuras de sus labios.

—Claro —afirmo.

Da un casto beso en mis labios, haciendo que la chispa renazca en mí. Nos volvemos a besar y esta vez, se convierte en algo más pasional. Elevo mis manos hasta su cabello y lo masajeo suavemente, mientras él agarra mis caderas y tira hacia delante, para pegarme más a su cuerpo. Comienzo a estremecerme a cada paso que doy. Cuándo noto que la cosa se está calentando, me separo a regañadientes de él y musito:

—Creo que deberíamos cenar…—digo entrecortadamente.

Asiente extasiado, mirándome con un brillo en sus ojos que no había visto antes. Deseo.

Un deseo irrefrenable.

—Ven, primero te enseño el apartamento.

—Claro —contesta maravillado.

La cena transcurre con normalidad. Rubén es todo un experto en dar conversación y yo no me quedo atrás. Entre risas y confesiones, pasamos la noche de maravilla.

—Entonces eres romanticona —asegura.

—Sí, creo que un poco —contesto algo tímida.

—No tiene nada de malo, yo también lo soy —sonríe.

Todo lo contrario a César, pienso. No sé por qué demonios los estoy comparando mentalmente ahora mismo.

—¿Hace cuánto terminaste tu última relación? —pregunto curiosa, pero me arrepiento de inmediato y rectifico— Si me lo quieres contar claro.

—No tengo ningún problema —sonríe de nuevo—, hace un año y medio más o menos, ¿y tú?

—Un año.

—Pues fue un estúpido si te dejo escapar.

Suspiro. Sí, estúpido listo.

—Digamos que algo así.

Se sorprende por mi reacción.

—¡Vamos! Si yo tuviera a una chica como tú, jamás la dejaría escapar.

—No es para tanto…

—Sí, para mí sí que lo es —contesta con sensualidad.

Cuando me quiero dar cuenta, veo que son las dos de la mañana. El vino ha hecho mella en ambos, lo dicen nuestras risas y los coloretes que llevamos. Recogemos la mesa y nos dirigimos a la cocina a dejar todos los utensilios que hemos utilizado durante la cena.

—¿Te apetece una copa? —pregunto.

—Claro, ¿qué tienes?

Le muestro la pequeña barra que tenemos en el salón y le dejo escoger lo que quiera.

Mientras tanto voy a la cocina para sacar las copas y el hielo. Lo dejo todo encima de la mesa y salgo a la terraza para fumarme un cigarro.

—Si no te importa voy a salir un momento a la terraza.

—Claro, no te preocupes.

Realmente desde que ha llegado no he pensado ni un momento en el tabaco. Si mi madre me escuchara, seguramente diría que este es el hombre de mi vida, porque hará que acabe dejando de fumar. Rubén es un buen chico, con buen cuerpo y unos modales implacables. Me gusta mucho su manera de ser y sobre todo, me encanta que me haga reír como ha estado haciéndolo durante la cena. No sería mala idea poder darle una oportunidad y conocernos más a fondo y así, de ese modo, poder enterrar de una vez por todas, el pasado con César.

Sumida en mis pensamientos, no me percato de que está justo detrás de mí, hasta que su aliento roza mi oído.

—No me había dado cuenta de que estabas aquí.

—Soy muy sigiloso cuando quiero —dice seductoramente.

—Yo también —lo provoco.

Coge mi cintura y me gira para estar completamente pegada a él.

—¿Nos bebemos esa copa? —pregunta.

No sé si la frase va con doble sentido, o soy yo que estoy preparada para la acción desde que ha entrado por la puerta. Aunque en el fondo de mi corazón algo me dice que no haga nada de lo que luego me arrepentiré. Y otra vez como un huracán, aparece en mi mente: César.

—Sí, cla…claro —balbuceo—, vamos a bebérnosla.

Me distancio un poco de él y entro dentro del salón dejándolo desconcertado.

—¿Estás bien? —pregunta tras de mí.

—Sí, claro. Vamos, siéntate.

Le invito a que se siente a mi lado en el sofá. Encendemos la televisión, para tener algo de entretenimiento. Pero no nos hace falta porque ya hablamos de sobra, y no le prestamos atención para nada.

—Vaya, creo que hoy sabré más de ti que de ninguna persona que haya conocido antes —bromeo.

—¿Hablo mucho? —pregunta alegremente.

—Un poco, pero a mi encanta que hables. Yo no suelo ser así, a no ser que me sienta cómoda.

—¿Y conmigo lo estás?

—Bastante —aseguro.

Tras un par de miradas cómplices y palabras mudas, Rubén pasa un brazo por detrás de mis hombros, para pegarme más a él. No me incomoda, al revés, me da seguridad.

—Creo que estoy sintiendo la necesidad de besarte otra vez…—musita roncamente.

—Pues hazlo…—las palabras salen solas de mi boca.

Sin pensárselo un segundo más, posa sus labios encima de los míos. Nuestras lenguas juegan una batalla interminable y mi cuerpo arde completamente. Agarra mi cintura y me coloca a horcajadas encima de él. Nuestros roces y caricias, hacen que la pasión vaya creciendo por segundos involuntariamente.

Pero…de nuevo se mete en mi mente y me insiste que no continúe. Intento apartar a César de cualquiera de las maneras. Me es imposible.

Me deshago de la camisa de Rubén, desabotonándola muy lentamente. Él hace lo mismo con mi vestido y en décimas de segundo, me encuentro en ropa interior, a horcajadas encima de él. Se levanta del sofá y pone rumbo hacia mi dormitorio. Da un leve golpe en la puerta y esta se abre para dejarnos paso. Tumba mi cuerpo en la cama y comienza a besar cada centímetro de mí delicadamente.

De nuevo la imagen de la persona que menos quiero que aparezca en mi mente ahora mismo, se plasma completamente. No puedo seguir con esto o me arrepentiré toda mi vida. Pero mi cabeza piensa y piensa sin parar, ¿Cuándo sabré que es el momento?

¿Cómo olvidaré sus besos? No me aclaro ni yo misma. Si no quiero nada con él… ¿Por qué no se me va de la cabeza?

Cuando la cosa empieza a avanzar y veo que Rubén se deshace de sus pantalones, me siento de sopetón en la cama, dejándolo muy confuso.

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo que…

No le dejo terminar.

—¡No! —Cojo el suficiente aire que necesito— Es que…—No encuentro las palabras adecuadas, pero él tampoco me interrumpe—, es que no puedo Rubén…

Agacho la cabeza avergonzada. Antes no tenía que lidiar con estas cosas, porque los chicos no se presentaban ante mí así como así. Y ahora que

lo tengo, no lo aprovecho.

Esto es de película. Rubén agarra mi mentón y lo eleva para que le mire a los ojos.

—Eh, eh, tranquila —dice cariñosamente.

—Me siento imbécil por haber comenzado con esto, creo que necesito tiempo y no sé…

—digo de manera atropellada—, no quiero que pienses que soy una estúpida, ni tampoco que salgas corriendo…

Pone su dedo índice en mis labios para hacerme callar.

—No pienso que eres una estúpida y tampoco voy a salir corriendo. Si necesitas tu tiempo, lo entenderé.

—No quiero que te vayas…—confieso en un murmuro.

—No me iré —afirma.

De repente, veo cómo se sienta a mi lado y estira la sábana para que nos tapemos los dos. Pasa un brazo por detrás de mí y me acurruca junto a él. Da un casto beso en mi pelo y coge aire, lo escucho:

—Sara, no voy a negarte que me gustas. No quiero presionarte, tampoco quiero que me lo cuentes ahora mismo, pero sí, en un futuro. Porque me gustaría que lo intentáramos por lo menos…

Sopeso la idea. ¿Estar con Rubén? Para nada sería descabellada.

—A mí también me gustaría…—susurro.

—Bien, pues entonces te daré el tiempo que necesites. Descansa.

Se agacha un poco y me da un casto beso en los labios. Después me tapa completamente y se abraza a mí. No tardo mucho en dejar que el sueño me venza, pero en mi mente sigue ese hombre moreno con ojos color miel y mirada de chico malo.

Capítulo 28

Me despierto y noto un calor aplastante a mi lado. Miro de reojo y veo que Rubén está durmiendo como un ángel. Sonrío. Es muy hermoso. Levanto mi cuerpo de la cama, intentando hacer el menor ruido posible, para no despertarle. Lo consigo. Salgo a la cocina y allí me encuentro a Patri.

—Buenos días —saludo alegremente—, ¿qué tal tu noche?

—Muy bien —contesta con una sonrisa— ¿y la tuya? —pregunta mirando hacia mi cuarto.

Me tapo la cara con las manos y pongo mala cara. Soy una imbécil, lo sé. Patri me mira extrañada.

—¿Se ha ido?

—No, está ahí dentro —le confirmo.

—¿Entonces? ¿La tiene pequeña? —la miro— ¡Oh, es eso! ¿No me fastidies?

—Tú siempre pensando en la manteca hija mía…

Me insta con la mirada para que le cuente qué ha pasado. Se lo relato y veo como niega con la cabeza una y otra vez.

—Lo sé, soy idiota…

—Me estás queriendo decir, que tú —me señala—, cachonda como una perra y él — señala al dormitorio—, tieso como un palote, ¿os acostáis a dormir? —Arquea una ceja.

—Sí —confirmo.

—No me lo creo —se ríe de mí.

—Patri, no te estoy mintiendo.

—¡Vale, vale, vale! Si no quieres contármelo, no me lo cuentes, pero no me engañes, ¡Eso jamás! —refunfuña.

Pongo los ojos en blanco y dejo caer mi cabeza sobre mis manos que se encuentran apoyadas en la barra de la cocina.

—¡Huy! Me parece que me estás diciendo la verdad…

—Pues claro… ¿Qué iba a ganar con mentirte? —pregunto derrotada.

—Madre mía…pero, ¿tú quieres a César?

Suspiro agotada.

—No sé ni lo que quiero Patri…

—Pues es lo primero que tendrías que aclarar, antes de seguir con esto adelante. Piensa que él no se merece sufrir —dice señalando de nuevo hacia la habitación.

—Lo sé…

Me dirijo al dormitorio y cuando paso, contemplo su bonita figura en mi cama. Me acerco a él sigilosamente y deposito un beso en su mejilla. Se despierta.

—Buenos días —me sonríe.

Nunca quita esa sonrisa de su cara. Además, me recuerda mucho a un personaje público, a *Mario Casas*, con esa arrebatadora y sensual sonrisa. Me coge de la cintura desprevenidamente, sacándome de mi ensueño, cuando me tira en la cama y se pone encima de mí. Posa sus labios en los míos y nos besamos.

—Ahora sí son buenos días.

—Ya lo creo —digo tocándole el pelo.

—¿Qué planes tienes para hoy? —dice sin apartar su musculoso cuerpo de encima.

—Pues, tenemos que pintar el apartamento y creo que nada más. Mañana toca trabajar, así que necesitaré un descanso.

Asiente.

—Si quieres me quedo y os ayudo.

—Me harías un favor, además, te lo recompensaré aunque sea con una comida.

—Eso no lo olvides, me lo cobraré de la manera que sea necesaria.

Nos miramos durante una eternidad, diciendo mil cosas que somos incapaces de hacer por mi culpa. El deseo arde de nuevo en sus bonitos ojos y me imagino que en los míos también. Pero tengo una barrera infranqueable, una barrera llamada: César.

Salimos al salón y después de desayunar, nos ponemos manos a la obra. Rubén se quita la camiseta y se queda con unos pantalones cortos que le ha dejado Patri. Yo me pongo un pantalón corto que ya estaba lleno de pintura y una camiseta vieja. Cuando terminamos de pintar casi toda la pared, una gota de pintura del rodillo de Rubén cae en mi mejilla. Se la devuelvo y le doy un brochazo en el culo.

—¡Oye! —me regaña.

—¡Me has manchado tú primero! —bromeo.

Se tira en plancha a por mí y termina estampándome en la pared recién pintada. Mi amiga no para de gritar como una loca que así no acabaremos en la vida. Entre risas, carcajadas y voces, ni siquiera me percato de que han llamado a la puerta, hasta que Patri dice elevando su voz:

—¡Ya voy yo eh! Vosotros seguid a lo vuestro…

Rubén me coge en peso y entrelazo mis piernas alrededor de sus caderas. Cojo su cara con ambas manos y en un intento de pedirle perdón por llenarle de pintura, le doy un beso apasionado.

—Sara…—murmura mi amiga preocupada.

Al oírla, me separo de la boca de Rubén a regañadientes.

—¿Quéeeeee? —exagero.

Rubén se ríe en mi boca y yo me separo un poco de su rostro para poder mirar a mi amiga.

—¿Qué quie…res? —me quedo ojiplática.

César.

Rubén al ver mi cara se gira y le ve. Patri se queda en mitad de la puerta sin saber muy bien qué hacer. Bajo mis piernas al suelo y mis brazos a los hombros de Rubén que ahora está de medio lado observando a César, con una cara nada amigable. Nadie habla. Hay una batalla de miradas desgarradoras en todos los sentidos. Los ojos de César echan chispas. Veo cómo aprieta los puños varias veces y cómo sus dientes están a punto de romperse de la presión que les está ejerciendo. Cuando pienso que nada más podría pasar, que se daría la vuelta y se iría por dónde ha venido, la cosa empeora…

—Lo mato…—escucho un leve murmuro apenas audible de César.

Rubén se gira desconcertado, pero antes de que le dé tiempo a reaccionar, César está a tan solo dos pasos de él. Viene con el puño apretado y preparado para atestarle un golpe. Rápidamente me pongo en medio y el puñetazo se estampa directamente en mi hombro. Por suerte no me da en otro sitio que podría haber sido más doloroso.

Retrocedo unos pasos hacia atrás y mi espalda choca contra Rubén. Mira que mi madre siempre me decía: «en una pelea, nunca hay que ponerse en medio, los golpes te los terminas llevando tú» y qué razón tenía, a la vista está. Ahora, se monta la marimorena.

—¿Se puede saber qué coño haces? —chilla desencajado Rubén.

—¡Sara! —grita César asustado al ver que me llevo la mano al hombro.

Cuando intenta cogerme Rubén se pone delante de mí, cortándole el paso.

—¡Ni se te ocurra intentar alejarme de ella! —bufa César encolerizado.

—¡Y a ti, ni se te ocurra volver a darle un golpe! —grita Rubén.

Levanta su mano para estamparle un puñetazo y Rubén se pone a su misma altura para responderle. Grito:

—¡NO!

Mi amiga viene corriendo y se pone en medio de los dos.

—¡Ni se os ocurra pegaros en mi apartamento o, os echo a los dos a la puta calle! — vocifera descontroladamente.

Se miran como auténticos rivales. Ninguno aparta la mirada. Dan auténtico miedo y me temo lo peor. César asiente sin parar de manera irónica. Rubén, no pestañea.

—Entonces te espero abajo, chulito —le reta César.

—Cuando quieras —contesta el otro sin titubear.

Patri me lanza una mirada para que intervenga, pero yo, me encuentro paralizada.

¿Enserio se están peleando por una cosa tan simple como yo? Mi cabeza va a mil por hora y no soy capaz de articular palabra.

—Entonces baja ya…—contesta César apretando su mandíbula de nuevo.

Por fin parece que mi cuerpo y voz quieren reaccionar.

—¡Ya basta! Nadie va a ir a ningún sitio, ¿¡me habéis oído!? ¡Dejaos

ya de estupideces que no merecen la pena!

Los dos me miran. Me siento pequeña ante la mirada de agresividad de ambos. Sé que no me harán nada, pero es una situación demasiado incómoda, como para soportarla más. Antes de que me dé tiempo a reaccionar de nuevo, César sale del apartamento diciendo cosas ininteligibles.

—No te muevas de aquí, ahora mismo vuelvo — le pido a Rubén.

Cuando voy a salir en busca de César, Rubén coge mi brazo.

—No me fio de él…

—No me hará daño —le aseguro.

No lo cree del todo, ya que noto un poco más de presión en el brazo. Se da cuenta y me suelta.

—Si me necesitas, pega una voz y estaré abajo en menos que canta un gallo.

Asiento y salgo disparada en busca del hombre que provoca una agonía continua en mi vida. Un hombre del que no sé si quiero separarme, un hombre al que no sé si amo…

Capítulo 29

No se ha molestado ni en coger el ascensor. Yo tampoco lo hago. Bajo los escalones de cuatro en cuatro, intentando no pegarme la hostia del siglo por ir tan rápido. Por el tiro de escaleras veo que César está a una planta de distancia. Baja a toda prisa. Parece que estamos en una competición por ver quién llega antes a la calle.

—¡César! —le llamo.

No se digna ni en contestar. Directamente sigue su ritmo. Abre el portal y sale pegando un buen empujón a la puerta. Un poco más y la arranca de cuajo. Apoyo mis manos en ella cuándo está a punto de cerrarse y jadeo. Me cuesta llenar mis pulmones de aire, así que intento calmarme un poco, para poder respirar. Corro hacia él, que avanza a pasos agigantados hasta su moto. La tiene aparcada justamente en la entrada.

—¡César! —grito a solo dos pasos de él.

Nada.

Dirijo mis pies hasta llegar a su altura. Observo como coge el casco para colocárselo.

No le doy tiempo. Toco su hombro, pero sigue a los suyo, no me hace caso.

—¿Me estás ignorando? —pregunto agitadamente.

De su boca no sale nada de nada. Me está empezando a desesperar. Puedo notar cómo el enfado emana de su cuerpo. Respira agitadamente y lleva media hora por así decirlo, intentando desabrochar la hebilla del casco. Me pongo de medio lado y giro mi rostro para mirarle. Tampoco me mira. Se concentra en mirar un punto fijo. Le quito el casco de las manos y se queda paralizado. Arruga el entrecejo y suelta una fuerte exhalación.

Ahora mira al frente, más bien a la carretera.

—César…—mascullo.

Parece exhausto y rabioso conmigo. Gira su rostro en dirección al mío y me traspasa con la mirada. Coge aire y no sé por qué extraña razón, mi cuerpo empieza a temblar.

—¿Qué quieres? —pregunta malhumorado.

—¿A qué has venido? —voy directa al grano.

—A hablar contigo…—aclara ladrando—, pero claro —pone los ojos en blanco—, como estabas ¡con el gilipollas ese! —dice señalando mi edificio.

—César…—le advierto.

—¡Ni César, ni hostias! —vocifera.

Pega un fuerte puñetazo en el sillón de la moto y maldice. Me cruzo de brazos observándolo. Empieza a caminar de un lado a otro, llevándose las

manos a la cabeza, para tirar de su pelo. No abro el pico y se descarga sin miramiento alguno conmigo:

—¡No sé qué demonios estoy haciendo aquí a parte del imbécil! —chilla mirándome— Cosa que a ti—me señala vociferando—, ¡te importa una mierda!

—Yo no he dicho que me importe una mierda que estés aquí…—me defiendo, pero me corta y no deja que continúe. Parece ser que ni siquiera me ha oído.

—¡Y para colmo, llego y te encuentro con ese subnormal, sin camiseta, en tú salón y besándote! —se lleva las manos de nuevo al pelo.

No entiendo por qué está así. Se supone que no tenemos nada, un día está bien, otro mal, otro regular…

—¿Por qué me da la sensación de que te está dando un ataque de celos? —suelto sin más.

Se para en seco y me fulmina con la mirada.

—A mí no me está dando ningún ataque de celos —bufa.

—¿Entonces qué te pasa?

Se queda paralizado. Piensa, pero no sabe que contestar, hasta que responde en el mismo tono:

—Solo venía para hablar contigo por lo que paso ayer, ¡pero tú ya estabas ocupada! — me echa en cara.

—Tengo derecho a estar ocupada de la manera que quiera, no soy nada tuyo.

Avanza hacia mí con desesperación. Se planta a tan solo escasos centímetros de mí y pega su cara prácticamente a la mía. Respira entrecortadamente y por muy raro que parezca, mis piernas empiezan a fallar al tenerlo tan cerca.

—Tienes todo el derecho del mundo, pero piensa un poco antes de actuar…—murmura intentado calmarse.

Posa su mano encima de mi vientre. Me aparto rápidamente. Ese simple roce y más ahí, hace que se me ponga la piel de gallina. No quiero un bebé por nada del mundo. Menos mal que lo he podido remediar a tiempo.

—Ahí no hay nada César.

Me mira con una mezcla de decepción y consuelo. Algo extraño que no llego a comprender. Su rostro se torna más siniestro que antes. Acaba de ponerse la máscara de hielo.

—Ya veo…eres rápida —ironiza.

—Y tú eres un insensato —contraataco.

Me contempla de manera extraña y un brillo repentino se manifiesta en sus ojos.

Inesperadamente agarra mi cintura y me planta un beso repentino y salvaje. Devora mi boca sin ningún miramiento, puesto que estamos en mitad de la calle y presiona sus dedos, clavándolos en mi piel. Por inercia elevo mis manos hasta su cara y la cojo entre ellas. El beso se intensifica de manera

brutal a cada segundo que pasa. Sin esperarlo, se separa de mí jadeando y mira mi boca y mis ojos de manera alternativa. Respiro entrecortadamente con los labios entre abiertos invitando de nuevo a su boca. Esta vez, deposita un casto pero pausado beso y susurra en mis labios:

—Vas a volverme loco…

Pero se equivoca. Es él, el que me está dejando completamente fuera de juego y lo peor de todo, es que creo que no se está dando cuenta de cuánto me afecta su simple presencia.

Cierro los ojos un momento y cuando los abro me encuentro a Rubén apoyado en el portal con la mirada perdida. Nos mira a ambos entendiendo muchas cosas que todavía, no le había contado. Nuestras miradas se cruzan y se quedan permanentemente fijas.

—Rubén…—murmuro.

César se gira, quedándose de medio lado y le mira. Los ojos de Rubén pasan directamente a los del hombre que tengo delante. Se sostienen la mirada durante una eternidad. Entonces veo como Rubén echa a andar hacia nosotros. De nuevo esa inseguridad aparece en mí y vuelvo a temer por la que se pueda liar en medio de la calle. Pero me sorprende cuando me dice:

—Llámame después…—musita apenado.

Se pone justamente a mi lado y casi me da un infarto cuando me da un beso fugaz en la boca. Oigo el corazón de César golpearle el pecho con fuerza y escucho su respiración agitada.

—¿Qué parte es la que no estás entendiendo? —pregunta de pronto César con malas formas.

Rubén aparta la vista de mí y la dirige a su oponente.

—¿Qué parte es la que tú no entiendes de que voy a luchar por ella?

Ahora sí que me quedo helada. Está a punto de darme un infarto. César da un paso hacia él. Ambos se quedan a escasos centímetros. Se miran, se retan.

—Ten claro que perderás…—asegura.

—A lo mejor el que lo tiene que tener claro, eres tú —recalca Rubén.

Contengo la respiración. Creo que voy a morir de asfixia de un momento a otro. Cuando pienso que la cosa va a empeorar, Rubén se da la vuelta y se marcha, César hace lo mismo. Se sube en la moto y el estruendo de esta, al arrancar, hace eco en mis oídos.

Desaparece de mi vista y me quedo completamente sola en la acera. Miro hacia ambas direcciones por dónde se han ido. Que Dios me ayude con esto…

Subo de nuevo a mi apartamento y Patri me espera con los brazos cruzados, apoyada en la barra. Cierro la puerta tras de mí y me reclino en ella sosteniendo mi cabeza con ambas manos. Suspiro fuertemente.

—Vaya panorama tienes maja…

La miro, pero realmente mi mirada se pierde en el vacío.

—Rubén me ha visto besar a César…—musito.

Abre los ojos desmesuradamente y se dirige hacia mí. Apoya su mano en mi hombro.

—¿Qué dices? —pregunta asombrada.

Asiento tristemente.

—Patri, no sé cómo barajar esta situación. Los dos me gustan. César hace que sienta algo especial y distinto a lo que siempre he vivido —suspiro de nuevo—, y en cambio Rubén…—pienso…— me gusta su forma de ser, lo atento que es…

Hago una mueca negativa con los labios. No sé qué me está pasando…

—¿Y qué te dice esto? —toca mi corazón.

Una mirada vale más que mil palabras y cuando la miro a los ojos, asiente, queriéndome decir que lo ha entendido perfectamente.

—Entonces no le des más vueltas amiga, lucha por lo que deseas.

—Pero… ¿y si sale mal? Y si…—respondo asustada.

—Si sale mal—me corta—, otra vez será. Siempre nos quedará el sofá, la manta y los pañuelos —bromea levemente.

Sonrío tristemente. ¿Cómo en una situación como esta, es capaz de sacarme una pequeña sonrisa? Porque es la hermana que nunca tuve simplemente.

—Tengo que hablar con César…

—Sí, eso debes hacer y cuanto antes. No te cierres más en banda, lo que tenga que ser, será—asegura.

Asiento y me dirijo a mi dormitorio para cambiarme de ropa. Antes de vestirme, me doy una ducha y elimino todos los restos de pintura que tenía. Cuando voy a salir mi amiga me para.

—Tengo que contarte una cosa, se me paso decírtelo ayer. No sé si es el momento, pero… ¡necesito contárselo a alguien!

La miro preocupada.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de la cita a ciegas? —pregunta misteriosa.

—Sí, claro.

—Sé quién es —afirma.

Arqueo una ceja. No entiendo nada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por la foto de perfil o algo? —pregunto curiosa.

Niega con la cabeza.

—El tipo con el que quedé, no tenía ni foto de perfil.

Arrugo el entrecejo. Esta loca completamente.

—¿Pensabas ir a ver a alguien que no tenía ni foto de perfil? ¿¡Estás loca!? Si llego a saber eso…

Me corta levantando una mano al aire.

—Escúchame.

—Lo hago. Pero…

Pone un dedo en mi boca. O me callo o me calla.

—Sé que hice una locura —asiento con mala cara—, pero necesitaba

probar algo nuevo aunque no lo entiendas. El caso es que investigué el correo que el tal Romeo tenía…

—¿Así que se llama Romeo? —pregunto interesada.

—No, ¡déjame hablar!—gruñe, yo hago un gesto de cerrar la boca con una cremallera —. Lo investigué por *Facebook*, y cuando te diga de quién se trata de vas a quedar muerta, nunca mejor dicho…

La insto con la mirada a que me lo diga. Coge aire y lo suelta:

—Dimitry.

Mis ojos se abren como platos. ¿Dimitry?

—¿El amigo de César? —pregunto ojiplática.

—El mismo —asegura.

Muda. Así es como me ha dejado.

—¿Qué piensas hacer? —estoy realmente interesada.

No quiere verlo ni de lejos. O eso por lo menos es lo que me dijo cuándo le conoció y el resto de veces que nos hemos encontrado.

—Bueno…—contesta con cierto toque de travesura en su voz—, voy a jugar un poco…

Una sonrisa malévola se postra en su cara.

—No tienes remedio.

—Ninguno…si el rusito quiere jugar, vamos a jugar —afirma.

Niego con la cabeza. Finalmente terminamos dándonos un abrazo que parece ser eterno.

Cojo mis cosas y salgo del apartamento. Tengo un destino: César.

Capítulo 30

Saco mi teléfono móvil del bolso y busco en mi agenda el número de César. Cuando lo encuentro, con los dedos temblorosos, le doy a llamar. Da cinco toques y lo coge alguien que no es él.

—¿Diga? —es un ruso.

Me pongo en alerta.

—¿Quién eres? ¿Dónde está César?

—Hola Sara, soy Dimitry. Ha salido a correr y se ha dejado el teléfono en la habitación.

Suspiro. Menos mal que es su amigo y no algún compañero...por así decirlo.

—¿Dónde está? ¿En su casa?

—No, estamos en el hotel Rec, habitación cuatrocientos veinte —suelta atropelladamente—. Yo voy a salir ya, ¿vienes hacia aquí? —pregunta con interés.

—Sí —contesto tajante.

—Bien, te dejaré la tarjeta en la recepción. Estoy seguro de que se alegrará de verte.

—Gracias Dimitry —respondo sinceramente.

—De nada, espero que lo arregléis o me va a volver loco a mí al final —comenta riéndose.

Me río. Creo que está empezando a caerme mejor.

Cojo el primer taxi que veo. A la media hora, para en la misma puerta del hotel, le pago y bajo. Llego al mostrador y una chica joven me atiende.

—Buenas tardes, ¿dígame?

—Ho…hola —balbuceo—, han dejado una…llave para mí, la habitación cuatrocientos veinte.

Se da la vuelta y lo comprueba en el ordenador.

—Sí, ¿su marido es César Fernández, verdad?

Me quedo paralizada cuando escucho «marido», ni de coña, ¡jamás me casaré! La chica me mira esperando una respuesta y reacciono después de mis segundos de empanamiento.

—Eh…sí…sí, mi marido —digo con desgana.

—Aquí tiene —me dice mientras me entrega una tarjeta.

Con las manos temblorosas la cojo. Me aproximo al ascensor y entro dentro de él. Mi cabeza va a mil por hora, ¿Qué le digo? ¿Qué hago? ¿Cómo actúo? ¿Cómo reaccionará él? Tres mil preguntas aporrean mi mente. Las puertas del ascensor se abren y miro el inmenso pasillo con moqueta azul oscura. El hotel en sí, es bastante apagado. Las puertas son todas de madera oscura y le dan un aire un tanto…siniestro. Parece el corredor de la muerte,

sinceramente. Tiene pequeñas luces de neón en el techo con muy poquita potencia, lo cual intensifica más que se parezca a la casa del terror. Será que no hay hoteles en *Barcelona* bonitos…ironizo mentalmente.

Llego a la puerta y leo el número de habitación cinco veces antes de plantearme introducir la tarjeta. Cuando estoy a medio camino de hacerlo, mi mano se para en seco.

¿Y si está con otra? Me moriré… ¿O y si no le hace gracia que entre dentro directamente? ¿Qué hago? Elijo una de tantas formas que pasan por mi cabeza. Toco a la puerta dos veces.

No se escucha nada y empiezo a ponerme nerviosa. Quizás esté corriendo todavía. Giro mis talones para marcharme, pero no me da tiempo. La puerta se abre…

César me observa ojiplático. No se lo esperaba. Yo tampoco creía que tendría el valor suficiente de plantarme delante de él para…no sé qué exactamente. Estaba en la ducha.

Lleva una toalla liada en la cintura, dejando ver sus fuertes piernas, pero sobre todo su duro y escandaloso torso. Sus brazos se lucen fuertes y machacados completamente por el gimnasio y unas pequeñas gotas se esparcen por todo su cuerpo.

Mi boca se seca.

Mi sexo pide a gritos que me tire encima de él.

Mi mente…está confusa.

Durante unos minutos nos mantenemos en silencio. Él mirándome fijamente a los ojos como si no se creyera que estoy en la puerta y yo repasándolo de arriba abajo en repetidas ocasiones.

—¿Qué…haces aquí? —pregunta lentamente.

Me pongo nerviosa. Junto mis manos y comienzo a jugar con mis dedos. Mi lengua se va de paseo y mis ojos miran a todas partes, menos a él. La vergüenza se apodera de mí sin saber por qué, y empiezo a sonrojarme. De reojo veo como agacha un poco su cara para mirarme a los ojos. Nuestras miradas se cruzan y saltan chispas.

—Yo…—me retuerzo las manos de tal manera, que estoy haciéndome daño—, esto…

yo…—balbuceo como una imbécil.

Me cuesta. Es muy difícil decirle a alguien lo que sientes y más si llevas tanto tiempo como yo, con el corazón blindado. Las palabras no salen de mi boca ni a tiros. Me insta con la mirada a que se lo diga, pero no soy lo suficientemente fuerte como para decirle que estoy enamorada de él hasta las trancas.

—Quería…quería saber si… ¿podíamos hablar? —titubeo.

Me observa sin entender nada. Sé que lo estoy desconcertando. Cruza sus musculosos brazos en el pecho y me obligo a soltar una gran bocanada de aire que tenía contenido.

Gimoteo un poco sin darme cuenta cuando hace ese gesto. Lo escucha.

Me pongo colorada como un tomate. ¡Dios!

—¿De qué quieres hablar? Si puedes…claro —se está cachondeando de mí.

Lo fulmino con la mirada y mis ojos vuelven a repasar todo su cuerpo, ¡Oh Dios mío, estoy a punto de correrme y ni siquiera me ha tocado! Parezco una imbécil, babeando en la puerta de la que es ahora mismo su habitación. Cierro los ojos con fuerza y suspiro.

Él no habla, solamente se dedica a observar y esperar mi próximo movimiento, como si estuviéramos en un puñetero tablero de ajedrez.

Esto es una locura. No voy a ser capaz de decirle nada, no sé por qué diablos le he hecho caso a Patri. «Lo que tenga que ser será» me repito mentalmente con sorna las palabras de amiga. Levanto un poco mi cabeza y la dejo caer. No quita ojo, ni se mueve.

—¿Y bien? —pregunta finalmente.

Lo miro a los ojos directamente para intentar no desviar en ningún momento la mirada de nuevo a su cuerpo.

—Nada.

—¿Nada? —pregunta sorprendido.

—Nada —contesto de nuevo—, me voy —aseguro girando mi cuerpo para irme.

—¿Has venido para irte? —pregunta roncamente.

Tiemblo de pies a cabeza y mis pies se clavan en el suelo. Giro mi cara un poco y le miro.

—Sí, he venido para nada —contesto sin más.

Voy a echar a andar cuando una mano firme sostiene mi muñeca. Chispas. Solo siento chispas y un deseo irrefrenable de meterme debajo de las sabanas con él. Este hombre me nubla el pensamiento por completo. Me gira.

Mi cuerpo tiembla como una hoja, lo nota de inmediato. Cierro los ojos otra vez, cuando su mano acaricia mi mejilla. Mi respiración se vuelve agitada, me cuesta demasiado respirar.

No le mires, no le mires, no le mires.

Se repite mi mente como un mantra. Pero abro los ojos y me encuentro con su boca a medio centímetro de la mía.

—No te vayas…—susurra sensualmente.

¡Diosssssssssssss! ¡Me muero! Mi cuerpo entero flaquea, me doy cuenta cuando noto que la mano de César me agarra la cintura. Sabe de sobra el efecto que tiene en mí.

Elevo mi rostro y sin esperar ni un segundo más, pongo mis labios encima de los suyos.

Nos fundimos en un beso hambriento, desesperado y brutal. Agarra mi cuerpo y me carga en sus brazos, da un giro de ciento ochenta grados y entra dentro de la habitación, dando un leve portazo. Nuestras bocas no se separan en ningún momento, como si se hubiesen quedado selladas para siempre. Apoya mi cuerpo en la puerta del baño y se deshace con urgencia de mi

camiseta. Seguidamente roza mi sujetador por encima con sus fuertes manos y desciende haciendo círculos hasta mi sexo. Mete la mano por debajo de la falda y siento cómo aparta mis bragas para tocarme.

—Joder…—gruñe al ver mi gran excitación.

Introduce dos dedos en mí, mientras besa mi cuello y arqueo la espalda. ¡No puedo, no puedo, no puedo! Agarro su pelo y tiro de él hacia mí, le devoro la boca desesperadamente de nuevo.

—César…—musito suplicante.

—Qué…—contesta roncamente.

Gimo cuando con otro dedo aprieta mi clítoris. Me separo de su boca y tengo que echar la cabeza hacia atrás. La apoyo contra la puerta. Mi respiración se vuelve descompasada y frenética.

—César por favor…—ya estoy suplicando.

—¿Qué quieres? —pregunta mirándome con ojos deseosos.

Bajo mi cabeza hasta que nuestros ojos se encuentran. Lo miro. Me mira. No titubeo ni un segundo en decírselo.

—Quiero sentirte dentro de mí inmediatamente…. —confieso lujuriosamente.

—Tus deseos, son órdenes para mí —responde de forma erótica.

Capítulo 31

Me espabilo cuando unos rayos del sol entran por la habitación y mi estómago ruje con fuerza. Ayer al final no cenamos nada…no era para menos. Nuestra pasión se hizo paso de manera arrolladora y no dejó hueco para nadie más. Todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo están doloridos, debido a la impactante noche que hemos tenido, apenas hemos dormido dos horas. Recorrí el cuerpo de César de pies a cabeza un millón de veces, grabándome a fuego lento todos y cada uno de los detalles de su figura.

Tuve un montón de sensaciones distintas a cada paso que dábamos, me sentí amada, admirada, deseada...todo en un conjunto y gracias a él. El simple hecho de recordar algo de la noche anterior, hace que mi cuerpo tiemble de nuevo y tenga ganas de abalanzarme sobre él. Le observo extasiada, ¿Cómo puede ser tan perfecto? Siento un deseo irrefrenable de unirme a él…otra vez.

—No te contengas —escucho que dice pillándome desprevenida.

¿En qué momento estaba despierto?

—¿Tanto se me nota? —pregunto arqueando una ceja.

Sonríe. Y es esa sonrisa que tantos días llevaba sin ver.

—Un poco —asegura.

Tira de mí y caigo desnuda encima de él. Noto su erección dura como una piedra, lista para unirse a mi sexo. Acaricio sus rizos y, pasa una mano por mi mejilla.

—¿Por qué viniste ayer? —pregunta con tiento.

No puedo decírselo, todavía no… Quizás, cuando llevemos algún tiempo, pueda contarle que estoy completamente enamorada de él, pero ahora no. No me siento capacitada para hacerlo.

—No quería que termináramos mal…—me excuso.

—¿Cómo querías que termináramos? ¿Así? —pregunta roncamente.

Con un solo movimiento me penetra. Gimo y arqueo la espalda.

—No venía con este pensamiento, sinceramente.

—Pues yo lo tuve desde que te vi en la puerta…—confiesa.

Ninguna mujer sería capaz de no sucumbir a los encantos de César Fernández. Ninguna.

Debería estar prohibido ser como es él, un Dios.

—¿Entonces solo viniste para arreglar…algo? —pregunta extrañado.

Suspiro y agacho mi cabeza. Me da una leve embestida, que hace que lo mire a los ojos.

—No dejes de mirarme —me regaña.

—No sé ni para que vine César, solo que…necesitaba estar contigo…

Asiente y sigue moviéndose de manera circular, haciendo que empiece a notar pequeños temblores. Mi orgasmo se aproxima…y acabamos de

empezar…

—Entonces has tomado una decisión…—musita.

—La decisión estaba tomada desde el día que conocí César…

Las palabras salen solas de mi boca. Se reincorpora sin salir de mi interior y atrapa mis labios desesperadamente. Nos fundimos de nuevo y comenzamos ese sensacional baile que ambos deseamos más que a nada en este mundo.

—Tengo que marcharme —digo cuando acabamos.

—Ajá… ¿a qué hora entras?

—A las nueve. Falta una hora y media y debo ir a mi apartamento para cambiarme y darme un extensa ducha.

—¿Tan rápido quieres desprenderte de mi olor? —bromea.

Sonrío y le doy un pequeño golpe en el hombro. Deposito un casto beso en sus labios.

—No, eso es lo que menos quiero hacer.

—La ducha puedes dártela conmigo…—insinúa sensualmente.

Y así hacemos. Nos damos una extensa ducha en la que finalmente, suceden más cosas de las que deberían. Termino de ponerme la ropa y me dirijo hacia la puerta, acompañada de César.

—Bueno, me voy—comento sin saber muy bien qué decir.

Asiente. Me da un beso largo y extenso que parece no tener fin. Sin saber por qué, algo en mí me advierte que tenga cuidado. Separo mi boca de la suya y le miro a los ojos.

No me gusta lo que veo… ¿una despedida? No lo tengo claro.

—¿Te encuentras bien? —pregunto preocupada.

—Sí…claro —dice pensativo—, solo estoy cansado.

Hago una mueca afirmativa con los labios.

—Bien, pues descansa, tú que puedes.

Me sonríe.

—Hasta luego —me atrevo a decir.

No me contesta. Me extraño. Me giro para irme, esperando ese «adiós o hasta luego»

pero lo que escucho por su parte es, silencio. Antes de salir, coge mi muñeca de nuevo y vuelve a besarme lujuriosamente.

Entro en el ascensor, mientras él se queda en la puerta viendo cómo me marcho. Cuando las puertas se comienzan a cerrar, le digo adiós con la mano y él imita mi gesto. Estoy un poco confusa. No se ha ofrecido a llevarme a mi apartamento, no me ha dicho adiós, los besos me han sonado a despedida pura y dura y para colmo, no ha propuesto que nos veamos después siquiera.

Me arreglo con un vestido marrón que tiene una pequeña cadena fina, color oro alrededor de mi cintura y me pongo mis zapatos color crema. Aliso mi pelo y me maquillo un poco. ¡Lista! Cuando he llegado Patri ya se había ido. Llegaré diez minutos tarde en taxi. El metro es impensable cogerlo, no llegaría seguramente hasta las diez.

Como había estimado, llego tarde. Me adentro en la oficina y saludo a todo el mundo con una amplia sonrisa en la cara.

—¡Vayaaa! —exclama Óscar— Muy contenta vienes tú, ¿no?

—Puede ser —digo con una sonrisita tonta.

—Eso suena a enamoramiento tonto, ¡seguro!

Suelto una carcajada.

—Puede ser que por una vez en tu vida, hayas acertado.

Patri me mira y ambas nos entendemos de momento. Sabe que ha ido bien. Hace un gesto con su cara, para informarme de que se alegra de que este así, feliz. Le tiro un beso para agradecérselo. O eso es lo que yo me pienso. Mi jefa sale del despacho con mala cara.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, tenemos que irnos inmediatamente.

Me asombro. No sé qué demonios pasará, pero por su cara, nada bueno.

—¿Ocurre algo?

—Ahora lo veremos. Vamos, te vienes conmigo.

Asiento y recojo mis cosas. Nos dirigimos en silencio hacia no sé dónde, ya que no me lo ha dicho todavía. Olga va sumergida en sus pensamientos hasta que la saco de ellos.

—¿Adónde vamos? —me atrevo a preguntar.

—Al Rec—se limita a decir.

¿El Rec?

—¿Al hotel? —pregunto con los ojos abiertos como platos.

—Sí.

No entiendo nada.

—¿Para qué? —mi tono suena desesperado.

Me mira de reojo inspeccionado mi reacción.

—No lo sé, Carlos me ha llamado. Me ha dicho que había un problema con César, que es el que está llevando ahora mismo el tema del *marketing* contigo.

Esto me huele a quemado.

—¿Qué tipo de problema? —pregunto comenzando a ponerme histérica.

—No lo sé, pero me ha dicho que era muy urgente, que no podíamos vernos otro día, que tenía que ser hoy por la mañana sin falta—me explica—, por cierto, ¿te encuentras bien?

Asiento varias veces. Se me hace más raro aún cuando recuerdo la actitud de César esta mañana al irme. No sé qué estará pasando, pero por raro que parezca, creo que no me va a gustar.

Capítulo 32

Llegamos al hotel Rec. Las piernas me tiemblan, a decir verdad, toda yo tiemblo. Desde el mostrador nos dirigen a la sala de actos que hay al fondo de la entrada. Pasamos dentro y me quedo paralizada al ver a Carlos, Roberto y…César.

No entiendo por qué no me ha comentado que nos veríamos después aquí. No lo consigo comprender. Y la manera en la que nos hemos despedido, no hace más que agonizar esa duda.

—Buenos días Carlos, ¿qué pasa? —pregunta Olga directa al grano— He tenido que aplazar una reunión que tenía en veinte minutos, no puedo tardar mucho, lo siento. Ha sido todo tan precipitado…

—No te preocupes —la corta Carlos—, será rápido.

Miro a César un par de veces para intentar preguntarle «¿Qué pasa?», pero desde que he llegado no me ha dirigido la mirada. Ya no sé si será por ocultarlo o por qué, el caso es que me está empezando a cabrear esta situación. Le miro varias veces más pero nada. No me mira.

—Sentaros —nos indica Carlos.

Hacemos lo propio y tomamos asiento. Ambas escuchamos con mucha atención lo que nos dice y si no fuese por la silla en la que estoy ahora mismo sentada, me habría caído de culo.

—Bueno, como bien sabéis César era el que llevaba el tema del *marketing*, ya que Roberto tuvo que dedicarse a otro asunto —asentimos y continúa—. Mi hijo César se marcha de España y lo volveremos a retomar con Roberto.

Mi corazón se para. Dejo de respirar. Y quiera Dios que no sea cierto lo que acabo de oír…

—Ah, vaya sorpresa —dice Olga—, no lo sabía…

—Ha sido una decisión un poco precipitada —contesta Carlos.

Miro a César. Esta vez, sí me mira. Y en sus ojos no veo…nada. Mi pulso se acelera y empiezo a sentir una presión en el pecho abundante. ¿Se va? ¿Cómo que se va? No entiendo nada…

—Necesitaré que me informéis de todos los detalles que tratasteis anteriormente para repasarlo y ver que todo está correcto —dice Carlos mirándome a mí.

Mis ojos no se apartan de los de César. En el ambiente se palpa una notable tensión.

Todos se dan cuenta de nuestra mirada, una mirada que solo pregunta: « *¿Qué ha pasado?* »

Olga me da un pequeño codazo para que responda y así hago. Eso sí, sin apartar la vista de César.

—Sí, claro, te lo pasaré todo mañana —afirmo—, si me disculpáis… tengo que salir un momento.

Me voy de la sala bajo la atenta mirada de todos los allí presentes. Dirijo mis pies hacia el servicio más cercano. Necesito echarme agua con urgencia, necesito… ¡poder respirar! Estoy completamente pasmada. No consigo entender por qué no me ha dicho nada. Después de la noche que hemos pasado… ¿se va sin más? Mojo mi nuca con agua fría y apoyo mis manos a ambos lados del lavabo. Agacho mi cabeza un poco y respiro rofundamente.

—Tranquila…—murmuro para mí misma.

Escucho cómo se abre la puerta del servicio. Miro hacia el espejo y me lo encuentro detrás de mí, clavándome la mirada. Me observa detenidamente mientras yo, le sostengo la mirada haciéndole mil preguntas no formuladas. Mete sus manos en los bolsillos del pantalón de su traje y se acerca a mí, hasta que su cuerpo choca con el mío. Agacha por un instante la cabeza y repasa mi cuerpo una vez más.

—¿Cuándo te vas? —pregunto intentando que mi voz no tiemble.

No pienso llorar, y mucho menos delante de él.

—Mañana —se limita a decir.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —pregunto enfadada.

—Ahora, lo acabo de hacer.

—¡No! No lo has hecho César, lo ha hecho tu padre te recuerdo —le aclaro.

Se queda callado. Respiro agitadamente.

—¿Y lo de ayer? —pregunto sin mirarle.

—¿Qué? ¿Nos lo pasamos bien, no? —pregunta con indiferencia.

Aprieto la mandíbula de tal manera que pienso que me van a saltar todos los dientes de la boca en cualquier momento.

—Claro —respondo irritada—, ¿por qué te vas? —pregunto levantando mi mirada hacia sus ojos.

Suspira y se balancea un poco hacia delante y hacia atrás sobre sus zapatos negros.

—Voy a ocuparme del negocio de mi padre en *Nueva York*.

Asiento sin convencimiento. No he significado nada para él. Solo he sido un trapo y de usar y tirar. La decepción que siento es inmensa. La ira bulle en mi interior de manera descontrolada. Él por el contrario está impasible y silencioso. Me giro para salir del servicio y agarra mi muñeca. Sin pensármelo dos veces le planto un bofetón con la mano abierta que hace que su rostro se gire a la izquierda.

—¡No me toques! —murmuro llena de odio con los ojos llenos de lágrimas.

Abro la puerta para salir. No se menea del sitio.

—Hasta nunca César.

Con las mismas cierro de un portazo que retumba en mis oídos y llego

hasta la entrada, donde Olga y el resto nos esperan. Oigo sus pasos detrás de mí, acercándose lentamente.

—¿Algún problema? —susurra mi jefa cuando llego a su altura.

—Ninguno —digo fríamente—, ¿nos vamos?

—Sí…—contesta confusa.

César llega hasta nosotros y en su cara no veo ningún reflejo de desesperación ni nada por el estilo. Me decepciona aún más.

—Bueno, Carlos, Roberto, seguimos en contacto —se despide Olga—, César, espero que te vaya bien en *Nueva York*.

—Gracias, yo lo espero también —contesta el aludido.

Me despido de Carlos y de Roberto con dos besos en la mejilla. César me mira esperando algo, no sé exactamente el qué y sinceramente me da igual que quede de mala educación, no pienso despedirme de él. Le miro por última vez y giro mis talones hacia la salida.

Llegamos al coche y Olga me mira de reojo.

—Sara…

—¡No! —la corto antes de que siga— Ni quiero, ni pienso decirte nada, no tengo ganas —le digo de mala gana.

—Bien, está bien —se conforma.

Llegamos a la oficina y me quedo en la puerta para fumarme siete cigarros seguidos.

¡Estoy de los nervios! Parece ser que Olga, le dice a Patri que baje a verme ya que cuando llegamos, esta baja en cero coma dos.

—Hola —murmura.

Me giro y la fulmino sin querer con la mirada.

—Hola —contesto mal.

—Veo que estás…enfadada, ¿Ha pasado algo?

Bufo directamente.

—¡Sí! ¿Qué coño es lo que no me pasa a mí? ¿QUÉ?

Niego enérgicamente y me pongo a llorar como una magdalena. Me contempla asustada y se acerca para darme un abrazo. Le cuento entre hipidos todo lo que pasó ayer y finalmente lo de hoy. No cabe en su asombro.

—La madre que lo parió… ¡Cómo le pille lo voy a trinchar como a un pavo!

La miro y lloro más fuerte. Nunca suelen darme estas barraqueras, pero se ve, que hoy es el día oficial de los llantos.

—¿Te ha dejado por así decirlo, sin más? —pregunta perpleja.

—Síiiii…—contesto llorosa.

—No me lo puedo creer…—musita— ¡Dame su teléfono! —se envalentona.

—¡Ni se te ocurra! ¡Para mí, César está enterrado! No quiero saber nada más de él, ¡NUNCA! —vocifero.

Mi amiga niega con la cabeza sin parar.

—No te preocupes, quédate con que ahora tu conciencia te permitirá

tirarte a Rubén hasta que lo dejes *¡disecao!*

Pero tan siquiera esa broma hace que me ría. No tengo ganas de nada y aparte, me encuentro súper mal. Decididamente, hoy no es mi día.

—Necesito irme a casa, no puedo subir a la oficina con esta cara. Por favor dile a Olga que otro día lo recuperaré.

—No te preocupes, te disculparé, ve y descansa. Lo necesitas.

Hago lo que me dice y de nuevo cojo un taxi para que me lleve lo antes posible a casa.

Capítulo 33

A la mañana siguiente me levanto con un dolor de cabeza insoportable. Voy a la cocina y me tomo una pastilla, necesito que este dolor mengüe. En mi teléfono no hay ningún signo de vida de César, me deprime y a la vez me alegra. Lo prefiero, y más si ha desaparecido de mi vida para siempre.

—¿Estás mejor? —pregunta Patri cuando entra.

—Tranquila, no moriré de esto…—ironizo.

—Ya lo sé, eres fuerte y lo superarás. Por cierto, ha llamado Rubén, quería saber si podríais quedar.

—No me apetece…Necesito unas semanas para plantear mi vida, ¿entiendes? —digo tristemente.

—Claro que sí. ¿Sabes que estaré aquí para lo que necesites, verdad?

Asiento. Lo sé. Pero mi corazón hecho trizas, ahora mismo, no puede arreglarlo nadie.

Me hundo en el sofá y cojo la manta para echármela por encima. Doy un sorbo a mi café y miro a la nada. ¿Por qué ha actuado así? Pasamos una noche de ensueño y…no lo entiendo. En el cine me dijo que estaba enamorado de mí, ¿acaso ese sentimiento se olvida tan rápido? Espero que sí, por mi bien.

—Voy a salir a comprar algunas cosas al supermercado, ahora vuelvo.

—¡Espera!

Se gira y me mira.

—Voy contigo, dame un segundo.

Me mira extrañada. Arqueo una ceja y le hago un gesto como diciendo: « *¿Qué?*».

Me pongo una ropa deportiva, ato mi pelo a una goma y me pongo las zapatillas de deporte.

—Vámonos, necesito tomar el aire un poco.

—De acuerdo, pues vámonos…

Llegamos al supermercado y cogemos un carrito. Pasamos por todos los pasillos echando cosas para llevarnos al apartamento.

—No me había dado cuenta de que faltaban tantas cosas —murmuro.

—Sí, digamos que has estado entretenida y por eso no te has fijado.

Se da cuenta de su error cuando ve mi cara.

—Lo siento, no quería…

—No te preocupes, no será la única vez que pase. Tranquila, lo soportaré.

Nos ponemos en la cola de la sección de pescado para esperar nuestro turno. Veo que una mujer se dirige hacia nosotras a toda prisa. Sé quién es.

La madre de César.

—Bueno bien… ¡la que faltaba! —gruñe Patri al percatarse de que viene directa.

Giro mi cara y miro hacia el mostrador. Ella se para justamente detrás de mí y toca mi hombro. Me vuelvo y la insto con la mirada para que me diga qué quiere.

—¿Sara, verdad? —pregunta de buenas maneras.

—En carne y hueso —contesto tajante.

Frunce los labios un poco y asiente.

—Sara, soy Lorena, la madre de César.

Me extiende su mano y Patri y yo nos la quedamos mirando. No la acepto.

—Señora…después del bonito repertorio que nos soltó en mi casa, ¿no pretenderá usted que seamos amigas?

La mujer retira la mano avergonzada, pero tarda poco en serenarse.

—Sara, soy una mujer con un carácter un tanto especial…—comienza a decir y asiento —, sé que no obré bien con vosotras dos y quiero pediros disculpas —dice sin titubear.

Miro a mi amiga, esta asiente.

—Disculpas aceptadas, que tenga un buen día —respondo mirando de nuevo al mostrador.

Patri me mira de reojo negando con la cabeza. Lo que me confirma que sigue detrás. No me giro hasta que escucho:

—No he venido hasta ti solo para eso…

—¿A no? ¿Y para qué ha venido?

—Por favor tutéame.

La miro sin un ápice de cariño.

—¿Para qué ha venido? —repito lentamente recalcando cada palabra.

Lorena resopla.

—Sé que tú y mi hijo habéis tenido algo. Me lo contó.

¡Vaya! Eso es todo una sorpresa.

—Su hijo y yo no tuvimos nada, aparte de unas buenas noches —sonrío irónicamente.

—Sabes que no es así —asegura.

Exasperada, me doy la vuelta y hablo más alto de la cuenta.

—¿¡Y qué es lo que se supone que teníamos!?

La mujer mira hacia todos lados y agacha la cabeza un instante antes de volver a mirarme fijamente a los ojos. Los tiene igual que su hijo.

—Mi hijo está enamorado de ti, creo que eso también lo sabes, si no recuerdo mal, te lo dijo a viva voz en el cine.

Está bien informada. De eso no cabe la menor duda.

—Al parecer está usted bien informada…—comento desganada.

—Sí, así es, mi hijo me lo contó todo ayer.

Asiento varias veces.

—¿Y qué se supone que quiere decirme con esto?

Toma aire varias veces antes de contestarme.

—Quiero que vayas al aeropuerto y que impidas que mi hijo se vaya a *Nueva York* — sentencia.

Arqueo una ceja. ¿Me lo está ordenando? Mi amiga da un paso al frente. La mujer no se intimida ante nada.

—¿Disculpe? ¿Por qué debería hacer yo eso? Es que no me queda muy claro, además prefiero no estar con alguien cómo él…—suelto la pullita.

—Sé que ha tenido muchos problemas, y sé de lo que me estás hablado —suspira—, lo he vivido en mis propias carnes. Pero de eso ya hace tiempo... ya no es así…

—Ya, claro, desde que tuvo ese pequeño percance…

Lorena se acerca más a mí y murmura muy bajo:

—Mi hijo no ha matado a nadie. Fue uno de la panda con la que iba cuando robaban — dice con desprecio—, pero te juro que ya no es así, ha cambiado.

Pienso por un momento. Realmente, ese detalle creo que en el fondo lo tenía claro. Lo cual, quiere decir, que no sé por qué demonios estoy así.

—¿Entonces por qué debería de ir a buscar a su hijo?

—Porque mi hijo te quiere y tú lo quieres a él, aunque lo niegues.

—Y supongo que usted sabe eso porque está dentro de mi cabeza, ¿no? —más sarcástica no podía sonar.

Pone los ojos en blanco.

—Lo sé porque yo también pasé por una situación similar con Carlos… ¡Y gracias que no fuimos tan estúpidos como lo estáis siendo vosotros dos!

Me quedo de piedra con lo que me dice.

—¿Cómo dice…?—pregunto arqueando una ceja.

—¡Dios! —se desespera— ¡Mi hijo se va porque piensa que tú no estás enamorada de él!

Abro los ojos como platos. Pero si ayer cuando hablamos se lo dejé bastante claro diciéndole que la decisión la había tomado desde el primer día.

—Pero…—intento decir algo.

—¡Ni peros ni leches, ve! —chilla mi amiga.

Pego un bote del susto que me doy, cuando escucho a mi amiga vociferar.

—No lo pienses más Sara, el avión sale en una media hora, si no te das prisa no llegarás —me aconseja Lorena.

Miro a las dos que me instan con la mirada a que salga corriendo.

—Pero, no tengo coche, no llegaré aunque quiera…

Todos sabemos que los taxis algunas veces dan alguna vuelta de más…

—¡Yo te llevaré! —grita Lorena—¡Vamos!

Agarra mi muñeca y salimos disparadas dejando los carros en medio del supermercado.

Subimos a su coche y en veinte minutos estamos en el aeropuerto.

—¡Corre! —me chilla Lorena.

Las tres salimos disparadas corriendo por todo el aeropuerto, intentando encontrar a César. Después de cinco minutos buscándolo sin resultado, empiezo a desesperarme.

—No vamos a dar con él nunca —musito tristemente.

—Tranquila cielo, estoy segura de que lo encontraremos —dice su madre.

Saca el teléfono y maldigo para mis adentros por no haberme acordado antes.

Esperamos a que nos diga algo.

—Está apagado —dice nerviosa.

Suena la megafonía del aeropuerto y nos ponemos en alerta.

— *Atención pasajeros del vuelo trescientos cuarenta y tres, último aviso, con destino a Nueva York, embarquen por la puerta siete.*

Me entra el pánico.

—Dios mío…—exclama Patri.

—¡Rápido, tenemos que llegar a la puerta de embarque! —se apresura Lorena.

Nos dirigimos y llegamos a la barrera de seguridad.

—¡Mierda! Sin billete no podemos pasar —me enervo.

Mis ojos buscan una alternativa pero no encuentran ninguna. La madre de César me agarra de los hombros.

—Es imposible que pases, tendremos que esperar a que llegue a Nueva York y llamarle…—musita apenada.

Mis ojos se llenan de lágrimas. No podemos hacer nada…

—Sara —me llama Patri—, tengo un plan suicida.

—Haré lo que sea, habla —le pido.

—Corre, busca la puerta siete e intenta que no te cojan a mitad del camino…

—¡Eso es una locura! —vocifera Lorena.

Asiento.

—Que Dios me ayude…—susurro.

No espero más. Paso empujando a la gente de la cola y cuando llego al policía de la aduana me quito las cosas a prisa y corriendo, las dejo en la bandeja, y paso a toda prisa. De reojo veo como Lorena y Patri se meten entre la gente para llegar a mi lado.

Atravieso el aeropuerto, mirando los carteles desesperada. Veo la puerta número siete y me acerco a ella apresuradamente. La azafata me pide los billetes y sin pensármelo dos veces la empujo y me meto dentro del pasillo que llega a la pista.

—¡Espere! ¡Oiga! —me grita para que me pare.

—¡Seguridad! —grita su compañera.

Esta vez el avión sale desde la pista y los pasajeros tienen que salir a ella para subirse.

Miro hacia atrás un segundo y veo que me persiguen dos hombres de

seguridad. Llego y corro hacia el avión. Están cerrando las puertas cuando estoy prácticamente al lado.

—¡Espere! ¡Espere! —grito dejándome la voz.

Pero lógicamente el chico que está cerrando la puerta del avión no va a prestarle atención a una loca. Dejo de correr cuando comienzan a sonar los motores y tengo claro que no voy a poder hacer nada.

—¡Cesaaaarrrr! —vocifero como una descosida— ¡Cesaaaarrrr!

El avión despega y yo me quedo con cara de idiota en medio de la pista. Los dos hombres de seguridad llegan hasta mí, pero al ver que me desplomo de rodillas en el suelo y comienzo a llorar, ni me tocan.

Se acabó. Toda la esperanza que comencé a tener cuando Lorena apareció en el supermercado, desaparece. Se esfuma por completo y una seguridad aplastante hace mella en mí, sabiendo que no volveré a verlo nunca.

Capítulo 34

Cinco meses después…

—Buuuaaagggg…—cojo aire— ¡Me mueroooo! —comento de forma llorosa.

—¡Tranquilízate Sara! —me chilla Patri— Así solo vas a ponerte peor.

—Buuuuaaaggg —Otro caño sale de mi garganta— ¡No puedo más!

—Sí que puedes, dentro de poco se te quitarán los vómitos, ten un poco de fe.

Fe, sí, ¡fe! Esa es la que me falta. Maldigo un millón de veces a los puñeteros vómitos.

—Dios mío de mi vida, esto me supera —musito limpiándome la boca, mientras me siento en la taza del w.c.

—No puedes ponerte tan nerviosa cada vez que te pasa esto —me regaña.

—¿Por qué a todas las embarazadas les duran los vómitos tres meses y yo llevo cinco?

¡CINCO! ¿Por quéeeeeee?

Mi amiga pone los ojos en blanco.

—Cada embarazo es un mundo, vamos lávate los dientes.

Me reincorporo como puedo y hago lo que me dice. La verdad es que no sé cómo me aguanta. Soy una quejica.

—Lo siento…—le pido perdón tristemente— Sé que soy demasiado pesada…

Me acaricia el brazo.

—No te preocupes, no eres una pesada y no tienes por qué pedirme perdón. Entiendo perfectamente que estés mal y para eso estoy yo aquí, para ayudarte —afirma con seguridad.

Desde que César se marchó de *Barcelona*, no he vuelto a saber nada de él. Ni un mensaje, ni una llamada, nada… Cuando salimos del aeropuerto le pedí a Lorena que, por favor, esto quedara entre nosotras y que César nunca llegara a enterarse que fui a buscarle, me lo debía… Él podría rehacer su vida y empezar de nuevo. Después de negarse millones de veces a concederme ese favor, finalmente sucumbió. Por otra parte me enteré de que estaba embarazada a la semana de marcharse César, ya que la dichosa pastillita no hizo el efecto que tenía que hacer. No puedo echarle la culpa al farmacéutico, porque me explicó que a partir de un límite de horas tenía un efecto diferente. Hablé con Rubén esa misma semana y aunque para él era algo complicado, le pedí que siguiese siendo mi amigo, ya que no podía ofrecerle nada más. Sé

que se apenó mucho cuando se lo dije, pero se ofreció a ayudarme en todo lo que necesitara.

Le expliqué lo que pasó con César y no dudó ni un instante en quedarse a mi lado cuando le dije que estaba esperando un bebé.

—¿Qué vas a ponerte? —me grita Patri desde su dormitorio.

—No lo sé —bufo—, con esta barriga no me queda nada bien.

Tengo una barriga un tanto notable para estar de cinco meses. Toda la ropa que tengo es más pequeña, no sé si me habrá crecido la barriga algo más esta semana, ¡porque no me entra nada!

—No digas esas tonterías, estás preciosa con esa barriguita —me anima.

Saca un vestido color burdeos del armario y me lo enseña. Niego. Pone los ojos en blanco. Coge otro de color azul marino. Vuelvo a negar. Por último, encuentra otro diferente de color blanco hueso con pequeñas tablitas incrustadas en él. Mis ojos destellan y ella muestra una amplia sonrisa. Lo ha conseguido.

—Vamos, póntelo.

Quito el pijama de mi cuerpo y me pongo el vestido. Se queda un poco justo, pero para esta noche servirá. Escojo unos tacones de muy poca altura, ya que si me pusiera los de diez centímetros, me mirarían un poco mal. Termino de arreglarme y por fin estoy lista.

—¿Nos vamos? —pregunto cogiendo las llaves del coche.

Patri se compró el mes pasado un coche, con todo el lio del bebé, lo necesitábamos y realmente ella estaba mejor de pasta. Se decidió por uno de segunda mano normalito.

Nada de gamas altas y cosas extravagantes. Cojo mi gabardina de vestir negra, de mi talla he de puntualizar y me la pongo sobre el vestido. Estamos en pleno verano, pero por la noche siempre hace rasca, por lo menos para mí que soy demasiado friolera.

—¿Estás segura de que quieres ir? —pregunta Patri.

—Sí, además sé de primera mano que no nos encontraremos con César. Olga me aseguró que no vendría.

Tras la campaña de *marketing* que preparamos y realizamos para Carlos, se abrieron cientos de tiendas en toda España debido a la gran demanda. En honor a nuestra empresa, como gran apoyo para su negocio, esta noche se dará una fiesta en casa de Carlos. Cuando me invitaron, dudé. No quería ni quiero por nada del mundo encontrarme con César. Pero Olga me aseguró que Carlos le dijo que debido al desbordamiento de trabajo que tenían en *Nueva York*, no podría asistir.

Ring Ring Ring

Suena el porterillo de la calle. Rubén ha llegado.

—¿Sí? —pregunto cuando descuelgo.

—¿Bajáis o subo?

—Bajamos, dos segundos —le pido.

Salgo al portal y abrazo a Rubén con cariño. Lleva puesto un traje chaqueta a medida, le queda como anillo al dedo.

—Estás muy guapo —le piropeo.

—Tú estás espectacular.

Me da una vuelta para que pueda verme bien y asiente satisfecho.

—¿Te ha crecido la barriga? —pregunta mirándomela.

—No lo sé, pero no me entra nada —hago una mueca de disgusto.

—Habrá que ir a comprarte ropa entonces —sonríe.

—Tendré —rectifico—, se acabó darme caprichos. Me consientes demasiado, Rubén —le regaño.

—Y me encanta hacerlo —sentencia.

Niego y nos metemos en el coche. A las diez de la noche estamos entrando en el jardín de la casa. Aparcamos junto a los demás.

—¿Lista? —pregunta Rubén.

—Lista.

Salgo y me agarro de su brazo. Patri se pone a mi lado y me mira de reojo.

—¿Qué te pasa?

—Pues que aunque el pichón este no sea tu pareja realmente, da el pego que te cagas.

Yo estoy sola —refunfuña.

—Anda, no reniegues tanto, tú no necesitas a nadie para ser feliz.

—Es cierto —asegura.

Rubén y yo nos reímos por su comentario. Empieza a hablar de la casa, de los detalles y de todo lo que se le ocurre por el camino. De pie en la entrada, veo que una mujer elegante se dirige hacia nosotras. Lorena.

—Buenas noches —saluda con una amplia sonrisa—, bienvenidos.

—Buenas noches —contesto y le doy dos pequeños besos en la cara.

—¡Vaya! ¿Estás embarazada? —pregunta asombrada.

—Sí —confirmo.

—¿De cuánto tiempo estás?

—De veintidós semanas —contesto con una sonrisa.

—Enhorabuena cielo, espero que todo te esté yendo bien. Y felicidades al padre — comenta mirando a Rubén.

Rubén me mira. Patri me mira y yo miro a Lorena.

—Él es mi acompañante y amigo, no es el padre, Lorena —contesto sin darle importancia.

El padre es tu hijo. Pienso mentalmente y me apeno a la misma vez al saber que nunca sabrán de su existencia.

—¡Oh! Lo siento, creía que…perdón —parece avergonzada.

—No se preocupe, me suele pasar a menudo —explica Rubén.

Me río. Es verdad. Siempre que viene conmigo lo confunden con el padre. Estamos acostumbrados, por eso nos lo tomamos con humor. No nos queda otra.

—Me llamo Lorena —se presenta extendiendo su mano—, soy la mujer de Carlos y tutéame por favor.

Rubén asiente y tras saludar a Patri nos dirigimos al centro de la fiesta. Pasamos la velada charlando con todo el mundo y bailando de tanto en tanto. Los pies empiezan a matarme y comienzo a encontrarme realmente cansada. Me suena el teléfono. Mi madre.

Me separo de Rubén y de Patri para contestarle.

—¡Hola mamá! —saludo eufórica.

—Hola tesoro, hacía mucho tiempo que no me recibías así, parece ser que el embarazo está cambiando tu humor rancio por algo más simpático.

—Muy graciosa mamá…—gruño.

El día que le dije a mi madre que estaba embarazada casi se muere. No por el hecho de ser madre soltera y de que el bebé nunca tuviese un padre, no. Casi se muere porque iba a ser abuela. Algo que en su día, le dije que jamás sería. Ella sabe toda la historia de César de principio a fin y lo prefiero ya que así, no tengo que andarme ocultándole las cosas.

—¿Cómo está mi gordita preferida?

—Pues eso, gorda. No me entra nada —reniego.

—Vamos Sara, eso es normal, ¡ y más que engordarás! — re ríe de mí.

—De eso no me cabe la menor duda.

—¿Te has decidido si le vas a preguntar al doctor mañana si es niño o niña?

Suspiro. Todo el mundo me lo pregunta. Pero no sé si quiero saberlo o que me pille por sorpresa.

—No lo sé, mañana… —cuelgo.

Se me corta la respiración, cuando al mirar hacia la barra, veo a un chico moreno, con cabello oscuro, de ojos color miel y guapo a rabiar. Busca con su mirada algo en la sala. Hasta que sus ojos se fijan en mí.

Capítulo 35

Aprieto mi gabardina contra mi barriga. No agacho la cabeza para mirarme porque sé que se dará cuenta. Patri viene hacia mí corriendo como un caballo desbocado.

—¡Sara! ¡Sara! —me llama.

Se para justo a mi lado. Me giro y doy la espalda a César con demasiada rapidez. Me empiezo a poner nerviosa.

—Dios mío…—murmuro.

—¿Lo sabes? —pregunta extrañada.

—¿Es que no ves que está en la barra? —ironizo histérica.

—¿Te ha visto? —pregunta— Bueno…si no era así, creo que ya lo ha hecho.

Veo como su cara se transforma. Se está poniendo nerviosa también.

—Patri… ¿Qué pasa?

—Sara…—murmura— Viene hacia aquí.

—¡Dios mío! Tengo que irme —digo apresuradamente.

—Tranquilízate o lo notará, si no te quitas la gabardina no se dará cuenta. Respira, respira, respira —intenta tranquilizarme.

Pero no lo consigue. Me tiemblan hasta las uñas de los pies. Doy media vuelta y desaparezco entre la multitud sin mirar atrás. Cuando estoy lo suficientemente lejos, me giro. Lo veo hablando con Patri, está nerviosa, lo sé cuándo observo que coge un mechón de su pelo y empieza a retorcérselo. César me busca con la mirada y yo me escondo detrás de la gente para que no me vea. Hasta que me topo con alguien.

—¿Te estás escondiendo de mi hijo? —pregunta Lorena.

—Eh…bueno…sí, esto, ¡NO!, no —parezco una imbécil.

Se ríe. No sé por qué en este preciso momento me da por decir la verdad, cuando debería de estar mintiendo como una bellaca.

—Tranquila, no va a comerte.

Miro de reojo y veo que viene hacia nosotras. ¡Mierda!

—Se suponía que no iba a venir, me ha dado la sorpresa hasta a mí.

Asiento sin escuchar lo que dice. Solo oigo el latido de mi corazón bombardeando con fuerza.

—Lorena, si me disculpas voy a salir a tomar el aire un poco.

Salgo al jardín y me oculto en una esquina, donde nadie me ve. Lo que no tengo muy claro es si pienso tirarme el resto de la noche aquí escondida.

Después de un rato en el mismo sitio, decido salir, buscar a Rubén y marcharme a casa.

Pero fracaso estrepitosamente cuando al irme de mi escondrijo me estampo con César.

—Perdón —dice sin ver que soy yo, agacho la cabeza.
—Nada, nada —continúo caminado como los burros.
Al frente, al frente, al frente.
Me sigue, noto su presencia como un imán.
—¿Estás huyendo de mí? —pregunta finalmente.
Me paro en seco. Aprieto la gabardina más todavía a mi cuerpo. En cualquier momento se convierte en una segunda piel.
—Hola —saludo tímidamente.
—Hola —saluda con una sonrisa deslumbrante.
Diosssss, como adoro a este hombre.
—Me ha costado lo mío encontrarte.
—Ya veo —digo restándole importancia.
Me mira de los pies a la cabeza y rezo a todos los santos para que no me note la barriguita.
—Estás preciosa, como siempre.
—Tú no te quedas atrás…
Un silencio hace presencia entre nosotros. Decido romperlo y salir de aquí cuanto antes.
—Bueno, he de marcharme, estoy cansada —me disculpo con una sonrisa.
—¿Cómo te va? —se interesa.
¡Mierda! No es el momento de sacar conversación.
—Bien, ¿y a ti?
—Bueno, digamos que me va. Echo de menos mi tierra.
¿Solo tu tierra? ¡Ni se te ocurra preguntarle eso! Me regaña mi mente.
—Siempre puedes volver.
Se saca un cigarro de su chaqueta y me ofrece uno.
—No, gracias.
—¿Has dejado de fumar?
Temporalmente.
—Sí —afirmo.
—¿Y eso? —pregunta sorprendido.
—El…tabaco, mata —contesto sin saber qué decir.
Asiente sin convencimiento.
—En fin…me marcho, cuídate.
Me doy la vuelta para seguir mi camino y salir de este aprieto, pero vuelve a hablarme.
—Veo que estás con Rubén. Le he visto dando vueltas por la fiesta —comenta como si no le importase.
—No estoy con él, solo es mi acompañante —le respondo sin girarme.
No sé por qué lo hago, cuando no le debo ningún tipo de explicación.
—Ya, claro. Y por eso se ofrece a traerte a una fiesta...como acompañante —apostilla con retintín— ¿De verdad piensas que quiere ser tu amigo?

Me giro. Y le miro directamente a los ojos. Da una calada a su cigarro y hasta cuando expulsa el humo, hace que sea condenadamente sexy. Tengo las hormonas a tres mil por hora. No puedo evitarlo.

—Quiera o no quiera ser mi amigo, es problema mío, ¿no crees?

—Por supuesto —contesta con indiferencia.

—Bien, entonces ya hemos terminado de hablar.

—Yo no.

Arqueo una ceja.

—¿Perdona?

—Llevo cinco meses sin verte. Solo quiero saber cómo estás.

—¿Quieres saber cómo estoy o quieres provocar una discusión? —empiezo a enervarme.

Da un paso hacia mí.

—No, solo quiero saber si cuando me fui dejándote vía libre, te ha ido…bien — contesta arrogantemente.

Suspiro. Está empezando a sacarme de mis casillas.

—¿Con quién? ¡Vamos! ¡Dilo! Lo estás deseando —le pincho inevitablemente.

—Con Rubencito, claro está. Creo que es el único o eso espero. ¿No te habrás soltado la melena? —pregunta sereno.

—¿Yo te pregunto a ti con cuántas mujeres te has acostado desde que te fuiste?

—No, pero si quieres te lo digo —contesta chulescamente.

—¡No me interesa! —le chillo cansada de estar siempre igual.

En sus ojos empiezo a ver un enfado patente. Está provocándome, pues ya puestos, vamos a sacarlo todo. ¡Me está sacando de quicio con sus puntadillas!

—¡No! No me he soltado la melena, he hecho voto de castidad ¿sabes? Y para más inri y tu información, entre Rubén y yo nunca ha pasado nada y ¡NUNCA! Pasará.

No se esperaba mi respuesta.

Se queda callado.

Yo respiro entrecortadamente debido a los nervios que siento al tenerlo tan cerca y por el cabreo que está haciendo que pille.

—¿Y sabes por qué?

Niega con la cabeza.

—¡Porque todavía sigo intentando olvidarte! ¿Lo pillas? Y para que lo sepas —le señalo con el dedo—, después del plantón que me diste antes de irte, ¡fui a buscarte al aeropuerto como una gilipollas! ¡Pero te fuiste y no tuviste ni la decencia de llamar un solo día! —vocifero— ¡Ni un puñetero día en cinco meses! ¿Y ahora quieres que te sonría y te cuente mi vida? ¡Que te den por donde amargan los pepinos César! — exclamo poniendo mis manos en el aire.

La gabardina se me cae al suelo.

Joder…

Noto la tensión en el ambiente…

No lo escucho ni respirar, pero sí creo oír el latido de su corazón. Cierro los ojos muy lentamente y suspiro. Me agacho para coger la gabardina y colocarla donde estaba.

César me mira con los ojos de par en par. Respira entrecortadamente, tiene los labios separados.

—Y ahora me voy —sentencio.

Me giro y lo noto justamente detrás de mí. Vuelve mi cuerpo hacia él, de manera que nos quedamos a escasos centímetros. Le miro a los ojos y él no aparta tampoco su mirada de la mía. Abre mi gabardina con los dedos temblorosos y baja su vista a mi barriga.

Suspira. Pero no dice nada. Se queda fijamente mirándola, durante lo que parece una eternidad.

—Sara…—susurra.

Doy un tirón de ella y la coloco en el mismo sitio. Me mira a los ojos.

—¿De cuánto tiempo estás? —pregunta atropelladamente.

—Eso no te importa — contesto mordazmente.

Me giro y obligo a mis pies a llegar lo antes posible al coche. Encuentro a Rubén y Patri de milagro.

—¡Vámonos! —chillo con los ojos encharcados en lágrimas.

—¡SARA! —chilla César.

Corro y me meto dentro del coche antes de que llegue. Cuando Rubén y Patri se suben, echo los pestillos.

—¡Arranca ya, Rubén! — grito nerviosa.

Hace lo que le pido y antes de salir, César llega a mi ventanilla.

—¡Sara! ¡Baja la puta ventanilla! —chilla descontrolado.

Rubén me mira y lo mira a él.

—Rubén sácame de aquí ya, te lo ruego —murmuro.

—¡Sara! ¡No se te ocurra marcharte! ¡Baja del coche!

Rubén tira marcha atrás, lo que hace que César tenga que separarse del coche. Intenta correr y seguir al lado de mi ventanilla.

—Sara por favor, ¡baja! —me pide desesperado.

—¡Rubén, písale al puto coche!

—¿Estás segura?

—¡Sí!

Y así hace. Nos vamos de la casa de César a toda prisa. Sin esperar, ni hacer, nada más.

Capítulo 36

Entro en mi apartamento y me dirijo rápidamente al cuarto de baño. Echo agua en mi nuca. Necesito tranquilizarme.

—Sara, cálmate, los nervios no son buenos ni para ti, ni para el bebé —dice mi amiga que hasta este momento se había mantenido al margen.

—Patri, déjame, necesito estar sola.

—Lo haré, pero quiero que sepas que no lo estás haciendo bien. Tiene derecho a saber…

—¡No tiene derecho a nada! ¿Me oyes? ¡A nada! No se ha molestado ni una sola vez en saber cómo estoy, así que, ahora que tampoco lo haga —digo enfadada.

—De acuerdo —pone las manos en el aire a modo rendición—, tú sabrás. Voy a salir con el pelirrojo a tomar unas copas. Rubén se ha marchado a su casa, ¿te quieres venir?

—No —contesto mirando fijamente al espejo de baño.

Además, no puedo ahogar mis penas con el alcohol. Pienso irónicamente.

—¿Estarás bien? —se preocupa.

—Sí, me vendrá bien estar sola un rato.

Asiente.

—No me llevo bolso ni nada. Seguramente iremos aquí al lado. Vendré por la mañana.

Te llamo para que me abras ¿vale?

—Vale —me limito a decir.

Me da un beso en el pelo y se va. Cojo mi pijama y me lo pongo. Desmaquillo mi cara y agarro mi pelo con una pinza. Preparo una tila para calmar los nervios y me siento en el sofá.

Sigue estando igual de atractivo que hace cinco meses. La cara que ha puesto al ver mi barriga ha sido de asombro total. No se lo esperaba, yo tampoco el día que me enteré y lo tuve que afrontar, sola.

Llaman a la puerta y me levanto para abrirle. Qué se le habrá olvidado ahora…

—¿Qué te has dejado hija? Vaya cabeza ti…e…nes…

Mierda….

César…

—¿Qué haces aquí?—pregunto apresuradamente.

—Quiero hablar contigo.

—Yo no —intento cerrar la puerta de un portazo.

Pero me lo impide poniendo su mano en ella.

—César, vete —intento decir calmadamente.

—Sara… ¿ese niño es mío? —directo al grano.

Me duele que piense eso. Pero en realidad, él no tenía ni idea de que había ido a buscarle al aeropuerto, y puede pensar que haya rehecho mi vida. Mi cabeza va a mil por hora, pero mi boca habla antes de pensar.

—No, no es tuyo —intento parecer segura.

—Sara…—suena suplicante.

Noto como deja de hacer presión en la puerta y desploma las manos a ambos lados de su cuerpo. Le miro fijamente a los ojos. Da un leve empujón y se abre completamente.

Sin esperármelo, cae de rodillas al suelo y levanta la cabeza justamente a la altura de mi barriga. Se me nubla la vista, cuando un río, amenaza con salir de mis ojos.

—Dime que este niño es mío…—me ruega apoyando su cabeza en mi vientre.

Me limpio las lágrimas que caen de mis ojos.

—César…ya basta por favor —le suplico.

—Dímelo…—me ruega de nuevo.

No sé qué hacer, estoy nerviosa y a la misma vez jodidamente feliz de que esté aquí conmigo.

—Te he echado mucho de menos. Todos los días durante estos cinco meses, para mí, han sido una agonía. Fui a buscarte al aeropuerto para decirte que estaba enamorada de ti, pero…no llegué a tiempo…—oigo cómo suspira y niega con la cabeza.

No levanta su mirada. Me aparto un poco e intento agacharme para ponerme en la misma posición que él. Le cojo ambas manos y las entrelazo con las mías.

—Me está costando la misma vida pasar página —digo llorosa—. No puedes plantarte en mi apartamento y pedirme explicaciones de esta forma —digo algo enfadada—, cuando tú, no me has dado señales de vida en cinco meses, César…no tienes ningún derecho.

Eleva su mirada y la posa en la mía.

—Pero tengo derecho a saber si voy a ser padre, ¿no? —pregunta abatido.

Aparto mi mirada y la guio a la cocina. No puedo mirarle o me lanzaré a sus brazos.

Han sido tantas noches llorando su ausencia…

—¿De cuánto tiempo estás Sara?

Exhalo un largo suspiro.

—De veintidós semanas…—musito.

—¿Y eso en meses es…? —pregunta sin comprender porque le hablo en semanas.

—De cinco meses y medio…—murmuro.

Suelto mis manos y las cruzo en mi pecho. Me coge de la barbilla y hace que lo mire.

Se arrastra un poco hacia delante, hasta que nuestras rodillas chocan.

—¿Cuándo lo supiste? —me traspasa con la mirada.

—U…una semana después de…marcharte —balbuceo.

Se acerca a mí desesperadamente y roza mis labios con su pulgar. Su solo tacto me estremece. Siento como todo mi cuerpo clama su atención.

—César…yo…—intento pararlo con todas mis fuerzas.

—Shhhh, no Sara…ya está bien de jodernos la vida.

Cierro los ojos con fuerza.

—Mírame…—me pide suplicante— por favor, mírame.

Abro los ojos y me lo encuentro justamente en mi boca. Posa sus labios encima de los míos. Dejo de respirar. Llevaba tanto tiempo soñando con este momento, que no puedo creerme que sea real. Es dulce y cargado de sentimiento. Mis lágrimas brotan sin control.

—No llores —me pide.

—No puedo. Tienes que irte César —me sorbo la nariz y me levanto del suelo—, lo siento —digo llorando—, no estoy preparada para perderte otra vez, ¡maldita sea, no puedo soportarlo! Por favor, te lo suplico, vete…—digo tapándome la cara con mis manos.

Doy media vuelta y corro hacia mi cuarto. Necesito llorar y llorar como muchas noches he hecho hasta que me vencía el sueño. Oigo el sonido de la puerta de la calle al cerrarse y me derrumbo. Apoyo mi espalda en la pared y lloro como una niña pequeña sin consuelo alguno.

Se abre la puerta. Y ahí está, mirándome de pies a cabeza. No se ha ido.

—Me fui porque pensé que no estabas enamorada de mí, que jamás lo conseguiría — confiesa—. Si tú has pasado cinco meses de mierda, los míos no se quedan atrás. Te eché de menos cada segundo del día, durante el tiempo que estuve fuera —dice con la voz rota—. No te llamé, no. Por miedo a tu reacción Sara. No sabía cómo actuar.

Le miro completamente embelesada. Admiro cada una de sus facciones mientras continúa.

—Vine a la fiesta de mis padres porque necesitaba verte…—su confesión me desgarra el alma— Ansiaba estar cerca de ti, aunque solo fuera para sacarte de tus casillas — confiesa curvando sus labios—. Y…ahora me encuentro con que, voy a ser padre…— dos lágrimas caen de sus bonitos ojos —. Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo, pero me faltas tú — dice dando un paso hacia mí—. Mi felicidad estará completa… si te quedas conmigo para siempre.

Me tiro a sus brazos sollozando como si no hubiera un mañana y me abrazo fuertemente a él.

—Prométeme que no me vas a dejar nunca Sara —susurra en mi oído.

—Te lo prometo. Tú tampoco lo hagas — le suplico.

—Jamás —asegura.

Separa su cuerpo del mío escasos centímetros. Coloca un mechón de mi pelo detrás de mi oreja y se lanza a mi boca de manera atropellada. Con

desesperación empujo su chaqueta y esta cae al suelo de cualquier manera. Me deshago de su camisa y comienzo un reguero de besos por todo su pecho. Repito el proceso varias veces en su corazón.

Devoro su boca de nuevo, gimiendo en ella. Me quita el pijama con urgencia. Empieza a bajar delicadamente por mi cuerpo, adorándolo de besos suaves y pausados, hasta que se detiene en mi vientre.

—No sabes lo feliz que me hace saber que estás aquí —le habla.

Una congoja se apodera de mí. Reprimo mis lágrimas todo lo que puedo. Es una estampa preciosa… Da varios besos alrededor de ella. Está haciendo que me sienta la mujer más afortunada del mundo. Acaricio su pelo y murmuro algo que pensé, que jamás en la vida volvería a decir:

—Te quiero ladrón de corazones…

Levanta su vista, observándome con los ojos brillantes de felicidad. Se incorpora y sube hasta mi boca. Con una sonrisa deposita un beso en mis labios.

—¿Qué haces? —pregunto recordando el momento en el que me dio el primer beso.

—Robarte un beso…

EPÍLOGO

Un año después…

—¡Sara! —llamo a mi amiga—, ¿Estás lista? —le pregunto acunando al bebé.

César, así se llama el bebé de Sara y César. Tiene tan solo ocho meses y está enorme.

Sus manecitas y sus pies son exageradamente grandes, tiene los mismos ojos que su padre, pero todos los gestos son igualitos a los de su madre.

—¿Qué pasa mi niñito guapo? Dile algo a la tía Patri, dile algo —le hablo en un idioma parecido al *balleno*.

Cesitar me mira y abre sus bonitos labios para intentar decir algo, finalmente sonríe.

Achucho con delicadeza sus rechonchos mofletes, aunque por dentro me muero de ganas por comerlos a bocados.

—Ya estamos listas —anuncia Lorena, la madre de César.

—Sí, ¡por fin! —exclama Mónica, la madre de Sara.

Pongo los ojos en blanco. ¡Qué tardonas! Mónica, lleva puesto un bonito traje de dos piezas en color azul eléctrico. En su cabeza, adorna un tocado con plumas grises, azules y blancas, el cual hace que el contraste de colores, sea realmente hermoso. Por otro lado, Lorena, lleva un traje igualmente de dos piezas en color rojo fuego, al contrario que la madre de Sara, esta lleva un tocado con rendijas y una flor expandida en medio de este. Parecen unas modelos.

—Estáis espectaculares mamás —digo con cariño.

—Qué menos para la boda más esperada del año —comenta Lorena.

—Sí, y mi hija decía que no se casaría nunca…—dice Mónica.

Me río por sus comentarios. Tantas cosas decía Sara, que al final ninguna pudo evitar.

—Por eso dicen que nunca digas de esta agua no beberé…

Me giro al escuchar la voz de mi amiga, mi hermana más bien. La repaso de arriba abajo y observo lo hermosa que está en uno de los días más importantes de su vida.

—Estás preciosa…—susurro.

Tanto su madre como su suegra le dan un beso con afecto y observan la bonita estampa que todas tenemos delante. El vestido de novia es espectacular. Dado que es andaluza como yo, no dudó ni por un instante en comprarse un vestido de la tierra. Un vestido cordobés. Se ajusta perfectamente a su cintura formando una esbelta figura en su cuerpo. La

amplia cola está adornada con millones de volantes y finas perlas incrustadas en él. Se ha hecho un bonito recogido con unas cuantas trenzas en la parte delantera. Algunos mechones sueltos la hacen más elegante. Esta radiante. Mi corazón se hincha de felicidad al verla así.

—Bueno, nosotras vamos yéndonos, no queremos que el novio se nos desespere —dice Lorena alegremente.

—Sí, decidle que pienso ir, aunque sea tarde, pero me casaré con él, cueste lo que cueste —comenta Sara entre risas.

—Con lo que os ha costado dar el paso… ¡Ni se te ocurra perderte! —le advierte su madre.

—No lo haría, ni por todo el oro del mundo que me dieses —responde completamente enamorada.

Me encanta verla de esta manera. Antes se había cerrado en banda al amor, pero César, rompió todos los esquemas de su vida. Algo que me alegra muchísimo, porque ahora, es una mujer feliz, que siempre va con una sonrisa en la cara y que se deshace por estar con su futuro marido. El mismo que la espera en el altar para darse el sí quiero en veinte minutos. El mismo que la ama con locura desde el primer día que la vio en ese atraco y el mismo que le ha robado el aliento, pero sobre todo, el corazón.

Mónica y Lorena se van y aprovecho la oportunidad para hablar con ella.

—Me encanta verte así, todavía no me puedo creer que en tan poco tiempo, vaya a cambiar tu vida tanto.

—Ni yo —suspira— y fíjate, con un bebé, a punto de casarme…—me mira con ojos brillantes—, pero estoy que no quepo…Le quiero Patri, le quiero como jamás he querido a nadie.

Sonrío. Qué bonito es ser feliz y tener a alguien que te corresponda.

—Pues entonces vive el momento amiga…

—Y es lo que haré. Viviré día a día como si fuese el último. Junto a él, siempre junto a él.

Nos fundimos en un abrazo y unas cuantas lágrimas escapan de mis ojos.

—¡Eh! No vale llorar, que se me corre el rímel —comento cuando ella se limpia un par de lágrimas también.

—¡Pero si has empezado tú! Como te gusta darle la vuelta a las cosas…

—Hablando de cosas… ¿en serio tengo que ir con el rusito a la iglesia?

Asiente. Yo resoplo.

—¿No puedo ir con Eduardo?

—¿Con quién? —pregunta sin saber a quién me refiero.

—Con el pelirrojo, a ver si te acostumbras a su nombre — la regaño.

—No me hago a la idea. No sé cómo puedes estar con ese tío…—dice negando con la cabeza.

—¡No empecemos! No me gustaría dejarte calva el día de tu boda.

De repente suelta una enorme carcajada de su boca. Sé que se está

riendo de Eduardo, no de mi comentario. La madre que la trajo.

—Por favor, pórtate bien con Dimitry, es un poco especial, pero solo es el camino hasta la iglesia…

No la dejo terminar.

—Yaaaa lo seee —digo exasperada.

Bajamos a la calle y todo el edificio se asoma para ver cómo va vestida la novia entre vítores y aplausos. Sara, algo raro en ella, dada su antipatía, saluda a todo el mundo cortésmente. Se sube en el coche del padre de Carlos y se van hacia la iglesia. Giro mi cara hacia el coche que está detrás y veo a Dimitry. Está tremendamente sexy. Acaba de volver de Rusia, hacía casi un año que no le veía. Se ha cortado el pelo y tiene una barba incipiente perfilada a la perfección.

—¡Hola! —intento parecer contenta de verle.

—Hola —contesta a secas.

Pongo los ojos en blanco. Una costumbre muy fea que se me está pegando de mi queridísima amiga. No puedo evitar que mi lengua hable.

—Un poco más de salero hijo, que se casa tu mejor amigo y pareces un muermo.

Enarca sus dos cejas y se quita las gafas de sol para mirarme directamente a los ojos.

—Lo sé, el problema no es que se case mi mejor amigo. El problema es que tengo que llevar a la amiga de la novia conmigo —comenta con una sonrisa sarcástica.

¡La madre que lo parió!

—Pues mira majo, es lo que hay. Yo no lo he decidido, así que, vámonos y acabemos cuanto antes con esta situación tan incómoda.

—No deseo nada más en este momento.

—Eres un prepotente — aseguro.

—Y tu una arisca — contraataca.

—Solo contigo —le suelto una risita falsa.

Se aproxima hacia mí y me pone nerviosa cuando me mira fijamente. Pero lo disimulo muy bien, no se me nota en absoluto.

—Prefiero no decirte lo que pienso respecto a eso…—susurra muy cerca de mi oído con voz ronca.

Lo provoco y pego mi boca al suyo, poniéndome de puntillas.

—Yo también prefiero que no me digas nada más… —murmuro sensualmente.

Le guiño un ojo y me meto en el coche. Llegamos a la iglesia en pleno silencio, ninguno de los dos habla, pero una aplastante tensión hace acto de presencia entre nosotros. A lo lejos veo a Eduardo.

—¿No me digas que ese es tu acompañante? —pregunta arqueando una ceja.

—¿Qué problema tienes? —pregunto arrugando el entrecejo.

—Pues… ¿no te pega mucho no?

Le miro sin entender lo que me quiere decir.

—¿Y quién se supone que me pega a mí?

Sonríe y mira al frente. Se baja del coche y yo salgo por mi propio pie. Ni en este momento es capaz de venir a abrirme la puerta. Salgo refunfuñando y cuando doy dos pasos mi tobillo se tuerce y pierdo el equilibrio. No llego a caerme al suelo porque unas manos me sujetan. Giro mi cuello y noto su respiración demasiado cerca. Mi cuerpo se estremece y mis labios se abren para poder respirar un poco mejor.

—Quizás necesites a alguien que te saque de estos apuros…

—¿Alguien como tú? —pregunto irónicamente.

—No —dice chulescamente—, yo, no soy tu tipo, nena…—responde roncamente.

Me reincorpora sin apartar su mirada de la mía. Ahora el que me guiña un ojo es él.

Pasa por mi lado y se va. Me pongo una mano en el pecho y respiro entrecortadamente.

Necesito relajarme o me va a dar un *jamacuco* y un *flus* a la par.

Entro dentro de la iglesia cuando la novia ya está preparada para acceder al interior.

Me pongo en el primer banco y le hago un gesto de aprobación a César con la mano. Me contesta guiñándome un ojo. Está radiante con su traje chaqueta negro, un chaleco gris marengo y su camisa blanca. Una fina corbata adorna su cuello y todo el conjunto hace que siga teniendo ese aspecto de chico malo que un día enamoró a mi amiga.

Mientras la ceremonia sigue su curso, Eduardo se pone a mi derecha y Dimitry a mi izquierda.

—Estás muy guapa.

—Gracias—contesto quitándole importancia.

—Yo diría que está fantástica, bella y atractiva a la misma vez —comenta Dimitry metiéndose en la conversación.

Me halaga. No suele ser tan simpático. Me mira de reojo, puedo notar la tensión que emanan nuestros cuerpos cuando estamos juntos.

—Creo que podríamos ir pensando en la siguiente boda…—dice Eduardo sin hacer caso al comentario de Dimitry.

Me atraganto literalmente. Toso un poco hasta que se me va y por el rabillo del ojo, veo lo graciosa que le ha resultado mi respuesta al rusito como yo le llamo.

—Esto se pone cada vez más interesante…—dice por lo bajo.

Lo miro descaradamente y él fija sus ojos en los míos haciendo que entre ambos, salten chispas. Durante un buen rato nos sostenemos la mirada sin decir nada, pero como Sara dice: una mirada vale más que mil palabras…

Observo cómo Sara y César se dan el sí quiero y la iglesia irrumpe en miles de aplausos. Por fin un sueño hecho realidad, por fin veo que los dos son felices. Limpio las lágrimas que caen de mis ojos debido a la emoción y sin

saber por qué, vuelvo la vista hacia el ruso impertinente y arrogante que tengo a mi izquierda, el cual, sigue sin quitarme el ojo de encima… Me giro de nuevo hacia el altar y sin querer la frase del típico cuento de hadas, resurge de mi boca:

—Y vivieron felices y comieron perdices…

Fin

Agradecimientos

Como siempre, quiero agradecer la paciencia y la apuesta por mi locura a mi madre, mi hermana, mi marido y mis dos soles, mi *Bryan* y mi *Eidan*. A mi Asociación Locas por la Lectura, pero sobre todo al grupo de locas de Cataluña, ya que sois las que estáis en mi día a día y las que hacéis que sienta como si fuera mi segunda casa, cuando estoy en vuestra tierra. A mis amores platónicos, Meme y Susana, sois las *number one* y sin vosotras no sería lo mismo. Quiero dar gracias a Elisabet, que aunque hace poco que has aparecido en mi camino, te aprecio como si llevaras toda la vida a mi lado. A mi queridísima *surmana*, Rocío, por seguir paso a paso este camino alocado que llevo desde hace poco tiempo. Y muy importante, a mis churrinas; Cherry, adoro los *jamacucos* y los *fluses* que nos dan juntas, no los cambiaría por nada del mundo y a mi Belén Cuadros *, I love you baby*, gracias por estar siempre que te necesito y sobre todo por escucharme. Y que sepáis que juntas, formamos una cuadrilla inigualable…

A todos mis seguidores, pero como de costumbre, recalco, *MIS PROVOCADORAS*, sois geniales, me encanta hablar con vosotras, conoceros y poder compartir las mismas experiencias que yo siento cuando escribo mis novelas.

Se os quiere.

Besotes!!

ÍNDICE

Sobre la autora

Sobre la autora:

Angy Skay, nació en Valladolid. Residente en la provincia de Almería (Andalucía). Empresaria de una agencia

Inmobiliaria, situada en un pequeño pueblo de Almería, estudiante a tiempo parcial y madre de dos preciosos niños.

Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias, ha decidido publicar su primera trilogía llamada ***Solo por ti***, la cual contiene los volúmenes, ***PROVÓCAME, Y QUIÉREME, ETERNAMENTE***. Después de recorrer un largo camino, sigue con mucha fuerza y nos vuelve a presentar su nuevo título llamado: ***TE ROBÉ UN BESO*****, de la *****Saga: ¿Te atreves a quererme?***** Cumpliendo muchas expectativas y luchando por su carrera como escritora hasta el final.**